15334

LA MOSCHEA

POETICA INVENTIVA

53-1

EN OCTAVA RIMA.

COMPUESTO

POR D. JOSEPH DE VILLAVICIOSA, vecino de la Ciudád de Cuenca: quien le dirigió à Pedro Ravago, Regidór perpetuo de la miſma Ciudád.

NUEVAMENTE DADO A LUZ por Juan Perez, Librero de la Real Académia Eſpañóla, à quien le dedica.

HALLARASE EN SU CASA enfrente de las Gradas de S. Phelipe.

CON LICENCIA.

EN MADRID: Por la Viuda de Franciſco del Hierro, Impreſſór que fue de la miſma Real Académia.
Año de 1732.

D-15509

EXCMO. SEÑOR.

OBSERVANDO que el antiguo Poema de la Moschéa, con que al gusto de la República literaria brindó nectar suave Don Joseph de Villaviciosa, yacía, si no cadáver yerto en el sepulchro del olvido, thesoro poco útil en la sima de la carestía de exemplares: y reflexionando sobre la preciosidad de la Obra, que miro aprobada de los discretos por lo singular de la inventiva, celebrada de los eruditos por lo copioso de la exornacion, estimada de los ingeniosos por lo elegante del número, y (lo que la eleva à mayór altura) calificada del profundo juicio de V.E. colocandola en la classe de aquellos Autóres que crystalínas fuentes contribuyen puros raudáles à la hermosa fecundidad de la Lengua Castellana: me pareció

digno assunto de mi diligencia facilitar à los aficionados à buenas letras, con esta nueva edicion, el mas común uso de esta grande, si no abultada obra.

Determinada la voluntad al empeño, passó el discurso à contemplar quan inconcusa por su antigüedad, y quan racional por su motivo es la costumbre de que quien expone à la pública censura alguna obra, yà parto de su ingenio, ò yá adopcion de su cuidado, reconociendo la necesidad de superior patrocinio por la desigualdad de la propria pequeñéz para el desempeño, solicíte el amparo que le ofrezcan mas oportuno la excelencia del Patrono, y la proporcion de la materia: sobre cuyo antecedente poco tuvo que hacer la raciocinacion para inferir la consequëncia de que V.E. es el único Mecenas, que mi buena suerte me destina, para que con el asylo de su Soberanía goce esta obra la mas segura immunidad, y en la influencia de su representacion halle mi solicitud su mas afortunado ascendente.

Qué proteccion pues mas excelsa para tal obra, ni qué obra mas propria para tal proteccion pudieran proponerme las phan-

tas-

tasías de mi deseo, que la ilustre proceridad, y profunda comprehension de V.E. en quien mi respeto venera un sugeto à todas luces Soberano, y la común admiracion atiende un congresso à todos visos crudíto?

Qué Soberanía mayór que la de un Cuerpo à cuya formacion concurren unánimes el antiguo esplendór de la Nobleza Española en los miembros què le componen, y la Real Magnificencia de un Monarcha de dos Mundos en el espíritu que le aníma à impulsos del generoso idear y poderoso promover, que nativo colór le fomenta, de aquel nunca bastantemente celebrado Heróe el Excelentísimo señor Don Juan Manuel Fernandez Pacheco, Marqués de Villena, Duque de Escalona, &c. su primer Directór: que si trasladado, por inviolable estatuto de lo mortal, à mejor esphéra, no distante de este immortal obelisco de su estudiosidad, vive superior Astro en los benévolos influxos de direccion que la comunica, por la Persona del Excelentísimo señor D. Mercurio Lopez Pacheco, Marqués de Villena, Duque de Escalona, &c. si nobilísimo

hijo de tal Padre, digniſsimo ſuceſſór de tan ſingulares prendas?

Qué erudicion mas célebre que el cultívo laborioſo de nueſtro bello patrio idioma, en que el infatigable zelo de V.E. deſtina las tareas mas eſmeradas de ſu ingenioſa eſpeculacion al glorioſo fin de fixar las Caſtellanas locuciones en ſu mas reſplandeciente pureza, ſin que à ſu aplicacion ſolícita eſconda el olvidadizo tranſcurſo de los años las hidalgas raíces del antiguo origen, ni dificulte la confuſa variedad de dialectos Provinciales ò corruptos, artes y ciencias, los luſtroſos frutos de la propriedad de las voces?

Y ſi à eſtas circunſtancias de ſoberanía y erudicion, que en V. E. regiſtra mi atencion oficioſa, mereciere mi humilde reconocimiento acumular el favór que ſu grandeza me diſpenſa, diſtinguiendo mi oficina con el relevante character de fiel depósito de los volúmenes en que eſtampando V. E. todo el lleno de ſu ſabiduría para los curioſos, eterniza toda la eficácia de ſu enſeñanza para los ignorantes: yá ſe vé que el conſagrar yo en eſta obra mi gratitud à ſus aras, no es voluntario ſacri-

ficio de mi afecto, sino preciso tributo de mi obligacion, como el que continuamente rinden mis votos de que la Divina Providencia prospere las generosas empressas de V. E. para eterno lustre de nuestra Nacion.

EXCMO. SEÑOR.

A los Pies de V. E.



Juan Perez.

APROBACION.

POR comiſsion y mandado de los Señores del Conſejo de ſu Mageſtad, he hecho vér el Libro en eſte Memorial contenido, que compuſo Joſeph de Villaviciosa, en verſo, intitulado: *La Moſchéa Poetica inventiva*: y aunque en el ſugeto de la materia es mui humilde, el eſtilo y invencion del Poeta es ingenioſo, no tiene coſa contra la Fé, ni buenas coſtumbres, y aſsi no parece que tiene inconveniente el imprimirſe, y ſe le podrá dár licencia para ello. En Madrid à veinte y ſiete de Septiembre de mil ſeiſcientos y catorce años. Por ocupacion del ſeñor Doctor Gutierre de Cetina, lo firmó ſu Teniente el Licenciado Alonſo de Illeſcas. Ante mi. Juan Gutierrez de Eſcovedo, Notario.

APRO-

APROBACION.

POR comiſsion del ſeñor Vicario he viſto eſte libro, que compuſo Joſeph de Villavicioſa, en verſo, intitulado: *La Moſchéa Poetica inventiva*, y no hallo en él coſa contra la Fé, ni buenas coſtumbres; antes el Autór mueſtra mucha viveza de ingenio, y curioſo eſtilo conforme al arte, levantando un ſugeto tan humilde todo lo que pudo de punto, para recrear el ánimo del que le leyere; ſin haver coſa que ofenda, ni diſtraya, antes enſeña ſu erudicion à los que ſon dados à todo género de letras, y aſsi me parece ſe le podrá mandar dár la licencia que pide para imprimirle. En eſte Convento de nueſtra Señora de la Merced de Madrid doce de Septiembre de mil ſeiſcientos y catorce.

Fr. Alonſo Ramón.

APRO-

APROBACION.

M. P. S.

POR mandado de V. A. he visto este libro, intitulado: *La Moschéa Poetica*, que compuso el Licenciado Joseph de Villaviciosa en verso: y assi por no tener cosa contra la Fé, ni buenas costumbres (como yá está por lo Eclesiastico censurado) como por ser en verso gallardo, y de ingenio, dó le muestra su Autór, mezclando veras de estudio en sugeto humilde, como lo hizo Homero en su Bactracomyomachia, Virgilio, Ovidio, y otros muchos, se le podrá dár la licencia que pide para imprimirle. En Madrid catorce de Abril de mil y seiscientos y quince años.

Thomás Gracian Dantisco.

TIE-

Tiene licencia Juan Perez por una vez para reimprimir este Libro, intitulado *La Moschea*, como mas largamente consta de la Certificacion que de ello dió D. Miguél Fernandez Munilla, Secretario del Rey nuestro señor, su Escribano de Cámara mas antiguo, y de Gobierno del Consejo. Su fecha en 23. de Mayo de 1732.

FE DE ERRATAS.

PAg. 60. lin. 2. à Dios, lee al Dios. Pag. 197. l. 15. es culpa, lee esculpa. Pag. 225. l. 15. à Júpiter, lee Júpiter. P. 365. l. 11. la, lee à la.

He visto la Moschéa Poetica inventiva, su Autor D. Joseph de Villavicioſa, y con estas erratas corresponde al antiguo que le sirve de original. Madrid, y Agosto 2. de 1732.

Lic. D. Manuel Garcia Alesson,
Correct. general por su Mag.

TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este Libro, intitulado *La Moschéa*, à ocho maravedis cada pliego, como consta de la Certificacion que de ello dió D. Miguél Fernandez Munilla en 9. de Agosto de 1732.

APO-

APOLOGETICA DEL LICENCIADO Antonio Martinez de Miota.

DOS géneros de hombres se hallan ordinariamente contra quien los Autores ò sus amigos hayan escrito Apologías, unos tan coléricos y confiados, que en viendo el titulo de algun libro censuran toda la obra, queriendo sacar por las uñas al Leon: A estos condena San Hieronymo, diciendo: *Legant, & postea despiciant*: otros tan escrupulosos y delicados, que haciendo anatomía de los trabajos ajenos, examinan el intento del escritór, la elegáncia de las palabras, la gravedad de las sentencias, la dulzura de los versos, el artificio de la rhetórica y poesía, el rigor de la historia, el adorno de las fábulas, y otra infinidad de cosas conformes al ingenio de cada uno, à los quales (aunque la obra habla por sí misma) me ha parecido satisfacer brevemente. Para lo qual se ha de presuponer, que esta no es traduccion de Merlin Cocayo, que solamente dió motivo para comenzarla, sino un poema, que consta de todas sus partes, tratadas con el orden

den que se debe: porque si segun Antonio Possevino en su Bibliotheca, la historia consta de exordios, narraciones, descripciones, juicios, comparaciones, elogios, genealogias, razones de estado, y epitafios, en esta Moschéa se hallan perfectissimamente, guardando que los exordios no caigan en los vicios notados de Cicerón en su Oradór, que las narraciones segun el Brocense, sean breves y dilúcidas, que las descripciones topographicas vayan demarcadas con los límites que les señalan los Cosmógraphos, y las topothesis ò fingidas tan semejantes à la verdad, que no difieran de las de Strabón: los juicios, que son los pareceres del escritór, que no se aparten de la razon, que es la mayor obra del entendimiento, segun Luis de Cabrera: las comparaciones, que se saquen de cosas proprias, segun Torres en sus Tablas compendiarias: los elogios, que brevemente alaben las personas ilustres, segun Paulo Jovio: las genealogias que procedan con el succesivo discurso de los tiempos, como quiere Bocacio: las razones de estado, que parezcan de hombre politico, y los epitafios que declaren con agudeza las calidades del sepultado. De ma-

ne-

nera, que el que leyere con atencion este pequeño libro, quedará enseñado de materias, que en muchos mui grandes no pudieron encerrar los antiguos y modernos, no sin grande alabanza de nuestro Poeta: pues solo por mostrar la agudeza de su ingenio, la facilidad de su vena, y el conocimiento que tiene de varias artes, no quiso tomar assunto heróico, porque este levanta los pensamientos, y produce conceptos altos, como à Séneca sus tragedias, sino humilde y fabuloso, para mostrar, que de algo, ò por mejor decir, de nada, havia hecho mucho, imitando quanto es posible al Artífice divino y natural: con que parece haver tenido el pensamiento de Homero, que cantó la Bactracomyomachia, que es la guerra de las Ranas y los Ratones, el de Favorino Philosopho, que alabó la quartana, el del Principe de los Poetas Latinos, que celebró las obsequias del Mosquito: el de Ovidio, que honró à la Pulga con su envidia, y con un epígrama: el de Erasmo, que alabó la boberia: y finalmente el de Pedro Mexia, que alabó al Asno. De donde se colige, que no tiene nuestra lengua otro mas acabado poema: pues la fábula, que es alma de la Poesìa,

sía, se halla en esta como en su centro, imitando lo verisimil con perpetuo cuidado, para que los curiosos censores emmudezcan en la murmuracion, y levanten el tiple en las alabanzas de tan gallardos versos, y obra tan admirable, que aventaja à las de nuestros tiempos, y se iguala con las antiguas, sin que los curiosos impertinentes que en estos tiempos (teniendo el atrevimiento por sabiduría) professan à pesar de Justo Lypsio la Crítica, hayan podido emplear sus caninos dientes en esta Poetica invencion, que como solamente se ha escrito para los hombres de letras, los que no las han estudiado es imposible que puedan juzgar de ella, sino como de la tabla de Apeles el Mechánico, que en sus proverbios reprehende Erasmo, aunque se arme destos tres puntos de que le pienso satisfacer con la fuerza de la razon, si fuere della capáz: el primero, que las introducciones de los Cantos son prolixas: el segundo, que las burlas de toda la obra son tan largas, que parecen veras: el último, que carece de moralidad, que siempre se tuvo por necessario fin del poema: à cuyo propósito hallarán, que las introducciones de Juan Rufo no son mas

cor-

cortas, ni menos largas las de D. Alonso de Ercilla, y otros de nuestros tiempos; quanto mas, que pueden servir al discreto lectór, como los frisos y festónes en la pintura, de divertirlo con hermosa variedad de pensamientos, que alli se tocan tan en juicio, como si la fabrica del libro se fundára en verdadera historia, el qual no se puede tener por largo, pues en menos de seis horas se puede acabar de leer, tiempo cortissimo para los flemáticos, y medido para los coléricos, si no es que de mui adustos han dado en melancólicos, y de melancólicos en furiosos: porque si, como ellos dicen, son menores, el Mosquito de Virgilio, la Mosca de Luciano, y las Ranas de Homero: à esso respondo, que, ò faltaron las burlas à sus autóres, y necesitados de donáires mas quisieron rematarlas, que parecer estériles. Testigos desta verdad pueden ser Apuleyo entre los antiguos, y Thomaso Costo entre los modernos, que hallando bastante materia, dilató el uno las transformaciones de su Asno de oro, y el otro los capitulos de su Fugilocio, hasta componer mayores libros que este, en que si con atentos ojos se mira, no falta la moralidad por muchas partes de-

baxo de prosopopeyas obliquas. Demás, que en el prólogo que Justo Lypsio hace à los commentos de Cornelio Tácito, afirma, que la honesta delectacion es el principal fin de la Poesía jocósa, como lo es esta, en que tambien se hallan graves sentencias, provechosos avisos, consejos libres, y dichos agudos, con que para respirar del trabajo de mayores estudios, se entretengan los doctos, suspendan los pensativos, y ocupe la virtuosa juventúd, por cuya causa se ha dado à la estampa este libro, por quien España debe mas à su Autór, que Grecia à Aristophanes, por los que deste genéro compuso.



LICENCIATI ANTONII Martinez de Miota, bonarum artium apud Conchenſes primarij, in Auctoris laudem.

EPIGRAMA.

ÆMula Sulmonij peperit Seguntia Vatem
Ioſephũ; ò felix, quẽ tibi Concha dedit.
Riſſerunt faciles illo naſcente Camenæ
Riſsit Sucro fluens, hoc adeunte nemus.
Cuius ego veterum referam ſi ſtemmata patrum
Ordiri videar ſtamina Penelopes.
Sufficiat ceciniſſe mihi eius utrumque parentem
Ex media Heſperiæ nobilitate ſatum.
Quorum conſilio creſcens cum moribus ætas
Eximiæ ſpecimen ſedulitatis erat.
Grammaticę Scillã aggreſſus, Sophiæq; Caribdim
Apulit ad portum, tutus, ovanſque ſimul.
Poſtea dum iuvenis gracili modulatus avena
Cantabat Cipriæ dulcia furta Deæ:
Perfudit blando Muſarum nectare chordas
Quarum concentu corda proterva movet.
Grandiloquos donec verſus imitatus Homeri
Pro cithara inflavit Marte furente tubas.

Non

Nõ tamen Argolicas acies, Phrigias ve triremes
Miſcentes ferro bella cruenta facit.
Nec ſuperaturos regnum cæleſte gigantes,
Quos pater ad ſtigias fulmine iecit aquas.
Sed vires animi oſtentans, & mentis acutæ
Inter beſtiolas arma, viroſque canit.
Mores, & ſtudia, & populos,& prælia, & acta
Qualis ubi intonuit Dorica geſta Maro.
Hunc igitur librum relegat ſi Zoilus ipſe,
Nil tamen abrodat, cuncta probanda putet.
In tenui labor eſt, tenuis non gloria, namque
Virtus in minimis maxima ſepè latet.

DON DIEGO DE XARAVA, Regidór perpetuo de la Ciudád de Cuenca.

QUINTILLAS.

Dirá viendo el fundamento,
Y materia que elegís,
Alguno con mal intento,
Que en el aréna escribís,
Que ha de llevarsela el viento.

Mas si vé el arte que dá
A la materia hermosura,
Sobre el Cielo la pondrá,
Y como no hai viento allá,
El aréna está segura.

DON JUAN VALLE DE Velaſco, al Autór.

SONETO.

MUda, mueve, abre, el cuerpo, el pié, la (pluma;
Peze, animal, y páxaro, y no tanto
Nada, camina, y vuela (Joſeph) quanto
Nada, camina, y vuela tu honra ſuma.
Tritón, ni Pardo, ni Aguila preſuma
Nadar, correr, volar, como tu Canto,
Que pone en agua, en tierra, en áire eſpãto
Al de eſcama, al de piel, y alas en ſuma.
Al que nada, al que corre, y vuela, paſſa
De tus verſos y nombre una gran fama,
Que tiene brazos, pies, y alas, ſin cuento.
Ni peña, monte, ò nube pone taſſa
A ſu mover, mudar, abrir, que llama
Rio el mar, pozo el ſuelo, baxo el viento.

OTRO DEL MISMO, al Autór.

SONETO.

QUiẽ duda que ſacaſſe el Thracio Orphéo
La chara eſpoſa del infierno eſcuro,
Que el tierno llanto en el tormento duro
Movió las furias, y paró el Lethéo:
Oiga la voz deſte Eſpañol Muſéo,
Y verá que hace mas ſu canto puro,
Pues trueca Phebo de ſu voz ſeguro
El gobierno y razon de ſu Muſéo:
Que yá ſus blancos Ciſnes que ſolian
Cantar, del ſabio Dios ſon reprobados
Por voces baxas, roncas, y confuſas:
Las Moſcas ama, y yá las Muſas fian
Dellas ſolas ſecretos reſervados,
Y Moſcas ſon los Ciſnes de las Muſas.

EL

EL LICENCIADO JUAN DE Hinojedo y Xarava, al Autór.

SONETO.

SI la fama eterniza à los humanos
Vuelo mejor q̃ el ſuyo en vos ſe emplea,
Pues en alas de gente de Moſchéa
Subís haſta los Aſtros ſoberanos:
Los ſuſurros de Moſcas ſon ufanos
Gritos de trompa en ſu lethal pelea,
Para que ſiempre vueſtro nombre ſea
Gigante por ſugetos tan enanos:
No tema yá la Moſca al fiero Octubre,
Ni la nieve ò eſcarcha, furia eſquiva
Del riguroſo y erizado invierno:
Pues larga vida yá ſe le deſcubre,
Y ella reconocida mientras viva
Hacer promete vueſtro nombre eterno.

OTRO DEL MISMO, al Autór.

SONETO.

COmo el que contra el tósigo y veneno
De las Ceraſtas y Chelidros ſaca
De ſus miſmas ponzoñas la triaca,
Con arte haciendo de lo malo bueno:
Vueſtro ingenio mejor que el de Galeno,
De la beſtia feróz, no menos flaca,
Saca remedio que ſu furia aplaca,
Hallando en ella à ſus rigores freno.
La experiencia de aquellos lo publique,
A quien con mas rigor maltrata y pica,
Del monſtruo de ocho pies la mordedura.
A vos os lea, y quando mas le pique,
Si vueſtros Cantos por remedio aplica,
No ſentira el dolor con tal dulzura.

DE

DE PAULO ALBERTINO, Milanés, en ſu Lengua vulgar, al Autór.

SONETO.

IL Pado ch aſcoltai la prima volta
Il ſuon altiero da gli heroychi ſummi
Che gli porſero fra ſpumanti Nummi
D eterno alloro la ſua chioma avolta.
Hoggi la voce ſtupefatto aſcolta
Che dal Giucaro chiaro Re de fiummi
Eſce; e fuor da penſier et di coſtumni
S e da le tempie la ghirlanda tolta.
La tranſparente faccia il rauco grido
Volge il buon bechio, e ammirato n ſegni
Coſi fabella il liquido Mantoano.
Riconoſcete o Nimphe il miglior lido
Che ſi alleta a le zancie tal ingegni
Quando cantino il vero che farano?

PRO-

PROLOGO
AL LECTOR.

DECIMAS.

SI del Prólogo el intento,
Como enseña el Oradór,
Es disponer al censór
Mas benévolo y atento:
Publiquen mi pensamiento
Versos llenos de humildad,
Pues quando sea novedad,
Bien pueden las dos tal vez
Ponerle al crítico juez
Excusas de humanidad.

Bien

AL LECTOR.

Bien sé el peligro en que estoi,
Quando al maldiciente vulgo
Pobres conceptos divulgo,
Y à censurar se los doi:
Y bien sé que el dia de oy,
Es grave y pesada cruz
Hacerte, lectór, el buz,
Quando dicen tus censuras,
Que anduvo à tiento y à escuras
Quien tal libro saca à luz.

Pero si valiere excusa,
Permite que te la dé,
Aunque en prólogos no sé
Si se recibe y se usa:
Pues qué carrasqueña Musa
No ha tenido por regalos
Los tributos que dá à palos?
Y opilados versos truxo?
Pues que las vemos con fluxo,
Y mayor quanto mas malos.

PROLOGO

No cito Autores inciertos,
Como en mil libros verás,
Ni ciertos, porque los mas
O todos ellos ſon muertos:
Porque no fueran aciertos
Tan hinchadas preſunciones
En ſemejantes acciones,
Y ſe me tuviera à error,
Sin ſer notario ò curſór,
Ocuparme en citaciones.

Objetos ſerán forzoſos,
Quando en ſu leccion repáres,
Que no le adornan lugares
Magnificos y grandioſos:
Pues demás de ſer coſtoſos
De traher por los camínos
Los lugares peregrinos,
Pueſto que es autoridad,
Siento la incomodidad
Que ſe hiciera à los vecinos,

Quien

AL LECTOR.

Quien disimular no sabe,
Dirá que hurté qual ladron
Las gracias al Macarrón,
Y al de su patria lo grave:
Pues demás que ellos sin llave
Dexaron, y sin custodia
La razon de su prosódia,
Mirense los libros tales,
Y si se hallaren cabales,
Que canten la palinódia.

Y si lo que en sus lenguages
Ellos dixeron, publico
En el tuyo que es tan rico
De rhetóricos ambages:
No merezco que me ultrajes,
Pues no hai bárbaro tan vil,
Que no juzgue por sutil
Lo que de su lengua es mengua;
Y yo à lo menos mi lengua
No la troçára por mil.

PROLOGO

Si el eſtilo no fué tal,
Como es cierto que pudiera,
Si mi entendimiento fuera
A mi voluntad igual:
Recibaſe por caudal
Deſta falta aquella ſobra,
Que ſi con ello ſe cobra
Lo que à mi ingenio le falta,
Yo te aſſeguro por alta,
Y por perfecta mi obra.

Y ſi vá à decir verdades,
No tacharás las que miras,
Ni con capas de mentiras
Paliadas moralidades:
Mas ſi à verle te perſuades,
Hallarás quando le veas,
Que en leccion el tiempo empleas
Segura de todo errór,
Pues no puede ſer mayor
Que ſi lo que dice creas.

Fuè

AL LECTOR.

Fué la Hormíga en la batalla
La que llevó lo mejor,
No por ser mas su valor,
Que el que en la Mosca se halla:
Sino porque quise honralla
Porque à mi se me antojó,
Mas que por lo que ella obró,
Y porque es razon al fin,
Que lo que le dió Merlin,
Esso le bendiga yo.

Si no quieres, no te obligo
A que le acabes de vér,
Pues no soi juez para hacer
En tu voluntad castígo:
Y haviendo de ser conmigo
Como con otros cruel,
Serás à mi intento fiel
Quando mi libro no vieres,
Pues mientras menos leyeres,
Dirás menos males dél.

PROLOGO

Por lo menos de mi intento
Puedes tener certidumbre,
Que no fué dár peſadumbre
Con lo que fué mi contento:
Y como entretenimiento
Fué para mi la Moſchéa,
Ojalá que acepta ſea,
Sin que murmures ſu canto;
Que yo ofrezco hacer al tanto
Siempre que las tuyas vea.

LA

LA MOSCHEA

POETICA INVENTIVA.

CANTO PRIMERO.

I.

LAS provocadas fúrias del Infierno,
Sembrando rábia, y ponzoñosa espuma,
El ódio horrible, y el rencór interno,
El sumo estrago, y mortandad sin suma:
Las agotadas aguas del Averno,
Por Soldados alados, y sin pluma,
Los fieros encontrados Reinos canto,
Que el Império poblaron del espanto.

II.

Grandes fueron los ímpetus civíles
De la soberbia Roma en la Pharsalia,
Por quien se baña en sangre de Gentiles
El espacioso campo de Thesália:
Grande la mortandad, quando entró Achiles
(Desdicha, que resulta en bien de Italia)
Con el hinchado monstruo, y aparente,
Que tuvo en Troya cámaras de gente.

III.

Mas no hai eſtrago, ni furór ſangriento,
Que al que prometo tenga ſemejante,
Que es comparar el átomo del viento
Al alto Olympo, y encumbrado Atlante:
Entonces del ſagrado Firmamento
La máchina de Eſtrellas rutilante,
Por no vèr en la tierra tantos males,
Eſcondieron ſus luces celeſtiales.

IV.

El rubio Dios en la ocaſion quiſiera,
Por no mirar tan áſpera fortuna,
Que à ſus hermoſos rayos ſe opuſiera
Llena de claridad la ingrata Luna:
Ella tambien quiſiera, que en ſu eſphéra
No diera el claro Phebo luz alguna,
O que la tierra en medio ſe plantára
De la cara del Sol, y de ſu cara.

V.

Quatro cométas ſus disformes colas
Por el áire moſtraron encendidas,
Que eran baſtantes para dár luz ſolas
A las partes del Mundo divididas:
Quiſo el viento eſconderſe entre las olas,
Que fueron de ſu fúria combatidas,
Y el Mar, que brama, y con furór ſe enoja,
Con ímpetu ſoberbio las arroja.

La

VI.

La tierra, que en ſus hijos temeroſa
El mal futuro ſiente, y prefigura,
En ſu immobil aſsiento no repoſa,
Ni con ſu fixo centro ſe aſſegura:
Saca del pecho airada, y preſuroſa
Suſpiros, que la luz vuelven eſcura,
Y con ánſias ſin número, y extrañas
Ofrece à los vivientes ſus entrañas.

VII.

Si papeles antiguos, y eſcritúras
El crédito merecen no pequeño,
Oy ſe deſpiertan las verdades puras
Del profundo letargo, y duro ſueño:
De las priſiones del olvido obſcuras
Oy à la luz de la verdad enſeño,
La hiſtoria à quien le diò principio y fin
La pluma Arzobiſpal de Don Turpín.

VIII.

Demás, que en los auténticos annales
De los archivos de la gran Moſchéa,
Por teſtimonios conſta originales,
Que eſtán eſcritos en la Lengua Hebréa,
Las evidentes mueſtras, y ſeñales
De que eſta hiſtoria verdadera ſea,
La qual eſtá en la piel de un piojo eſcrita,
De lengua Hebréa vuelta en la Moſquíta.

IX.

Si al bélico furór de mi ſemblante
El Angelico tuyo, ò Muſa, mira
Antes que con la cólera quebrante
Las dulcíſonas cuerdas de tu lyra,
Inſpírame animoſa, y de delante
Los inſtrumentos múſicos retira,
Y vengan por agora tus favores
Al ſon de las trompetas y atambores.

X.

Si à que no ſalgan mis intentos vanos
El ſerte conſagrados, te provoca,
Y en las hermoſas palmas de tus manos
Ofreces agua à mi ſedienta boca,
Enſancha tus favores ſoberanos,
Que es la ſed mucha, pero el agua poca:
Y pues me vés entre armas, y entre chuzos,
Déxame en la Caſtália echar à bruzos.

XI.

Yá la voz por ſalir del pecho brama:
Pluma, ſi deſta vez volais ligera,
Mereceis, que en las alas de la fama
Por hecho tal, vueſtro valor ſe inxiera:
Oy tinta à vueſtro paſſo ſe derrama
La mas trágica hiſtoria, y verdadera,
No temais que ſe borre vueſtra pinta,
Que havia de eſtár cõ ſangre en vez de tinta.

XII.

Y vos quaderno, que en lenguaje obſcuro
Tendreis, y en tiernas hojas de papeles,
Lo que fuera mejor, que en mármol duro
Eſculpiera el divino Praxitéles:
Dichoſo vivireis, que os aſſeguro
De lenguas malas, y ánimos crueles,
Si no por vueſtra hiſtoria única, y rara,
Por el claro Mecenas que os ampára.

XIII.

Hai en la Pullia una Ciudad antigua,
La mejór entre todas las mejóres,
Cuyo famoſo nombre ſe averigua
Tenerle de ſus miſmos fundadóres:
Eſtos fueron (ſegun que ſe ateſtigua)
De la carne mortal propagadores,
De aquella gente, que en lugar de barca,
Del diluvio eſcaparon en el Arca.

XIV.

Eſtos varones, que la tierra vieron,
De bullicio mortal deſocupada,
En el temple mas fértil eſcogieron
Para ſus vidas la mejor morada:
Alegres eſte ſitio previnieron,
Adonde, como en coſa ſeñalada,
Patentes vieron el primero dia
Prodigios de ſu grande Monarchía.

XV.

Hicieron (porque en todo la figura
Deſta Ciudád ſu perfeccion tuvieſſe,
Y en traza, aſpecto, longitúd, y anchúra
De todo el Orbe maravilla fueſſe)
Que à la cervíz mas indomable, y dura
De dos béſtias el yugo ſe puſieſſe,
Y quanto anſi de ſol à ſol araſſen
De la Ciudád por ſitio ſeñalaſſen.

XVI.

Dos animales de fiereza extraña
El indómito cuello ſujetaron,
Y con fuerza increíble à la campaña
En círculo redondo el ſulco echaron:
Eſtos ſon los primeros que con maña
El uſo y trato del aradro hallaron,
Tomando, como proprios inventóres,
Del miſmo aradro el nombre de Aradóres.

XVII.

Aran las beſtias dos el curſo entero
Que tarda el Sol mientras ſu luz divina
A los mortales mueſtra, y vá ligero
A la eſtacion de Thetis criſtalina:
Quien duda, que las liſtas de aquel cuero,
Por cuya aſtucia, y traza peregrina
Tuvo origen Carthágo, no abrazaron
Quanto las beſtias, ſin parar, ſulcaron?

XVIII.

Diſpueſtos à la obra los varones,
El eſpácio tantéan de la tierra,
Reparos ſeñalando, y torreónes,
Para ſeguridad en paz, y en guerra:
Qual, para hacer quebranto en los terrónes
El haſta dura del legón afierra,
Qual, el pico acerado al hombro carga,
Y qual el monte de allanar ſe encarga.

XIX.

Yá ſe vé la caterva dividida,
Y à todas partes el rumór ſe ſiente,
Mas, ò milagro, ò coſa nunca oída,
Prodigio raro, y confuſion patente:
La inculta tierra apenas ſe vió herida
De los primeros golpes del bidente,
Quando à la gente que al ſudór ſe aplica,
Su gran felicidad les pronoſtíca.

XX.

De los primeros golpes al encuentro
Se les deſcubre una profunda ſima,
Que al parecer llegaba al miſmo centro,
Deſde la boca, que moſtraba encima:
La eſcuridad denſiſsima de adentro
Era coſa, que puſo eſpanto y grima
Al corazon mas bravo y mas valiente
De la proſapia de la moſca gente.

XXI.

Júntaſe toda la caterva apriſa,
Para que determinen lo que importa,
Que algun agüero, ò novedad aviſa
La boca, que à la chuſma tiene abſorta:
Qual, para conſultar la Phytoniſa
Al pueblo ambiguo en la ocaſion exhorta,
Y qual, que el ſanto Oráculo de Delo
Remueva, y quite de la duda el velo.

XXII.

Al fin, fué entre ellos tal la diferencia,
Que no ſe halló cabeza de Moſquito,
Que no diferenciaſſe en ſu ſentencia,
Siendo un concláve immenſo, y infinito:
Que de alli tuvo ſér y dependéncia
El dicho grave, y antes inaudíto,
Que tantos pareceres diferentes
Tiene un concílio, como tiene gentes.

XXIII.

Y como uno con otro no concuerda,
Entre tantos arbitrios, y conſejos,
Al fin eligen, como gente cuerda,
Seguir el orden de los padres viejos:
Reſuelveſe por ellos, y ſe acuerda,
Que dos ſoldados en valór parejos
Baxen al centro, ſin moſtrar temores,
A ſer en la tiniebla exploradóres.

Al

XXIV.

Al punto, dos fortíſsimos Moſcónes,
(Que llamarlos fortíſsimos merecen)
Los eſcondrijos, rimas, y rincónes
De aquella ſima averiguar ſe ofrecen:
De la poſteridád deſtos varones
Son los que en ciertos tiempos ſe parecen;
Que ſalen con ruido y grandes fieros,
A eſcudriñar reſquicios, y agujeros.

XXV.

Y porque temen no ſuceda acaſo,
Que la eſcuridad lóbrega, y interna
Pueda eſtorbar à ſu camino el paſſo,
Sin vér lo que ſe eſconde en la caverna:
Para tan árduo, y tan dificil caſo
Quiſieran prevenirſe de lanterna,
Y apenas dudan el dificil medio,
Quando hallaron preſente ſu remedio.

XXVI.

La Lucérniga vino, beſtia fiera,
Y de preſtarles ſu favór intenta,
Y à ſervir de lanterna, y compañera,
Con los fuertes Moſcónes ſe preſenta:
Mejor que de pez negra, ò blanca cera,
Una hacha de luz grande repreſenta,
La qual tiene en las noches encendida,
Y en ſùs quartos poſtreros eſcondida.

XXVII.

No sé de qué materia, ò por qual arte
La viva llama en tal lugar enciende,
Que siendo de su cuerpo última parte,
No la consume el fuego, ni la ofende:
Tal vez parece que de alli se aparte,
Y el como, ni lo vemos, ni se entiende,
Si no es que el hacha de su fuego esconde
Por la puerta trasera, no sé donde.

XXVIII.

Del Carbunco se dice, y cosa es cierta,
(Maravilla notable en tal viviente)
Que tiene un ojo solo con su puerta
En medio del espacio de su frente:
Si esta de noche se descubre abierta,
Echa una luz de sí resplandeciente,
Tan clara, tan hermosa, y rutilante,
Que suele prestar luz al caminante.

XXIX.

Mas si acaso à su vista hermosa, y clara
El codicioso de usurparla llega,
En aquel mismo punto (astucia rara!)
La luz que daba, prestamente niega:
Echa sobre la vista el antipára,
Y el párpado vecino al otro pega,
Y desta suerte el ojo claro tapa,
Y del ardid de quien le acecha, escapa.

A

XXX.

A la naturaleza es contingente,
Que à dos tal propiedad les comunique,
Y el ojo que al Carbunco dió en la frente,
En la cola de eſtotro ſe le aplique:
Y pues de aqui no nace inconveniente,
Fundado vá en razón que ſe publique,
Que es lo que en la Lucérniga reluce,
Ojo pueſto al revés, que luz produce.

XXXI.

Eſta abrió el ojo para tanta empreſſa,
O ſea que el hacha de ſu luz previno,
Con cuyo norte por la niebla eſpeſſa,
Toman los dos ſoldados el camino:
Muchos los juzgan deſdichada preſa
De algun infame mónſtruo, y peregrino,
Que por hijo eſpantable de la tierra
En ſus entrañas cóncavas le encierra.

XXXII.

El pié puſieron en la boca obſcúra
Los dos, armados de ſu fúria y ſaña,
Que un ánimo ſin par los aſſegura,
Y un ſingular valór los acompaña:
Cada uno dellos à ſus Dioſes jura,
Si acaſo alli ſe eſconde alguna Araña,
De quitarle la piél, y por exemplo
Colgarlã en la portada de ſu templo.

Ba-

XXXIII.

Baxan, y en tanto ceſſa el edificio,
Y la chuſma con ánimos devotos
A Júpiter ſuplican ſea propicio,
Poniendo medios de aceptables votos:
Un ſolemne Hecatombe, y ſacrificio
De animales no viſtos, y remótos
Le ofrecen, y con lágrymas internas
De diez fieras Tarántolas las piernas.

XXXIV.

De las Abejas un enxambre entero
Lo miſmo al miſmo Dios le ſuplicaron,
Por el liqüór puríſsimo y primero
Con que ellas ſu niñéz paladearon:
Y le prometen, ſi con buen agüero
Reſponde al edificio, que intentaron
Dár à ſus fuegos ſacros, y divinos
De un Zángano holgazán los inteſtinos.

XXXV.

Yá culpaba la gente la tardanza
Por ſinieſtra ſeñal de ſu fortúna,
Y la ſúbita y vil deſconfianza
De todos juntos ſe apodera à una:
Yá de ſu buena dicha à la eſperanza
No le ha quedado abierta puerta alguna,
Y yá rompiendo de vergüenza el velo,
Blaſphémias acumulan contra el Cielo.

Quan-

XXXVI.

Quando dentro en la boca temeraria
Suena como de lejos un ruído,
Que à los deſeos de la gente vária
Hace fuerza, que acerquen el oído;
Yá la lucernigable luminaria
Les parece que ofrece à ſu ſentido
Ciertas vislumbres, que entre ſombra negra
La viſta con ſus ánimos alegra.

XXXVII.

La triſte boca de la luz avára
Toda la gente tímida rodéa,
Y en la vislumbre, y el rumór repara,
Haſta certificarſe de quien ſea:
Pero yá el paje de hacha la luz clara
Del ojo, que en la cola le hermoſéa,
Deſcubre, y el que mas ſe certifica,
Albricias pide, y la ocaſion publíca.

XXXVIII.

Oyeſe de la gente el alborozo,
Y con los gritos el placér reſuena,
Y con la cáuſa de ſu nuevo gozo
Deſtierran de ſus ánimos la pena:
Miran la boca del horrendo pozo
De hermoſa claridad, y lumbre llena,
Vuelven, y como en ello mas ſe afirman,
Los gozos ſe les doblan y confirman.

XXXIX.

Yá ſe diviſa por la puerta franca
Del paje de hacha el formidable cuerno,
Que yá con la luz pura de ſu anca
Mueſtra la altura del eſpacio interno:
Yá de un fuerte Moſcón miran la zanca
En la profunda gruta del infierno,
Y à poco eſpacio el compañero empieza
A deſcubrir patente la cabeza.

XL.

Un eſpacioſo vulto deſcubierto
Entre las bocas dos ſe manifieſta,
Por donde el pueblo preſumió por cierto
Agüeros triſtes, y ſeñal funeſta:
Pero llegando yá los dos al puerto
Tan deſeado por la obſcúra cueſta,
Que era el gran Dios Demorgogón penſarõ,
Lo que del centro lóbrego ſacaron.

XLI.

Llega el ſuſpenſo vulgo, y vén aſida
Del uno y otro fuerte compañero
Una vil calavera carcomida,
Cabeza de animál antiguo y fiero:
Eſta los dos hallaron eſcondida
En la concavidad del agujero,
Y ſegun ſu totál phiſonomía,
Calavera de Yaca parecía.

Sa-

XLII.

Salen cubiertos de mortal fatiga,
Y el duro peſo de la carga dexan,
Y entre el grave dolór que les inſtíga,
Mas de la hambre, y de la ſed ſe quejan:
Todos los menudillos de una Hormiga
Al inſtante los tres les aparejan,
Dando con ellos, y el liqüór Tudeſco
A ſus canſados cuerpos un refreſco.

XLIII.

Deſpues de honradamente recebidos,
Fueron con gran largueza regalados,
Al género Moſchino preferidos,
Y entre todas ſus gentes ſeñalados:
Los fatigados cuerpos bien bebidos,
Se quedaron en ſueño ſepultados,
Y mientras repoſando los dexamos,
A vér la calavera nos volvamos.

XLIV.

El incrédulo vulgo no ſe eſpante,
Que ſu fiereza encumbre demaſiado,
Porque no era de béſtia ſemejante
A la Vaca doméſtica del prado:
Es de las que los campos adelante
Caminan en exército formado,
A quien por ſu fiereza tan extraña
Vacas de San Anton las llama Eſpaña.

Mas

XLV.

Mas yá el diſcreto ſu argumento ſaca
De grande fuerza, y de profundo fondo,
Pues no ſe pudo vér ſi era de vaca,
O cabeza de buey el hueſſo mondo:
Pero ſu fuerza el ſilogiſmo aplaca
Con ſola eſta razón, que le reſpondo,
Que à mi no me eſtá bien en traducciones
Contradecir antiguas tradiciones.

XLVI.

Con eſto ſatisfago al que es diſcreto,
Y volviendo à la hiſtoria verdadera,
De la ſima ſacaron en efeto
Eſta terrible y grande calavera:
En averiguaciones no me meto,
Si era de buey ſylveſtre, ò de quien era,
Mas ſé, que deſta Vaca la cabeza
Fué el antiguo blaſón de ſu nobleza.

XLVII.

Solamente en ſaber ſe dificulta,
Si à bueno, ò mal agüero ſe atribuye,
Y con Apolo en Delphos ſe conſulta,
Si el bien, ò el mal la calavera arguye:
Por boca del Oráculo reſulta,
(Con que toda la duda ſe concluye)
Que no ceſſe el eſtruendo, y aparato,
Que el edificio à Júpiter es grato.

La

XLVIII.

La buena nueva al corazón confuſo
Fuerza mayór, y nuevo aliento envía,
Y de las venas el temór recluſo,
Con la reſpueſta alegre ſe deſvía:
Veloces alas el deſeo les puſo,
Y tan grande valór en ellos cria,
Que nuevas fuerzas la caterva cobra,
Y ſe vuelve ſolícita à la obra.

XLIX.

Hierve; y en todos el común acuerdo
Al fin dichoſo los inſpira, y lleva,
Sin que alguno ſe mueſtre entre ellos lerdo,
Que ván de ſu valór haciendo prueba:
El bravo intento, el penſamiento cuerdo,
Con tanta fuerza los varones ceba,
Que à nadie entonces el trabajo exenta,
Y el bien común ſus ánimos alienta.

L.

El bizarro oficial las alas ſuelta
De hermoſo tornaſól, y terciopelo,
Y vuelve con la cara en polvo envuelta,
Cargado, y con ſus pies trillando el ſuelo:
Dán muchas veces una y otra vuelta,
Con el trabajo, exercitando el vuelo,
Que ha de poner los pies de ſus perſonas
Sobre Tyaras, Mitras, y Coronas.

LI.

Del continuo trabajo, y exercicio,
En poco tiempo vieron el provecho,
Y consumado el ínclito edificio,
Con perfeccion, desde el cimiento al techo:
Descansan todos del penoso oficio,
Y levantando el trabajado pecho,
El fruto alegre de sus obras miran,
Y ellos en él se gozan, y se admiran.

LII.

El celebrado nombre, la obra rara
De la terrible máchina hermosea,
En cuya voz, abiertamente y clara,
La fama dice lo que la obra sea:
Qué Babylonia, ò Troya se compara
Al nombre singular de la Moschéa?
Que este es el que le dió su fama altiva,
Que de sus fundadóres se deriva.

LIII.

Por serle Roma en todo parecida
A tanta maravilla, à tal grandeza,
Entre todas ha sido, y es tenida
Por señora del mundo, y por cabeza.
Y autóres hai (si no es cosa fingida)
Que afirman con razónes, y certeza,
Que al cimiento primero de su cerca,
No faltaron Moscónes alli cerca.

LIV.

Mui bien teneis, ò Moſcas, merecida
Opinion, que à la vida correſponda,
Y que el alma del cuerpo dividida,
En el ſeno de Bacho eſté, y ſe eſconda:
Biẽ es que à muerte, que es mas propia vida,
Se le dedique, y ponga urna redonda,
Y que al cuerpo incorrupto le ſuſtente,
Cuba de San Martin, ò San Clemente.

LV.

Razon es que à las Moſcas aproveche
Ser deſta gran Ciudád los fundadóres,
Sin que à la muerte ſu linaje peche
El tribúto con ánſias, y dolóres:
Si no que en dulce miel, y blanca leche
Ungidas con puríſsimos liqüores,
En el trance fatál tengan la paga,
Que à vida tan heróica ſatisfaga.

LVI.

Y no tan ſolamente fundadóra
Fué en la Pullia la Moſca, pues tenemos
Infinitas Provincias, en que agora
Su nombre antiguo, y poblaciones vemos:
No hai parte de las muchas que el Sol dora,
Por mas oculta, ſin que en ſus extremos
No tengamos certiſsimas ſeñales,
Que alli poblaron eſtos animales.

LVII.

La Ciudád Moſca en la Moſcovia, el rio
Moſco del Moſcovita no encubierto,
El otro à quien le llaman el Moſchío,
Y el Moſco en el Arabia hermoſo puerto;
El Moſco al Septentrión helado y frio,
Pueblo al cándido Scytha deſcubierto:
Y en los tiempos antiguos tributario
A la ſuma potencia del Rey Dário.

LVIII.

Quien no tiene por llano, y evidente,
Que alli ſus nombres proprios les dexaron,
Para memoria de la Moſca gente,
Las Moſcas que eſtas partes habitaron?
Quien duda, que à la rápida corriente,
Donde ſus ſecos labios refreſcaron,
El nombre de ſu nombre le puſieron,
Como à los otros pueblos ſe le dieron.

LIX.

Y mi ſegunda patria, y ſin ſegunda,
Diga ſi ſu campaña menoſprecia,
Entre las dulces aguas de que abunda,
Con leves curſos, y corriente recia:
La que ſus campos fértiles fecunda,
El ſalado cryſtál, que tanto precia
Del rio Moſcas, grande en el provecho,
Que à Xúcar paga el caudaloſo pecho.

Con

LX.

Con lento paſſo por ſu vega amena
Los eſpacioſos campos fertiliza,
Y ſu hermoſa ribera colma y llena
De mil frutos ſabroſos, y hortaliza:
El nombre pierde en la dorada arena
Del Xúcar donde bravo ſe desliza,
Y él le recibe entre ſus aguas muchas,
Y le abraza colmandole de truchas.

LXI.

La madre alegre del ſagrado Xúcar,
Que en ella el Moſcas ſu corriente vierte,
A ſus ſaladas aguas en azucar
Con la dichoſa mezcla le convierte:
Hecho de perlas caudaloſo Fucar,
Con el amigo parte deſta ſuerte,
Alegre, en que ſus ondas acompaña
Moſcas, fertilizando ſu campaña.

LXII.

Parte de Xúcar la corriente ufana,
Porque eſte con la ſuya la hace rica,
Y tanta gloria por el mundo gana,
Que tan ſolo ſu nombre ſe publica:
Tiene la fama de lavar la lana
Xúcar, mas la verdad nos certifica,
Que ſuele el Moſcas arrancar las ſacas,
Y no dexar por donde paſſa eſtacas.

LXIII.

Bien ſabe quien ampara mis renglones,
(Porque le cueſta cara la experiencia)
Que ha viſto acumulados los vellones
Llevarlos ſu raudál ſin reſiſténcia:
Los finos y eſtivados floretónes,
Que enſaca el Eſpañól para Florencia,
Mil veces lleva, y dexa en mil temores
Al dueño, lavadero, y lavadores.

LXIV.

Al fin, no haí coſa en que la Moſca trate,
O tenga de ſer ſuya conjetura,
Sin que el valór deſcubra y el quilate,
Por ſeñal evidente de ſu hechura:
Al Moſcas tiene Cuenca por remate,
Y adorno principal de ſu hermoſúra,
Que con limpios cryſtales y ſalados,
Le dá mejór los frutos ſazonados.

LXV.

Y à no apretarme tan forzoſo embargo,
Dixera muchas coſas que me ofrece
El patrio Moſcas, porque eſtá à mi cargo
El ponderar lo mucho que merece:
Quiero abreviar con el intento largo,
Que es bien que à la Moſchéa me enderece,
Que es largo vuelo para tierna pluma,
Y me fuerza que el canto ſe reſuma.

LXVI.

Esta la gran Moschéa se intitúla,
Por la bondad de Júpiter tan rica,
Que lo que en su distrito se acumúla,
A ninguna Ciudád se comunica:
Y aunque al torpe exercicio de la gula
Su gran fertilidad atrahe y aplica,
La belicosa gente desta tierra
Continuo se exercita en hacer guerra.

LXVII.

Su fértil, rica, y espacioſa vega,
Que tantas frutas, y tan dulces brota,
El mar vecino mansamente riega,
Si alguna vez el viento le alborota:
Hasta las puertas se avecina y llega,
Y blandamente su muralla azota,
Este se llama el Zímico, que assombra,
Por lo que huele à Chinche à quiẽ le nõbra.

LXVIII.

Es por extremo fértil y abundante
Del Maná soberano de Aristéo,
Y no tiene otra alguna semejante
En el liqüór de Bacho y de Licéo:
Y esto se causa por estár distante,
Segun afirma el sabio Ptoloméo,
En medio grado, ò casi de su Polo,
Pueblo en altura, y en ventura solo.

LXIX.

Nunca la fiera madre al hijo tierno,
(Como otras ſuelen) à ſus pechos cria,
Porque en ſaliendo del lugar materno,
Al punto de ſu viſta le deſvía:
Al cálido veráno, al frio invierno,
A tierras remotiſsimas le envía,
Porque al trabajo, y al ſudór ſe aplique;
Y à que por sí ſe valga, vuele, y pique.

LXX.

Poca gente ſe ocupa, ni entretiene
En eſta tierra en vicio ni regalo,
Ni yo tampoco afirmo que no tiene
En tanta multitud de bueno y malo:
Que nunca un pueblo à ſer perfecto viene;
Ni grado igual à todos les ſeñalo,
Que entre abejas ſolícitas y fieles
Tambien habitan Zánganos crueles.

LXXI.

Hai hermoſos y bravos animales,
A quien llaman Aviſpas, y Abejones,
Que à las Abejas hurtan los panales,
Siendo floxos y tímidos Moſcónes:
Mas ellas ſuelen contra aquellos tales
Deſenvainar agudos aguijones,
Con cuyas puntas el ſabroſo almibar
Se les convierte en un amargo acibar.

De

LXXII.

De alli les quedó el nombre à cierta gente,
Que pienſan ſiempre remediar ſu hambre,
Rindiendo por lo hermoſo y lo valiente
La miel ajena, y el ajeno enxambre:
Y ſuele ſer aſsi, que ſe conſiente,
Que eſtos ſe viſtan del ajeno eſtambre,
Y quien lo hila, lo trabaja, y ſuda,
Suele à la viſta parecer deſnuda.

LXXIII.

Mas yá dirán que del intento ſalgo,
Y del primer propóſito me mudo,
Que de lengua ſatyrica me valgo,
La reprehenſion tomando por eſcudo:
Perdone algun Moſcón ſi ha dicho algo
Con que le ofenda mi talento rudo,
Que por la pena que me dá ſu enojo,
Dexo los verſos, y la pluma arrojo.

Fin del Canto primero.

LA MOSCHEA.

CANTO SEGUNDO.

I.

QUinientas veces para dár la vuelta,
Que tantos ſiglos há que la acoſtumbra,
La rienda tuvo à ſus caballos ſuelta
El rubicundo Dios que nos alumbra:
La nube entonces que en el áire envuelta,
A los Aſtros parece que ſe encumbra,
Rompe, y la niebla que ſu luz impide,
Y del cuerpo del áire la divide.

II.

Alegre los umbrales de ſu caſa,
Y ſublímes colunas de oro fino
Dexa, y volando con ſu coche paſſa
A la caſa del ſigno mas vecino:
Alli los cuernos del Carnero abraſa,
Cubierto del dorado vellocino,
Y ſale à recebirle caballero
El hijo de Athamante en el Carnero.

III.

Passa adelante el Sol, y el sitio dexa,
Y à nuevo albergue sus caballos guia,
Y desta casa quanto mas se aleja,
Vá enriqueciendo con su luz el dia:
Yá avisa que su entrada se apareja
Con nuevas ciertas de la luz que envía,
Y en los umbrales à su huesped topa,
Que sale à recebirle con Europa.

IV.

No pudo el Sol disimular la risa,
Viendo à la hermosa dama caballera
En los lomos del Toro, y vuela aprisa
Por el largo camino de su esphéra:
Salieron à la luz que los avisa,
Vestidos de una alegre primavera,
Los dos hermanos de la Griega Helena,
De varias flores la cabeza llena.

V.

Despues que estos mancebos le contaron,
(Porque el Sol nunca baxa hasta el infierno)
Lo que ellos vieron quando allá baxaron,
Navegando las ondas del Averno:
Luego Flegón, y Ethonte comenzaron
A sentir de las riendas el gobierno,
Y el Cáncer fiero que abrasar se siente,
Apresura sus zancas lerdamente.

Con

VI.

Con eſte tuvo el Sol alegre fieſta,
Porque le preguntó que ſi ſabía
De la batalla incrédula y funeſta,
Que tuvo Alcides con la Hydra un dia:
No quiſo darle el animal reſpueſta,
Viendo que con malicia lo decía,
Paſſa adelante el Sol, y en eſte punto
Mira à un Leon à ſus caballos junto.

VII.

Cada uno dellos al inſtante quiſo,
Viendo ſu talle horrible, y ſu figúra,
Que ſintieſſe la beſtia de improviſo
El golpazo cruél de ſu herradúra:
Refrenalos el Sol con lento riſo,
Diciendo: no temais ſu catadura,
Que yá experimentó ſu fúria brava
A lo que ſabe de Hércules la clava.

VIII.

El benigno lectór tenga paciencia,
A cuya correccion eſtoi ſujeto,
Y no juzgue poética licencia,
Si extrañas flores en la hiſtoria meto:
Sino que ſoi eſtrecho de conciencia
En la eſcritura hiſtórica, y prometo,
Que lee en ſu lengua la verdad que imita
La traduccion rhetórica Moſquíta.

Ca-

IX.

Camina el Sol, y caminando aclara
El increíble eſpacio que paſſea,
Su viſta extiende luminoſa y clara,
Y con ella los Cielos hermoſéa:
Mira en el paſſo la divina cara,
Con que le alberga la doncella Aſtréa,
Refrena à los caballos ſu codicia,
Y detieneſe el Sol à la juſticia.

X.

La caſa dexa, y eſtacion devota,
Y à mas andar apreſta ſu viaje,
A los caballos con furór azota,
Y incítales à cólera el ultraje:
Para la caſa toman la derrota,
Donde ſe les apreſta el hoſpedage,
Que es deſde donde el Sol ſu luz envia,
Igual haciendo con la noche el dia.

XI.

Al forzoſo camino ſe apercibe,
Y deſde alli apreſura la partida,
Quando alegre en ſu caſa le recibe
Del ſoberbio Orión el homicida:
Al punto miſmo que entra el Sol revive
En el opueſto la mortal herida,
Y entonces Phebo al matadór halaga,
Porque al ſoberbio dió la juſta paga.

Paſ-

XII.

Passa adelante con el carro ardiente,
Y à la posada de Chyrón camina,
Quando el Centáuro los caballos siente,
Indicio de que Apolo se avecina:
Honra el Semicaballo al Dios presente,
Inventór de su arco y medicina,
Y el Sol con sus caballos se conforma,
Atrás dexando su biforme forma.

XIII.

Apenas desta casa el Sol se muda,
Quando en sus lentos rayos se calienta
Del Dios Semicabrón la faz cornúda,
Que la industria del miedo representa:
Passa volando, que la fúria cruda
Del riguroso hielo al Sol ahuyenta,
Y le fuerza à que luego se desvie,
Porque la nieve su calór no enfrie.

XIV.

Por montañas de nieve, y crudo hielo
Hace Phebo que el carro se enderece
Por la parte mas cerca, donde el Cielo
Con nuevo albergue, y estacion parece:
Sale à su encuentro un femeníl mozuelo,
Y de agua fria un cántaro le ofrece,
Que son en aquel tiempo las mercedes
Con que al huesped recibe Ganimedes.

Con

XV.

Con mas velocidad que ſuele el viento,
Phebo en el caminar ſe precipita,
Sin que ſea parte el dón y ofrecimiento
De que la nieve ſu calór derrita:
Viſita en la diſtancia de un momento
Las aguas puras, donde el Pez habita,
En memoria trahiendole las lymphas
El eſpanto de Venus, y las Nymphas.

XVI.

Aqui ſe pone el término y la meta,
Donde el largo camino ſe reſuelve,
Mas nunca el Sol en un lugar ſe quieta,
Que alli las riendas ſin parar revuelve:
Torna en el miſmo inſtante el gran Planeta,
Y à vér los cuernos del Carnero vuelve,
Y en eſto ſe ocupó quinientas veces,
Volviendo del Carnero haſta los Peces.

XVII.

En ſuma, hizo quinientos movimientos
El Sol por el camino de ſu eſphéra,
(No trato de los rápidos violentos
Con que el primero moble el curſo altera)
Y deſpues deſtos círculos quinientos,
Deſde que vió la fundacion primera
De la grande Moſchéa, vió ſu daño,
Dando la vuelta en el ſiguiente año.

Su-

XVIII.

Sucedió en la ſuprema Monarchía
De la Moſchéa un Rey, que aunque valiẽte,
La ſuma de riquezas que tenia,
Su pecho afeminaron facilmente:
Porque es veneno la riqueza, y cria
En los ocultos pechos de la gente
Cierta hinchazón de preſuncion, adonde
La mal nacida vanidad ſe eſconde.

XIX.

Deſta ſoberbia vanidad preñada
Deſte monte que ſerlo repreſenta,
Naçe ſu ſemejante, que es la nada,
Un eſcarnio, ratón y vil afrenta:
Pero de la virtúd arrinconada,
Que parece que della no hacen cuenta,
Nacen los montes, parto extraordinario,
Y al de ſoberbia y vanidad contrario.

XX.

Eſte entre sí decia, qué te falta,
Digno Rey de las Moſcas, ſi lo eres
De quanto el cuerno de la Luna eſmalta,
Sin que las vueltas de fortuna eſperes?
En ti ſe vé la dignidad mas alta,
Colmada de los guſtos y placeres,
Sin temer los menguantes de la Luna,
Ni las vueltas contrarias de fortúna.

Tu

XXI.

Tu tienes lleno el mundo de vaſſallos,
Y todos hijos de la gran Moſchéa,
Que en diferentes ſuertes de caballos,
El mas pobre de todos ſe paſſea:
Y no me alargo mucho en alaballos,
Pues no hai alguno que tan pobre ſea,
Que no ſea rico por la tierra extraña,
Mas que los Genoveſes por Eſpaña.

XXII.

Qué Príncipe, qué Rey, ni qué Monarcha
Puede tener (por mucho que le ſobre)
Quanta riqueza en todo el mundo abarca
De todos mis vaſſallos el mas pobre?
Si es porque à los tales en el arca
Les ſobra la moneda, plata, ò cobre,
Mayór de mis vaſſallos es la fama,
Pues el dinero yá Moſca ſe llama.

XXIII.

Pues ſi ſon de los bienes que produce
La madre tierra, qual ſe les eſcapa?
Qual á ſu paladar no ſe reduce,
O qual ſe les encubre, ò ſe les tapa?
Qué oculta meſa no ſe les trasluce?
Y aunque ſe ſiente à ella el Rey, ò el Papa;
Siempre la Moſca ſu derecha ocupa,
Y ella de todo la ſubſtancia chupa.

XXIV.

Qué rico mercadér, ò trapaciſta
Hai en el mundo, que contrate, ò venda,
Sin que el teſtigo Moſca por ſu viſta
Note los malos tratos de ſu tienda?
Qué honra con ſecreto ſe conquiſta,
Sin que ella no lo ſepa ni lo entienda?
Qué aſſalto hai, qué encuẽtro, ò qué batalla,
Donde la fuerte Moſca no ſe halla?

XXV.

Siempre eſtá en los regiſtros y aduanas,
Y ſiempre es quien preſide en los eſcaños,
En Florencia la rica trata en lanas,
En la Ciudád de Londres trata en paños:
A Africa tambien paſſa con granas,
Con caballos à Reinos, que aũque extrãños,
No hai en los puertos guarda que la impida,
Ni le haga tuertos, ni derechos pida.

XXVI.

En Africa, en Eſpaña, en Alemania,
En el Arabia, en Tyro, y en Sydonia,
En Francia, en Flandes, en Meſopotania,
En la Pullia, en la Auſtria, y en Saxonia:
En Lydia, en Lybia, en Perſia, y en Hircania,
En Grecia, Trapiſonda, y Macedonia,
En Vallecas, en Meco, y la Zarzuela,
La Moſca en todas eſtas partes vuela.

Què

XXVII.

Qué diré de la India, adonde envia
Phebo con grande fuerza ſus calores,
Las Moſcas ſon ſus hijas, pues las cria,
Y las engendra ſolo en ſus ardores:
La Provincia tambien de Andalucía
Es donde ſe producen las mejores,
Y es por tener el temple mui caliente,
En Moſcas y Caballos excelente.

XXVIII.

Solo la Moſca el Septentrion helado
Mui raras veces en ſu vida paſſa,
No porque tenga eſpacio limitado,
Ni el largo vuelo ſuyo tenga taſſa:
Sino que es ſitio eſtéril mal templado,
Que nunca el Sol ſus términos abraſa,
Y danle del invierno en la aſpereza
Váguidos importúnos de cabeza.

XXIX.

Ningun amante con igual deſtreza
En ſervir à ſu dama ſe ſeñala,
Con quanta gallardía y gentileza
Alegres vueltas hace por ſu ſala:
Con quanto deſenfado y ſutiléza
Le mueſtra el tornaſól de una y otra ala,
Qué galán y cortés la dama toca,
Su amor le dice, y beſala en la boca.

XXX.

Ni tampoco ha faltado quien eſcriba,
Que ella fué de la múſica inventóra,
Y que eſte miſmo nombre ſe deriva
Del proprio que la Moſca tiene ahora:
Y qualquiera que entrambos los perciba,
En la cuenta dará luego à la hora,
Pues caſi entrambos una coſa anuncian,
Si en la lengua Latina ſe pronuncian.

XXXI.

Y eſte ſimil es proprio, y importante,
Y para prueba deſto, de provecho,
Porque ſiempre la coſa ſemejante
Por prueba ſe recibe en el derecho:
Demás, que la razón eſtá delante,
Con que qualquiera quede ſatisfecho,
Pues ſi múſica en ſyncopa le nombres,
No ſe quitan tajada los dos nombres.

XXXII.

Con qué ſonóra voz, con qué zumbido
Las alas de ſu múſica concierta,
Con que del dubio arriba referido
Nos mueſtra la verdad patente y cierta:
La vez que el dulce ſón llega al oído,
Al mas metido en ſueño le deſpierta,
Y algunas tambien hace de manera,
Que le óiga el que no quiere, aũq̃ no quierā:

XXXIII.

O dichoſo animál, y mas dichoſo
Yo, pues que vengo à ſer en tiempos tales
Temido, reſpetado, y poderoſo
Rey de tan ſingulares animales:
Mas de qué ſirve ſer tan venturoſo,
Si no conoce el mundo en las ſeñales
Que puedo darle, como ſoi mas rico,
Que quanto con palabras le publíco?

XXXIV.

Con eſte penſamiento y devanéo
Andaba el necio Rey de la Moſchéa,
Quando le vino un ſingular deſeo,
Porque ſu Mageſtad el mundo vea;
Dice que quiere vér en un torneo
El caballero que mejor campéa,
Y ſi es de ſangre real, y lo merece,
Una hija ſuya natural le ofrece.

XXXV.

Publicanſe unas Cortes generales
Por bocas de clarines y trompetas;
Reſuenan chirimias y atabales,
Alborotando las perſonas quietas:
Deſpachan à Provincias principales
Al pié de quatrocientas eſtafetas,
Y todas caballeras en Langoſtas,
Porque eſtas ſon del Rey ligeras poſtas.

XXXVI.

Eſtas ſon unas beſtias regaladas,
Que preſtamente por el áire vuelan,
Y encarecen à ratos las cebadas,
Y aun en los miſmos campos las aſſuelan:
En eſtas alimañas no domadas
Salen los menſageros, y revelan
El intento del Rey à ſus vaſſallos,
Y aperciben ſus armas y caballos.

XXXVII.

Qué de veſtidos de admirable tela
Salen à luz, que quien los vé ſe eſpanta;
Qué de caterva que à la Corte vuela,
Y à vér las ricas fieſtas ſe adelanta:
Qué bravos corazones amartéla
La fama de hermoſúra de la Infanta,
Qué máchina de fuertes caballeros
Ván entrando en la Corte aventuréros.

XXXVIII.

Era tanta la gente que venía,
Que aunq̃ era la Ciudád un grande eſpacio,
De pies de foraſteros no cabía,
Ni de Reyes extraños el palacio:
Túvolos juntos en ſu ſala un dia
El Rey, que quiſo darles mui deſpacio
El orden del tornéo, el modo y traza
De entrar en él, y de ocupar la plaza.

XXXIX.

Mas qué bien tiene el mundo, pues no tiene
De bien pequeñas mueſtras y ſeñales,
Quando ſe vé que acompañado viene
Con infinito número de males?
Qué bien envuelto en mal no ſe contiene,
Ni qué bien hai ſin mal en los mortales?
Al fin no hai bien que apenas ſe parezca,
Sin que à la viſta el alguacil ſe ofrezca.

XL.

En una rica y eſpacioſa ſilla,
Que entre las piezas del theſoro oculto
Era la mas heróica maravilla,
Eſtaba el Rey, con agradable vulto:
Calló de los Moſcónes la gavilla,
Mas levantóſe afuera un gran tumulto,
Que à cólera y enojo al Rey provoca,
Dexando ſus razones en ſu boca.

XLI.

Por entre eſpeſſas puntas de alabardas
Entró una Moſca, como rayo fiero,
Sin que pudieſſe alguna de las guardas
Su paſſo detener con el acero:
Mueve las alas con el ánſia tardas,
Y mira entre uno y otro caballero,
Y en conociendo al Rey el vuelo afloxa,
Las alas junta, y à ſus pies ſe arroja.

XLII.

Delante el conſiſtorio ſe preſenta
La fatigada Moſca ſemiviva,
Dando ſeñal con la colór ſangrienta
De fortúna contraria, y ſuerte eſquiva:
Quiſiera dár del triſte caſo cuenta,
Mas fáltale el vigór, y la ſaliva,
Y al fin ſacando fuerzas de flaqueza,
La Moſca macho deſta ſuerte empieza.

XLIII.

En vano, ò Rey Sanguileon (eſte era
Del poderoſo Rey el proprio nombre)
Juntas caballería foraſtera,
Porque de vér tu Mageſtad ſe aſſombre:
Mejor fuera mil veces, mejor fuera
De valiente cobrar rico renombre,
Acudiendo à las veras como debes,
Sin que en las burlas tus vaſſallos pruebes.

XLIV.

En vano, ò pobre Rey, el Cetro tienes,
Y en vano Rey el mundo te pregona,
En vano ciñe tu cabeza y ſienes
Del Imperio mas alto la corona:
En vano llenó el Cielo de mil bienes
Tu deſcuidada y pérfida perſona,
En vano riges el mayór Imperio,
Pues ha de ſer mayór tu vituperio.

XLV.

En vano, Rey, de veſtidúras Reales
Adornas tu perſona, y la compones;
En vano, Rey, acompañado ſales
A cazar de las habas los Pulgones:
En vano à viſitar los hoſpitales
Por tu perſona propria te diſpones,
En vano Rey abominable chupas
Las regaladas coſtras de las pupas.

XLVI.

En vano pides el mejor ſuſtento,
Y ſobre todos de gaſtar procuras
El liqüór, que en los ojos del jumento
Con los hocicos de tu roſtro apuras:
En vano el Rocín flaco y macilento
Te ſuſtenta en ſus miſmas matadúras,
En vano guſtas de beſar las llagas
Del pobre enfermo, y de lamer ſus bragas.

XLVII.

En vano, necio Rey, el guſto aplicas
A las coſas ſabroſas y ſuaves,
En vano en tus deleites comunicas,
Y el mal de tu República no ſabes:
En vano andas curſando las boticas,
Y catando las purgas y xaraves,
En vano tienes guſto en los pebetes,
Y con ellos en cámaras te metes.

XLVIII.

Dexa la mesa espléndida, y olvida
El ser en tales tiempos Epicúro,
Y perdona tambien en la comida
Tanto beber alegre de lo puro:
Rey, en peligro extraño está tu vida;
Por el Dios grande de las Moscas juro,
Que si no se apercibe tu persona,
Que le corre peligro à tu corona.

XLIX.

Acuerdate del Rey Sardanapalo,
Que con exemplo tal es bien te arguya,
Mira los torpes vicios, y el regalo,
En qué pararon con la vida suya:
Con la deste insolente y torpe igualo,
O Rey Sanguileon, la vida tuya,
Y si en ella le imitas desta suerte,
Qué mucho que le imites en la muerte?

L.

Si en el caballo alguna vez subía,
Le daban infinitos sobresaltos,
Y à una parte y à otra se caía
De la bestia espantandole los saltos:
Llevaba una lucida compañia
De lacayos disformes, y tan altos
Como gigantes, que por breves puntos,
Porque no se cayesse le iban juntos.

Ocu-

LI.

Ocupaba la silla de tal traza,
Que daba muestra de su gran vileza,
Pesabale en el cuerpo la coraza,
Y machucaba el yelmo su cabeza:
Nunca aferraron la pesada maza
Sus manos, llenas de una vil flaqueza,
Y sobre el bulto del arzón cargado,
A todos se mostraba corcovado.

LII.

Mas quando de improvisos atambóres
Oyó el Taparatán que à guerra suena,
Alli fueron los últimos temores,
Con que él à muerte infame se condena:
Alli fueron las ánsias y dolores,
Y por castigo, y merecida pena,
Alli su muerte en nada parecida
Al descuido y torpeza de su vida.

LIII.

La misma suerte por la tuya corre,
Llena de mil infamias mugeriles,
Pues haces que ella con afrenta borre
Del Rey Assyrio las hazañas viles:
Tu caída República socorre,
Antes que con la muerte le asimiles,
Y abras camino con tu propria lanza,
Para que salga el alma por tu panza.

Mas

LIV.

Mas yá aſſaltarme de las ánſias ſiento,
Que dán al cuerpo el último combate,
Pues ſe me vá pegando, y hace aſsiento
La voz en el camino del gaznate:
Y antes que falte à mi pulmón aliento,
Tu mal es importante que relate,
Y por ſi no me dexa el paraſiſmo,
Eſcucha tus deſgracias en guariſmo.

LV.

El Rey que rige la canalla hormíga,
Con todo ſu podér de naturales,
Anda en tu daño haciendo bando y liga
Con todos tus contrarios capitales:
Eſte es el fiero azote que caſtiga
El ſingular valór de tus leales,
El enemigo por tus tierras baxa,
Guarda tus Reinos, y ſu orgullo ataja.

LVI.

Siete mil Moſcas (muerome en decillo)
Fueron cautivas de enemigo exceſſo,
Sus gargantas paſſadas à cuchillo,
Tras un contrario bélico ſuceſſo:
Al Ranifuga nueſtro gran caudillo,
En cárceles obſcuras tiene preſo,
Aunque tengo entendido del Rey fiero,
Que yá le habrá añudado el tragadero.

LVII.

Yo sola viva me escapé entre tantas,
Por obra del milagro y diligencia,
Porque no acompañasse sus gargantas
La mia en la mortífera experiencia:
Apresuré los vuelos y las plantas,
Para poder llegar à tu presencia,
Y assi salí de entre el tumulto ciego
Con calzas que tomé de Villadiego.

LVIII.

Siete heridas saqué de la refriega,
Todas mortales, y que alguna pienso,
Que hasta el oculto corazón me llega,
Pues que me acaba su dolór immenso:
Mas yá mi lengua al paladar se pega,
No puedo mas contarte por extenso,
Que yá el alma sus passos encamina
Al Reino de Plutón, y Proserpina.

LIX.

Dixo: y al punto el varonil soldado
Mostró la cara pálida y difunta,
Y las alas del uno y otro lado
Con el ánsia postrera ciñe y junta:
Todos los miembros del varon alado
Se tienden en presencia de la junta,
Y estirando la una y otra zanca,
El alma noble de su cuerpo arranca:

LX.

Apenas el aliento ſe le priva,
Y el féudo inexcuſable el joven paga,
Dexando el alma de vivir cautiva
En la priſion que con ſu auſencia eſtraga:
Quando baxó volando deſde arriba
Una ave grande, que el cadaver traga,
Que ſe entendió al principio q̃ fué aquella,
Que à Ganimedes convirtió en eſtrella.

LXI.

Deſpues por coſa cierta ſe imagina,
Que la Ave de tan ſuma ligereza,
Que al cuerpo de la Moſca ſe avecina,
Llevandola en los áires con preſteza:
Que fué ſin duda alguna Golondrina,
A quien ſuele mover naturaleza
A trasladar las Moſcas de improviſo,
Dentro en ſu buche, que es ſu paraíſo.

LXII.

Corre la voz por la Ciudád, y al punto
Que à los oídos de la gente llega,
Al Palacio ſe parte el pueblo junto,
Y en multitud ſin orden ſe congrega:
Llora la madre al hijo yá difunto,
Y al llanto con tan gran rigór ſe entrega,
Que no fué tal el lamentable lloro
De Hecuba, ſobre el muerto Polidóro.

LXIII.

Levanta el grito la afligida turba,
Que à compaſsion y láſtima provoca,
Tanto interno ſuſpiro al áire turba,
Y el eco del lamento al Polo toca:
El corazón mas fuerte ſe perturba,
No hai Matrona, que no ſe vuelva loca,
Y deſgreñando de oro las madexas,
Las dán al viento adonde ván ſus quejas.

LXIV.

No fué tal el tumulto del Romano,
Quando juntando el conjurado acero,
Acompañado de traidora mano,
Bruto mató ſu Emperadór primero:
No fué tal tras la fuga del Troyano,
De la nueva Carthágo el llanto fiero,
Quando à ſu Reina con dolór miraba,
Que en dos fuegos terribles ſe abraſaba.

LXV.

El penſativo Rey de la Moſchéa,
Con la deſdicha, y nueva repentina,
Pierde el juicio, porque en él ſe vea
Quanto una peſadumbre deſatina:
Furioſo por la ſala ſe paſſea,
Haſta que fué à encontrar con una eſquina;
Adonde dió à entender con tal ſuceſſo,
Que no eſtá loco quien deſcubre el ſeſſo.

LXVI.

Llevan al lecho al miſerable dueño
De tanta immenſidad y Monarchia,
Que repoſando en el profundo ſueño
De la muerte en ſu geſto parecia:
Todos moſtraron lachrymoſo el ceño
Con los triſtes ſuceſſos de aquel dia,
Y antes de vér ſalir la luz del otro,
Cada uno pica en ſu caballo ò potro.

LXVII.

Solo me peſa de la Infanta niña,
Que con tales eſtorbos no ſe caſa,
Y mal ſu caſamiento ſe le aliña,
Quando eſto paſſa por ſu padre y caſa:
Mas no le faltará con quien ſe ciña,
Si la deſdicha y el furór ſe paſſa,
Que no es razon que olviden prendas tales
Las luces de las teas maritales.

LXVIII.

Quede ſu doncelléz y ſu hermoſúra
Depoſitada en tanto que Hymenéo
Quien ſus partes merezca le procura,
A medida del guſto y ſu deſeo:
Guarde ſu flor hermoſa en la clauſura,
Que no ha de ſer el hado iniquo y reo
Tan cruel eſta vez, que en un Convento
La dexe ſin marido y caſamiento.

LXIX.

Alli la Mosca, mísera doncella,
Gran tiempo estuvo, desde aquella hora,
Que puso estorbos su invidiosa estrella
Al ser de un Reino de un Moscón señora:
Y autóres hai que afirman que fué ella
De las nueces moscadas inventóra,
De lo qual es famosa conjetúra
El nombre mismo de la nuez que aun dura.

LXX.

Pero en cosas de duda no me meto,
Bien pudo ser que la invencion hallasse,
Y à uso de Convento, con secreto,
Algun Moscón devoto regalasse:
Lo que es mas cierto, y que passó enefeto,
Es que en un Monasterio se quedasse,
Mientras duró la guerra, que fué causa
De hacer en el tornéo y canto páusa.

Fin del Canto segundo.

LA MOSCHEA.

CANTO TERCERO.

I.

EN la region del áire transparente,
Por donde el bien y el mal se precipita,
Desde los Astros à la humana gente,
Que en el valle de lágrymas habita,
Hai un lugar supremo y preeminente,
Que nunca de los hombres se visita,
Aunque se vé patente en esta casa
Qualquier sucesso que en las suyas passa.

II.

Tanto la cumbre altíssima se empina,
Que con igual distáncia y proprio grado,
A las partes del mundo se avecina,
Y dellas dista por nivél formado:
Los aledaños son con quien confina
El ante y retro, el uno y otro lado,
Las quatro partes de la immobil traza,
Y el Cielo que en su círculo la abraza.

III.

Es esta casa de infinitas puertas,
Por donde por instantes y momentos
De las cosas fingidas y las ciertas
Entran cargados los veloces vientos:
Alli reviven las hazañas muertas,
Y de los mas ocultos pensamientos
Se vé la multitúd de conjetúras,
Que se publican por verdades puras.

IV.

Es de fino metál por cada parte
La escala, el techo, el pavimento y muro;
Lleno de conchas, que la industria y arte
Revueltas fabricó de bronce duro:
Allá la misma voz que aqui se parte
Hiere y retumba con su accento puro,
Y quanto acá el secreto comunica,
Allá publicamente se publica.

V.

No hai silencio jamás en su distrito,
Ni con tan grande accento la voz suena,
Que se espante la gente con el grito,
Que suele dár à quien le escucha pena:
Alli el susurro, y murmurar quedito
Se escucha, como quando lejos truena,
O como siente al mar quando se altera
El que distante está de la ribera.

VI.

Paſſando el áire ſu carrera larga,
Viene à eſta venta, y en llegando dexa
De novedades la ligera carga,
Y de la caſa con furór ſe aleja:
Porque apenas del peſo ſe deſcarga,
Quando para otra carga ſe apareja,
Carga, y llega volando, y en el punto
Vuelve por otra que dexaba à punto.

VII.

A quien primero à deſcubrir ſe empieza
Lo que de sí ſe trata y ſe razona,
Es à la grave y principal nobleza,
Que es de la Fama la primer perſona:
Eſta deſpues torciendo la cabeza,
En ſecreto el ſecréto le pregona
Al allegado, aquel à ſu pariente,
Y aſsi el ſecréto viene à ſer patente.

VIII.

Eſte en ſu caſa con el otro habla,
Reparando la gente en ſus acciones,
Y ſi el negocio bien ò mal ſe entabla,
Parece que lo dicen ſus paſsiones:
Eſte publíca la inaudíta habla,
Porque oyó ſolamente dos razones,
Y alli con ſombra de verdad ſe mira,
Junta la perſuaſion con la mentira.

Eſ-

IX.

Este volando la escalera baxa,
Aquel la sube de sudór cubierto;
Otro la tierra por el mar ataja,
Y otro de prisa se avecina al puerto;
Alli lo que es mentira mas se cuaja,
Alli se desminuye lo mas cierto,
Alli lo mucho en nada se deshace,
Y lo que es nada, mucho mas se hace.

X.

En esta confusion, en este encanto,
Una muger horrible señoréa,
Que vé desde su estrado todo quanto
En el mundo es posible que se vea:
Es la cubierta y el ligero manto,
Con que su vano y monstruo cuerpo arréa,
Plumas veloces con que el orbe gyra,
Párpados de cien ojos con que mira.

XI.

Por otra tanta multitúd de orejas
Novedades sin número percibe,
Y por cien bocas à su cuerpo anexas
Publíca lo que en ellas se recibe:
La confusion de nuevas y de viejas
Al mundo resucita, y las revive
El monstruo alado à quien el mundo llama
La vocinglera y voladóra Fama.

XII.

Este es el monstruo que la madre tierra
Produxo; quando Júpiter con ira
A Enzelado y Zeoo furioso atierra,
Por cuyas bocas el Bolcán respira,
A la verdad desnuda le hace guerra,
Con esta bestia rica de mentira,
Que à veces muestra que la rata pare
El monte que al Olympo se compare.

XIII.

Este ligero mal que tanto vuela,
Este velóz recuero de embelecos,
Esta que tantos ánimos desvela,
Echando al aire sus accentos huecos:
Esta que siempre habla, y siempre vela,
Esta que escucha los secretos ecos,
Esta muger que al serlo se le pega
El nombre de habladóra y andariega.

XIV.

Esta que los cerebros embaúca,
Y con mentiras à la gente espanta,
Esta sin sér que la razón trabuca,
Y los sentidos facilmente encanta:
Esta llena de nuevas, y cadúca,
Esta emplumada, y tan feróz giganta;
Que nace de la tierra, y se endereza
A encubrir en las nubes su cabeza.

XV.

Esta (segun en la Moschéa chrónica
Afirma la dulzura celebérrima
De la Musa Comína Macarrónica
Del Cocayo Merlin patrona acérrima)
Salió (no como afirma la Marónica,
Confiada en sus vuelos qual paupérrima)
En un caballo cándido y alígero,
Que daba envidia à los del carro Astrígero.

XVI.

Salió la velóz Fama caballera
En un caballo símil y conforme
A aquel por quien perdió la vil Chiméra
Su monstruosa figura multiforme:
Pero si en él mató la bestia fiera
Su dueño; estotro efeto es mui disforme,
Pues nace de la Fama el monstruo fuerte,
A quien Belerophonte dió la muerte.

XVII.

Ser la ocasion legítima y urgente,
Por ser verdad lo que el mensaje encierra,
Le fuerza à que en persona prestamente
Parta volando de una en otra tierra:
Y desde el suelo de la Mosca gente,
Hasta aquel donde el hielo las destierra,
A su caballo los hijares pica,
Y del mísero Rey el mal publíca.

XVIII.

Los límites dexó de la Moschéa;
Y en su caballo por el mundo trota;
Y por todas las partes trompetéa,
En són que à los vivientes alborota:
En los confines largos de Guinéa,
Y hasta la tierra incógnita y remota
Se llenan las cabezas de la nueva,
Sin saber quien la trahe, ni quien la lleva.

XIX.

Desde la excelsa cumbre de Riphéo
La voz à toda Scytia se encamina,
Y saltando en el monte Pyrinéo,
A España con la nueva se avecina:
Yá avisa desde Ménalo, y Lyncéo,
La Arcadia, y à la Gallia transalpina
Desde el Alpe, y en sola una semana
Llegó à la vista de la gran Tabána.

XX.

A esta insigne Provincia el nombre viene
Por la famosa y noble descendencia
De quien la habita, y le conserva y tiene
Por título de antigua y por herencia,
La Tabána se llama, que contiene
Tábanos de grandissima excelencia,
Que siempre en las Ciudades se coligen
Del nombre sus principios y su origen.

En-

XXI.

Entre esta gente se mezcló la Diosa
Alegre, y con la triste nueva ufana,
Y al palacio se parte, à dó reposa
El poderoso Rey de la Tabána:
Este tenia entonces por esposa
Del Rey Sanguilcon la bella hermana;
Que afirman que era su hermosúra tanta,
Que corria à las parejas con la Infanta.

XXII.

Entró la Fama en su Palacio, y viendo
Tanta gente ocupada en el servicio
Del poderoso Rey, entre el estruendo
Empezó la parlera à hacer su oficio:
Con un lento susurro fué esparciendo
Del Hormíga soberbio el maleficio,
Contra el Mosca Monarcha, que afligido,
Del pesar que tomó perdió el sentido.

XXIII.

Oyó el Matacaballo (que asi era
Del Tabanesco Rey la propria gracia)
La novedad que el corazón le altera,
Sintiendo del cuñado la desgracia:
No sabe si sea falsa, ò verdadera,
Mas viendo que por puntos mas se espacia,
Dá crédito à la nueva, porque es mala,
Que en la verdad la buena no le iguala.

Ama-

XXIV.

Amaba mucho, y con amor fraternō
Al Rey Sanguileon, por quien le aviſa;
Sobreſaltado el corazón interno,
Que tiene dél neceſsidad preciſa:
Manda luego à la gente del gobierno,
Que ſu partida ſe apreſure apriſa,
Que ſe aperciban poſtas y caballos,
En que camíne el Rey y ſus vaſſallos.

XXV.

Manda que ſu recámara ſe apreſte
Con la pompa mayor que hacerſe pueda;
Que ha de vér ſu cuñado, aunque le cueſte
Una ſuma terrible de moneda:
Si eſtá en peligro es juſto que le preſte
Su favór, y ſi es muerto el Reino hereda;
Y aſsi es razon que à ver al Rey acuda,
O à ſerlo él, ò à dár al Reino ayuda.

XXVI.

Trahenle el caballo al Rey, que yo aſſeguro,
Segun la ligereza de ſu paſſo,
Que pudiera dexar el nombre obſcuro
Al famoſo Bucéphalo y Pegaſo:
Ponenle luego al punto el freno duro,
Y el Rey que apriſa ſe apreſura al caſo,
En la ſilla ſe puſo deſde el ſuelo
De un ſalto, ò por mejor decir de un vuelo.

Era

XXVII.

Era el caballo de admirable brio,
De la eſpecie de aquellos que ſuſtenta
La primavera, y que en el ſeco eſtío
El Cielo tiene de ſus vidas cuenta:
En fin, era de aquellos que el rocío
Con ſu freſcúra engorda y alimenta
De fuertes miembros, y colór morcillos,
Caſta maravilloſa, el nombre Grillos.

XXVIII.

Eſtos tan fuertes ſon como Camellos,
Y mueſtran con certiſsimas ſeñales
Ser de toda la tierra ſolos ellos
Los más nobles y bellos animales:
Naturaleza les firmó los ſellos,
Que es un eſcudo à modo de armas reales,
Dandoles como à beſtias de mas tomo
Caparazón bordado ſobre el lomo.

XXIX.

Tras eſtos animales ván feroces
Otros ſin proporcion mas temerarios,
Para el camino fuertes y veloces,
Y para mas que ſon los Dromedarios:
Eſtos caminan con eſtruendo y voces,
Y ſon de leves Aguilas contrarios,
Y tanto alguno deſtos ha podido,
Que le ha echado ſus páxaros del nido.

Tre-

XXX.

Treinta alimañas deſtas con ſu carga;
Conciertan la recámara viſtoſa,
Manifeſtando en la jornada larga
La ſuma de riquezas poderoſa:
Si alguna beſtia acaſo ſe deſcarga
De la gran peſadumbre ponderoſa,
Tanto con manos y con pies ſe ayuda,
Què la carga arraſtrando lejos muda.

XXXI.

Deſtos es el ſuſtento y la comida,
La paja y la cebada, mas primero
La arroja de ſu cuerpo digerida
El macho ò el jumento de harriero;
Con eſto paſſan ſu contenta vida,
Exercitando ſu volar ligero,
Y à tales beſtias dadas à trabajos,
Las llaman en Caſtilla eſcarabajos.

XXXII.

Eſta caterva de las negras pieles
Lleva múſica ſiempre que camína,
Que ſonajas parece, ò caſcabeles,
Dichoſo el animal que à tal ſe inclina:
En breve à los ſoberbios chapiteles
De la grande Moſchéa ſe avecina,
Y del Rey los caballos con ſus ſaltos,
Se avecinaron à los muros altos.

En

XXXIII.

En un cortijo el Rey halló una Moſca,
Que contó del cuñado el caſo extraño,
Y como labradór con lengua toſca,
Le publicó ſu pérdida y ſu daño:
Levanta à el Cielo el Rey la viſta foſca,
Y arrima à ella un delicado paño,
Y con dolór las lágrymas enxuga,
Que la muerte cauſó del Ranifuga.

XXXIV.

Al Tabaneſco le advirtió el villano,
Que ſolo ſabía el Rey que eſtaba preſo,
Porque entendiendo q̃ era muerto, es llano,
Que con el gran dolór perdiera el ſeſo:
Y que haſta eſtár de la cabeza ſano
No le manifeſtaban el ſuceſſo
Del Ranifuga y ſu llorada ſuerte,
Por no dár con la nueva al Rey la muerte.

XXXV.

O miſerable joven, mas valiente,
Que fué contra los Dárdanos Achiles,
Ulyſes ſagaciſsimo y prudente,
Contra la red de las Arañas viles:
Mas que Tydéo entre Mycena gente
En corazón y fuerzas varoniles,
Atlante de la máchina Moſchéa,
Que toda con tu muerte titubéa.

Què

XXXVI.

Qué fuerza de Aſtro péſsimo, ò influxo
Entre las de los Orbes celeſtiales,
Sin tener de ti laſtima, te truxo
A padecer tan inſufribles males?
Quien de tu vida el término reduxo
A ſolos cinco luſtros no cabales?
Qual enefeto pudo ſer la eſtrella,
Que ſin piedad tus años atropella?

XXXVII.

Fué entre los Aſtros el ardiente Syrio
Quien de cólera lleno y fúria loca
Te quiſo dár el último martyrio,
Vomitando veneno por ſu boca?
Fué la ſaeta que en colór de lyrio
Vuelve la roſa que ſu hierro toca?
Fué el arco del Emonio Sagitario,
O el Eſcorpión en uñas temerario?

XXXVIII.

Qual dellos fué el autór de tanto crimen,
Merecedór y digno muchas veces
De que en ſu ſacro conſiſtorio intimen
Delito tal los ſoberanos jueces?
Digno de que por Aſtro no le eſtimen,
Antes trocando de ſu honór las veces,
Del celeſtial aſsiento le derriben,
Y luego del divino ſér le priven.

XXXIX.

Esto iba hablando el Rey por el camino,
Y muchas veces repetir solía,
Pronostico fui cierto y adivino
De que el Rey mi cuñado padecia:
Mas yá que à la Ciudád se vió vecino,
Un mensagero al Mosca Rey envia
A darle por consuelo y embaxada
Del Tábano cuñado la llegada.

XL.

Entran por la Ciudád de la Moschéa,
Y el nuncio al Rey Sanguileon avisa
Como el cuñado Tábano se apea,
Y del baxo zaguan la tierra pisa:
El triste Rey, que tanto lo desea,
Salir quiso à las puertas en camísa,
Y al fin, en pié no pudo recebillo,
Que lo estorbó el dolór del colodrillo.

XLI.

Estaba el pobre Rey acompañado
De mil Duques y Condes, que al momento
A recebir al Rey recien llegado
Salieron, con mil muestras de contento:
Tambien de la Ciudád llegó el Senádo
A hacerle un singular recibimiento,
Y no huvo Mosca al fin, que en su venida
Aliento no cobrasse, y nueva vida.

En

XLII.

En el zaguan ſe apea del palacio
Cercado de graviſsimos Moſcónes,
Y entre ellos fué ſubiendo mui deſpacio
Los anchos y viſtoſos eſcalónes:
Iban delante dél haciendo eſpacio
De ſu guarda lucidos eſquadrónes,
Diciendo con mil vueltas de cabeza,
Plaza à ſu Mageſtad, plaza à ſu Alteza.

XLIII.

Haviendo yá ſubido la eſcalera,
Que bien tenia mas de ochenta gradas,
A la cámara llega, adonde eſpera
El Rey, que cerca ſiente las piſadas:
Toda la chuſma que iba delantéra
Dexó paſſar las gentes mas granadas,
Y las guardas que afuera ſe quedaron,
Las puertas de la cámara ocuparon.

XLIV.

En la cámara el Rey y Senadóres
Entraron, para hacer la real viſita,
Que el guſto deſtos Reyes y ſeñores
La cámara apetece y ſolicíta:
Llena de mil paſtillas y de olores,
Como cámara adonde el Rey habita,
Y aunque tenia el Sanguileon hai fama,
Cama en cámara, y cámara en la cama.

XLV.

Entra el de la Tabana, y vé en el lecho
Al que con ſu preſencia un poco alivia,
Que apenas puede ſu canſado pecho
Darle la bien venida con voz tibia:
Quiſiera darle algun abrazo eſtrecho,
Y con tanto trabajo ſe ſolivia,
Que afirman que al pequeño movimiento
Soltó un ſuſpiro en voz de ſentimiento.

XLVI.

Abrazados ſe vieron grande pieza
Mirandolos la gente con eſpanto,
Vueltos los ojos con la gran terneza
En triſte mar de lágrymas y llanto:
No pudo ſuſtentarle la cabeza
Del Rey enfermo con el gran quebranto,
Y con amor haviendoſe abrazado,
Dixo el cuñado Rey al Rey cuñado.

XLVII.

Rey de las Moſcas, aunque no deis parte
De vueſtro mal ſuceſſo à los amígos,
Soi ſabidór del riguroſo Marte,
Felíz à vueſtros grandes enemígos:
Mas no hayais miedo que de vos me aparte,
Sin dexar à los vueſtros por teſtígos
De que vengar propongo vueſtras penas,
Vertiendo ſangre de enemigas venas.

XLVIII.

Un Moscón labrador que en un cortijo
Encontré en el camino esta mañana,
Vuestra desgracia y grande mal me dixo,
Y la causa tambien de donde mana:
Solo por veros triste mas me aflijo,
Que bien sabe la Reina vuestra hermana,
Que juré de no verme en su regazo,
Sin dexaros vengado por mi brazo.

XLIX.

Por la cabeza de mi esposa amada,
(Jura que al cumplimiento me apareja)
Que he de emplear los filos de mi espada
En venganza no mas de vuestra queja:
Y de los cuerpos la menór tajada
De los contrarios ha de ser la oreja,
Y no perdonaré vidas contrarias,
Si cien doncellas no me dán en párias.

L.

Juntaré de mi Reino luego al punto
Un número de Tábanos gallardo.
Que si se pone à vuestras Moscas junto,
Del enemigo la venganza aguardo:
Si vuestra gente con mi gente junto,
Vereis qual las contrarias acobardo,
Trahiendo en nuestras lanzas por proezas
De sus fuertes cabezas las cabezas.

Sal-

LI.

Saldrá toda mi gente en orden pũesta,
Unos terciando la ſoberbia pica,
Otros armando el arco y la balleſta,
Que al contrario la muerte pronoſtíca:
Saldrá otra gente fuerte, que à la opueſta
Con tal furór y rabia hiere y pica,
Que en qualquier parte que ſu roſtro plãta,
La dexa emponzoñada, y la levanta.

LII.

Todos eſtos que he dicho ſon Infantes,
Y los demás reſtantes caballeros,
Que en ancas de ſoberbios Elephantes
Al claro Sol deſcubren los aceros:
Naves en cantidad tengo baſtantes,
Y no pequeña ſuma de dineros,
Si el ánimo no os falta, todo ſobra,
Pues quien con tanta ayuda no le cobra?

LIII.

Noſotros à quien dió naturaleza
El nombre incomparable de varones,
Tenemos de moſtrar la fortaleza,
Que encierran nueſtros bravos corazones:
Si ſomos la coluna y la cabeza,
Que ſuſtentamos nueſtras dos naciones,
No es bien que las cabezas desfallezcan;
No ſe mueran los miembros, y perezcan.

LIV.

Si la brava Thomyris, muger fuerte,
Que por ſerlo me eſpanto, y mas me admiro;
La deſgracia llorára, y cruda muerte,
Que à ſu querida prenda dió el Rey Cyro:
¿Vengára el hijo amado deſta ſuerte?
Pudiera con la fuerza de un ſuſpiro
Incluir la cabeza del Rey fiero
En el ſangriento cóncavo del cuero?

LV.

Si quando con ardid el Griego Ulyſes
Levantó en Troya la ſoberbia llama,
El hijo entonces del anciano Anchyſes
No pretendiera eternizar ſu fama:
Dierale Italia el nombre en ſus paiſes
Con que Indigete Dios ſe nombra y llama?
Gozára acaſo el amiſtad de Achates,
O trasladára à Italia los Pennates?

LVI.

Pues qué hizo el gallardo Semidéo,
Quando de Troya ſe abraſaba el muro?
No buſcó entre las ſombras de Morphéo
Para eſconderſe algun lugar obſcuro:
Mil almas dió à las barcas del Lethéo,
Y viendoſe en peligro mal ſeguro,
Su muger, hijo, y padre lleno de años,
Sacó de los Argólicos engaños.

LVII.

Hizo el fuerte Troyano lo que pudo
Contra las assechanzas de la Diosa,
Que quiso hacer pedazos el escúdo
De la virtúd, con obras de invidiosa:
Passó de la desgracia el punto crudo,
Y de Turno la fuerza belicosa,
Y tras tantos trabajos à ser vino
Hierno del poderoso Rey Latino.

LVIII.

Murió reinando, y Cytherea su madre
Desde su casa del tercero cielo,
Que viesse la virtud rogó à su padre
Del nieto muerto en el Hesperio suelo:
Júpiter dixo, es justo que me quadre,
Que varon tan heróico dé tal vuelo,
Que à tu cuidado y diligencia toque,
Que entre divinos Astros se coloque.

LIX.

Y luego Venus viendo el beneficio,
Que el soberano Júpiter le hacia,
Y el semblante de Juno mas propicio,
Que en las cosas de Troya estár solía,
Descendió, y en las ondas del Numicio
A Eneas lavó la mancha que tenia
Del sér de hombre mortal, y al fin con ella
Al Cielo le subió, donde es Estrella.

LX.

Baſte el haveros pueſto por delante
La vida y el exemplo del Troyano,
Que yo imagino que ha de ſer baſtante
A daros fuerzas, y dexaros ſano:
Sedle, cuñado, en todo ſemejante,
Que nunca la virtud ſe queda en vano,
Que con ella podreis hacer de modo,
Que en eſtrella os convierta à vos y todo.

LXI.

No ſon del Cielo eſtrellas el Leon fiero,
El Aguila, el Caballo, la Serpiente,
El Eſcorpión, las Vacas, el Carnero,
La Cabra y Toro de cornúda frente?
El Cuervo del Dios Phebo menſagero,
La Liebre con el Perro peſtilente,
Las Oſſas, Peces, y otros animales,
Que agora ſon eſtrellas celeſtiales?

LXII.

Pues por donde penſais que eſtos ſubieron
A ſer del Firmamento habitadores,
Por la virtud tan rara que tuvieron,
Y por ſer en ſu eſpecie los mejores:
Muchas de aquellas vidas ſe perdieron
A manos de enemigos vencedores,
Pero el lugar que ſu virtud merece,
La miſma entre los Aſtros les ofrece.

A

LXIII.

A aquella gente tal la virtud propria
En el lugar los puſo donde habita
De las eſtrellas la divina copia,
Al parecer de todos infinita:
No os parezca, cuñado, coſa impropria
Que tengais vueſtra ſilla entre ellas ſita;
Que bien podeis cobrar renombre eterno,
Que en el Cielo os coloque junto al cuerno.

LXIV.

Bien ſabeis, Senadóres, que los Reyes
Por natural derecho ſon forzados
A la defenſa de las proprias greyes,
Matando à quien altera ſus eſtados:
Bien habreis viſto en términos las leyes,
Y las entendereis como letrados,
Y bien pudiera yo alegar mis textos,
Que tambien he curſado los digeſtos.

LXV.

Supueſta pues eſta verdad, no reſta,
Sino que todo Moſca ſe prevenga,
Si el enemigo contra vos ſe apreſta,
Salgamosle al camino antes que venga:
Penſad, cuñado, agora la reſpueſta,
Pues entendido haveis mi larga arenga,
Que propone de honór vueſtro provecho,
Si la mano meteis en vueſtro pecho.

LXVI.

Dixo, y cansado el Tábano valiente
Por haver pronunciado por la boca
Tantas razones que en el alma siente,
Y el corazón à echarlas le provoca:
Passó una vez por la anchurosa frente
El dedo, pero al punto que la toca,
Sacudió los sudores de aquel rato,
Que sacó con el dedo garabato.

LXVII.

Era el diablo del Tábano discreto,
Y en la gente pusieron sus razónes
Un esfuerzo y un ánimo secreto,
Que abrasó sus helados corazones:
Tuvieron à su Rey grande respeto
Los circunstantes Duques y Moscónes,
Porque si no, sin duda en aquel punto
La guerra publicára el pueblo junto.

LXVIII.

Callaron, pero el Rey à los intentos
Del gran Matacaballo conocia,
Que eran correspondientes pensamientos
Los que cada Moscón le descubria:
Y esforzando los débiles accentos
De la flaqueza grande que tenia,
Con el nuevo vigór movió su labio,
Y assi habló el Rey al Tabanesco sabio.

LXIX.

Abrazadme, cuñado iluſtre y claro,
Otra vez abrazadme, que os prometo,
Que os truxeron los Dioſes por reparo
De mi perſona y Reino que os ſujeto:
Abrazadme otra vez, milagro raro,
Pues tanto puede vueſtro hablar diſcreto,
Que ha obrado en nueſtros pechos maravi-
Alegrando las muertas paxarillas. (llas,

LXX.

Tratad y diſponed à vueſtro guſto,
Pues todo corre yá por vueſtra cuenta.
Que à ſer vueſtro ſoldado bien me ajuſto,
Pues yá os cõpete à vos vengar mi afrenta:
Formad un grande exército y robuſto,
Paguenſe los ſoldados de mi renta,
Del tributo que tengo dentro en Braga,
Y en la grande Provincia de Biznaga.

LXXI.

Denles adelantadas cien raciones,
Libradas en las pagas del ſervicio,
Y alojenſe en mi Reino y ſus mojones,
Mientras no ván al militar oficio:
Y de quanto me pagan los Balones
Tambien les hago gracia y beneficio,
Y en las penas de cámara mè agrada,
Que tengan otra paga adelantada.

LXXII.

El Ranifuga en las priſiones llora,
Maldiciendo en noſotros la tardanza;
Y en él la chuſma Hormígena traidora,
Toma de nueſtros hechos la venganza:
Todo mi Reino unánime le adora,
Que es de mi ſuceſsion viva eſperanza,
Y aũque ſabeis mui bien que es mi baſtardo,
Con la corona y cetro verle aguardo.

LXXIII.

Bien ſe os acuerda el funeral eſtrago,
Que en el alcazar Púlico divulga
Su fama, quando hizo el grande lago
De la ſangre rebelde de la Pulga:
A ſeis mil deſta gente dió ſu pago,
Mirad qué bien que nueſtra tierra eſpulga,
Sin valerles las alas ni ſu vuelo,
Ni el favór de ſu Rey el Caganielo.

LXXIV.

A quien no ſe le acuerda, quando él ſolo,
Cargado de riquiſsimos deſpojos,
Moſtró el Cutico campo al claro Apolo,
Bañado en ſangre de enemigos Piojos?
Bien ſabeis que del uno al otro Polo
Se vén los campos por ſu eſpada roxos,
Con ſangre vil de la canalla aleve,
Y ſediento la chupa, y ſe la bebe.

Pues

LXXV.

Pues si su claro nombre se os acuerda,
Si como lo mostrais le sois devotos,
Si el amor os revive, y os recuerda
Los corazones en su ausencia botos:
Podreis sufrir acaso que se pierda
En Reinos enemigos y remotos
Un Capitan, que nunca se perdiera,
Xerxes, si con su campo le tuviera.

LXXVI.

Yo juro por la leche en que mi avuelo
Passó anegado à la region Averna,
De no cortarme de la barba el pelo,
Ni del vil ganapan picar la pierna:
Ni de nadar jamás donde el buñuelo
El orbe baña de su massa tierna,
Ni lamer el dulzór de las postemas,
Ni del viejo decrépito las flemas.

LXXVII.

Hasta que al fiero Rey de la canalla,
Yá que à ser su enemigo me apercibo,
Haya vencido en singular batalla,
O dado muerte, ò cautivado vivo:
Y si por suerte en mi poder se halla,
Para que acabe con su orgullo altivo,
Haré que tenga su vivir remate,
Apretando el verdugo su gaznate.

LXXVIII.

Y à la caterva infame que le ſigue,
Sin temer el rigór de mi potencia,
Y mis ſoldados con furór perſigue,
Con demaſiado orgullo y inſolencia:
Sin que haya cauſa alguna que me obligue
A exercitar en ellos mi clemencia,
De darles tan terrible eſcurribanda,
Como ſu atróz delito lo demanda.

LXXIX.

Pongan à punto mis ligeras fuſtas,
Vengan en orden mis veloces barcos;
En que mis bravas gentes y robuſtas
Paſſen ſeguros los ſalados charcos:
Y deſcarguen ſus cóleras aduſtas
Nubes de flechas de ſus corvos arcos
Contra la vil canalla que empriſiona
La piedra que engaſtaba en mi corona.

LXXX.

Ponganles luego el freno à las Langoſtas,
Y deſpachenſe apriſa menſageros,
Que en curſos breves de ligeras poſtas
Vayan y vuelvan preſtos y ligeros:
Corran volando las marinas coſtas,
Denles matalotages y dineros,
Y à los Reyes amigos y parientes
Les enſeñen mis cartas y patentes.

LXXXI.

Al punto las Chicharras ſe adelanten
A dár de mis intentos la noticia,
Y ſin ceſſar con ſus trompetas canten,
Guerra, guerra, con ánimo y codicia:
No ceſſen haſta tanto que levanten
De los montes la gente à la milicia,
Deſde que pinta à Ceres el Agoſto,
Haſta que Bacho dé maduro el moſto.

LXXXII.

Publiqueſe que vengan las galeras
Por el Zímico mar, adonde aguardo
Con mis gentes las ſuyas foraſteras,
Y tambien las del Tábano gallardo:
Que dexaré las Zímicas riberas,
Sin mas moſtrarme en la partida tardo,
Quando del fiero Cancro el Sol ſe aleja,
Al Leon calentando la guedeja.

LXXXIII.

Eſte es mi parecer, ved qué os parece,
Caballeros valientes que ſe haga,
Mirad ſi alguna duda ſe os ofrece,
Porque luego ſe mire y ſatisfaga.
Al bien común el guſto ſe enderece,
Que el proprio à veces al común eſtraga,
Todos juntos decid en mi preſencia
Lo que mas os dictare la conciencia.

LXXXIV.

Calló, y la turba levantando el grito,
Hagaſe dixo lo que el Rey ordena,
Suenen los ecos del ſoberbio pito,
Con que à la chuſma el cómitre condena:
Volvióſe el Tabaneſco à ſu diſtrito,
Eſtotro olvida la cobrada pena,
Los Senadóres à ſu caſa envia,
Al punto que yo ſalgo de la mia.

Fin del tercero Canto.

LA MOSCHEA.

CANTO QUARTO.

I.

QUando el alto ſolſticio ſe reſuelve,
Y el término mas largo el Sol concluye,
Quando por puntos ſemejantes vuelve,
Y de ſu luz las horas diſminuye:
Quando las riendas al Leon revuelve,
Y del zancúdo Cancro apriſa huye,
Y quando aguarda el Perro al Sol bizarro,
Para enveſtir con él, y con ſu carro.

II.

Quando el hambriento labradór ſe tueſta
Al fuego riguroſo que reſiſte,
Y en el campo ſolícito ſe acueſta,
Y de baſto ſayál ſe adorna y viſte:
Quando à la Dioſa Ceres hace fieſta,
Y Pomóna ſe vé marchita y triſte,
Por falta de las aguas que apetece,
Que el villano en ſus parvas aborrece.

Quan-

III.

Quando alivia cantando con voz ronca
El trabajo que tanto le fatiga,
Y à dos manos colérico deſtronca
La caña rubia con la llena eſpiga:
Quando ſeca de ſed la tierra bronca,
Aguarda el tiempo que el calór mitiga,
Y ſuda el labradór bañado en agua,
Matando en vino ſu inſaciable fragua.

IV.

Quando à Zeoo y Typhéo ſemejante
Montes ſobervios acumula y junta,
Y la terrible torre del Gigante
Levanta, contra el Cielo haciendo punta:
Quando porque no quiten de delante
Su coſecha las aguas que barrunta,
Vá temeroſo, y arrogante empina
De ſecos haces la ſoberbia hacina.

V.

Quando alegre acarrea deſde el haza
Los frutos que ella miſma multiplica,
Y preſuroſo los extiende, y traza
La era viſtoſa de deſpojos rica:
Quando los pares con el yugo abraza,
Y para el miniſterio el trillo aplica,
Y con una viſtoſa eſcaramuza
De la eſpiga los granos deſmenuza.

Quan

VI.

Quando del lado de la parva roxa
La caterva gozosa que la mira,
Con toscos palos la cosecha arroja,
Y à los Cielos parece que la tira.
Quando se mueve el áire, y porque coja
El fruto limpio, con amor respira,
Y aparte dexa en un montón el grano,
Y en otro de la paja el cuerpo vano.

VII.

Quando de Ceres mira el fruto roxo,
Y dá gracias al Cielo, que le plúgo
De conservarle libre su despojo
De las mudanzas del común verdúgo:
Quando no dá lugar à que el gorgojo
Le quite en su poder al grano el xugo,
Y liberal el fruto distribuye,
Y el cúmulo soberbio disminuye.

VIII.

Quando avisa la voz de la campana,
Y acude luego por su diezmo el Cura:
Quando en la tercia del Concejo mana,
Lo que en el labradór tan poco dura:
Quando al que le visita y no le sana
Le paga, porque dice que le cura:
Quando las rentas el señor le pide,
Y de la triste parva se las mide.

IX.

Quando del poco grano que le ſobra,
Con tantas anſias y ſudór ganado,
El logrero cruel la deuda cobra,
Por paga del dinero adelantado:
Quando lleno de cuitas y zozobra,
Mira la parva parva el deſdichado,
Que tanto por inſtantes ſe deſmiembra,
Que le viene à faltar para la ſiembra.

X.

Al fin, quando de toda ſu coſecha
Sola la paja en ſus umbrales mete,
Y los terrones fértiles barbecha,
Para el tiempo que el fruto le promete:
Entonces denodado el ſulco, echa
El marinero al mar, y yá el grumete
Aviſa, que diviſa las galeras,
A viſta de las zímicas riberas.

XI.

Yá las trompetas con ſoberbio grito,
De los montes y cuevas levantaron
De ſoldados un número infinito,
Que en ayuda del Moſca ſe juntaron:
Yá las ligeras poſtas el diſtrito
De todo el orbe univerſal piſaron,
Trahiendo las Langoſtas y Chicharras
Hermoſas compañías y bizarras.

El

XII.

El Rey Sanguileon, y el Tabanesco,
Que vieron tanto número de naves,
Que por el mar las truxo el viento fresco,
Mas ligeras que en él vuelan las aves:
Dieron à los soldados un refresco,
Y à los navíos con la carga graves
Desafierran el ánchora, que estorva,
Que atrás se dexe la ribera corva.

XIII.

Con setecientas máchinas disformes
Rompe las ondas la vistosa armada,
Que lleva con los ánimos conformes
El bravo orgullo de la gente alada:
Infinitas catervas multiformes
Sulcan en ella la region salada,
Admirando las Nymphas que los miran,
Y medrosas de verlos se retiran.

XIV.

Passa la turba indómita contenta,
Y el grito del placer al Cielo toca,
Y el viento alegre el pecho les alienta,
Que à la dura venganza le provoca:
No temen del camino la tormenta,
Escollo ò calma, ò peligrosa roca,
Que con gritos de gozo el áire hienden,
Y el mar hinchado con el remo ofenden.

XV.

Hacen las muchas olas resistencia
A los navíos de que el mar se viste,
Reprimiendo con fúria la violencia
Con que la fuerte máchina le embiste:
Hace el viento à las olas competencia,
Y como el mar sus soplos no resiste,
Rompe soberbio el crystalino passo,
Con leves cursos el ligero vaso.

XVI.

Con orden grande, y singular concierto
Vá caminando la vistosa flota,
Sin vér la tierra del vecino puerto,
Por alta mar tomando la derrota:
Siguiendo ván al marinero experto,
Que à la opuesta ribera mas remota,
Estudiando en la piedra y en el norte,
Le busca el puerto à dó la flota aporte.

XVII.

Con dos agudos cuernos hace punta
La poderosa armada, y se recoge
En un remate solo, à dó se junta,
Y de los cuernos el cimiento coge:
Assi la valerosa y grande junta
Vá sin temor que el ancho mar se enoje,
Que aun piensan si se enoja, que su fuerza
Basta para que el mar de intento tuerza.

XVIII.

Como Estrimonias Grullas por el viento
Ván caminando, de la misma suerte
Sulca rompiendo el húmido elemento
La grande armada belicosa y fuerte:
Siguiendo ván un mismo movimiento,
Sin que el orden alguna desconcierte,
De modo que se viera en el armada
La letra Pythagórica pintada.

XIX.

Ván à fuerza de remos delanteras
En el cuerno derecho de la armada
Ochenta famosissimas galeras
De gente por sus obras celebrada:
Aqui navegan las catervas fieras,
De la estirpe soberbia no domada,
A quien el mundo Zénzalos les puso,
Por nombre derivado de su abuso.

XX.

Estos quando caminan significan
Su natural fiereza en el zumbido,
Y con él con gran ímpetu publícan
La mitad de sus nombres al oído:
Quando estas gentes sus contrarios pican,
Penetra su dolór hasta el sentido,
Y destos es el mas feróz tormento,
Que reçiben los ojos del jumento.

XXI.

El Rey Asinicedo los mantiene,
En quien tambien nos muestra con certeza
El nombre suyo, que principio tiene
De semejante origen y proeza:
Este soberbio con sus gentes viene
En galeras de suma ligereza,
Hechas con arte, y con industrias bravas,
De las recias cortezas de las habas.

XXII.

En estas fuertes máchinas encierra
Los varones en fuerzas singulares,
Instrumentos seguros que la tierra
Produxo à fin de navegar los mares:
Despojos son ganados en la guerra,
Que tuvo en la region de los habares,
Donde murieron veinte mil Pulgones,
Dandoles el despojo à sus varones.

XXIII.

Tras estos vienen en la misma banda
Ciento y veinte navíos de alto borde,
Y el Rey soberbio que los rige y manda,
Con el Mosca y el Tábano concorde:
Deste (si es la verdad el rumor que anda)
El fuerte Asinicedo es hijo borde,
Habido en una Mosca labradora,
De la provincia legañil señora.

XXIV.

Este vino à la guerra y desafio
Con un millon de fuertes Mirmiliones,
Soldados todos de robusto brio,
Bravos y foragídos valentónes:
Estos en las calores del estío
Se juntan en copiosos esquadrónes,
Y à los que entonces por los montes passan;
Mas que las fuerzas del calór abrasan.

XXV.

Es el asylo y estacion segura
Desta caterva, que crueldad professa,
La cueva umbrosa, lóbrega y obscura,
El intrincado monte, y selva espessa:
Destos la mas pequeña picadúra
Dexa en los hombres la señal impressa,
En fin son foragídos bandoléros,
Desnudos de piedad, y no de aceros.

XXVI.

Tras las gentes del Rey Asinicedo
Siguen à su caudillo que los truxo,
El qual tiene por nombre el Rey Mirpredo,
Que es de la ira y la crueldad dibuxo:
Varon de grandes fuerzas y denuedo,
De gesto temerario, aunque magrujo,
Y que suele comerse, aunque esté cruda,
Entera la assadúra de una Alúda.

XXVII.

Truxo estas fieras gentes à su costa,
Por vér en ellos admirables pruebas,
Desde que dió la vuelta la Langosta,
Y las Chicharras las sangrientas nuevas:
Estos entraron la marina costa,
Olvidando sus montes y sus cuevas,
En ciento y veinte rígidos navíos,
Sin temor de tormentas y baxíos.

XXVIII.

Tiene el soberbio Rey el nombre impuesto,
Contrario totalmente al de un Hormíga,
De quien ha sido siempre, y es opuesto
Con odiosa jactancia y enemiga:
Y assi las naves en que vá dispuesto
A dár favor à la Moschina liga,
Son de aquella materia en que el contrario
Mil veces se libró de su adversario.

XXIX.

Dice un autór que nuestra historia toca,
Que havia en un monte de terrible altúra
Una cueva profunda, con su boca,
Por dó se entraba à la estacion obscura:
Era à manera de peñasco ò roca,
Habitacion fortíssima y segura,
Donde un Hormíga capitan valiente
Se assegurába con su poca gente.

XXX.

Desta roca se sabe con certeza,
Que era una grande nuez vana y podrida;
Cuya puerta y entrada la corteza
Mostraba en sus arrugas escondida:
De aquella inexpugnable fortaleza
Toma el único nombre, y se apellida
El capitan, que con su gente poca
Se encastillaba en esta fuerte roca.

XXXI.

De Mirmix, ò Mirmiz, que entonces era
Su nombre proprio, desechó una parte,
Y tomando la sylaba primera,
Con las dos de su roca las comparte:
Y hecha de entrambas la diccion entera,
Mirnuca viene à ser la entera parte,
Que este es el nõbre con que aquel se llama,
Tomado del antiguo, y de su fama.

XXXII.

Deste Mirnuca fuerte y temerario,
Forzado de la estrella que le inclina,
Este Moscón fué émulo y contrario,
Y amigo de su muerte y su ruína:
Y viendo el apellido extraordinario,
Y à que en la contra suya se encamína,
Quiso llamarse el Rey y sus varones,
Uno Mirpredo, y otros Mirmiliones.

XXXIII.

Y porque venga ſu total miſéria
De donde nace ſu ſoberbia vana,
Y ſea principio de ſu vil lacéria
El que lo fué de ſu locúra inſana:
Las naves ordenó de la materia
De donde ſu contrario el nombre gana,
Y vá ſulcando el centro de los peces,
En ciento y veinte cáſcaras de nueces.

XXXIV.

Con cien banderas el ſegundo cuerno
La viſta con los ánimos alegra,
Que todas ván debaxo del gobierno
De uno de aquellos, por quiẽ tiẽbla Phlegra:
No ſe vé del profundo del infierno,
En la region mas formidable y negra,
Fúria infernal con ſerpentina roſca,
Como eſte diablo en forma de una Moſca.

XXXV.

El Rey Sicaborón à cuyo mando
Eſtá la grande Butta en la Tartaria,
Viene las fieras hondas navegando,
Contra la gente al Moſca Rey contraria:
Eſte juntó à la voz de ſolo un vando
Una caterva fuerte y temeraria
De foragídos de admirable talle,
Hijos de Butta, y Barrilienſe valle.

Y Qui-

XXXVI.

Quinientos mil y mas Moſchinos lleva
En una valeroſa infantería,
Que tienen hecha de ſus fuerzas prueba,
En quanto el valle Barrilienſe cria:
Es gente tal, que ſe ſuſtenta y ceba
En ſangre de enemiga compañia,
Y porque tanto el vino le parece,
Por eſſo eſta canalla le apetece.

XXXVII.

Lleva el fiero inhumano à la milicia
Una ſoberbia multitud de Abejas,
Que ſirven de miniſtros de juſticia
A quien no corre en ſu crueldad parejas:
Si no es algun Moſchino de codicia,
Y ſu defecto llega à ſus orejas,
Luego le manda echar à eſtos Moſcónes,
Que es tanto como echarle à los Leones.

XXXVIII.

Son las Abejas una eſtirpe fiera,
Por cuya cola nace y ſe derrite
La dulce miel, y provechoſa cera,
Obra que no tiene arte que la imite:
Guardan eſtas ſu fruto de manera,
Que no hai quien ſe le robe, ò ſe le quite,
Porque ſi alguno llega, y no repara,
Su atrevimiento ſe verá en ſu cara.

Por-

XXXIX.

Porque en la cola llevan eſcondida
Una afilada y cortadora eſpada,
Con que en los hõbres dexan con la herida
La parte donde llega emponzoñada:
Y aunque ellas pierden (gran rigor) la vida,
Al tirar de la rígida eſtocada,
A trueco del dolór con que laſtíman,
De ſu vida la pérdida no eſtiman.

XL.

Al hijo de la madre Citheréa,
Con ir armado de ſu hermoſa lumbre,
Y del arco y carcax que ſeñoréa,
Haſta los Dioſes en ſu excelſa cumbre:
(Porque la gran crueldad deſtas ſe vea)
Se atrevieron à darle peſadumbre:
Y como el niño tierno iba deſnudo,
Contra el fiero aguijón no tuvo eſcúdo.

XLI.

Volvió Cupido con ſu madre, y dixo
De aquellas avecillas la locura,
A quien con grande cólera maldixo
Venus, viendo picada ſu criatura:
Y volviendo la madre dixo al hijo,
No te eſpante ſu grande picadúra,
Que tu eres niño, y ſi à picar te aplicas,
Harto mayores picadúras picas.

XLII.

Y como era la Diosa tan discreta,
No quiso que la paga y la venganza
A aquellos instrumentos se cometa,
Con que la ciencia del amor se alcanza;
Antes quiso que el arco y la saeta
No tenga en ellas fuerza ni pujanza,
Y que esto solo por castigo lleven,
Porque los gustos del amor no prueben.

XLIII.

Y como gente en fin en quien no cabe
Blanda piedad, ni menos lleva escrita
En el pecho la ley de amor suave,
Ni su obstinado corazon visita:
Como bárbara gente, que no sabe
De clemencia, ni en ella se exercita;
Por esso los escoge el Rey tyrano
Por instrumento crudo y inhumano.

XLIV.

Tambien las lleva porque son extrañas
Para un ardid y provechoso intento
Contra las trazas y traidoras mañas
De las Arañas (raro pensamiento!)
Porque estas romperán de las Arañas,
Con su ligero vuelo y movimiento,
Las delicadas redes, con que enlazan
Las tristes Moscas que en la guerra cazan.

XLV.

Y porque tiene en ellas conocida
Su natural fiereza temeraria,
Pues que no hacen eſtima de ſu vida,
Por hacer mal y daño en la contraria:
Para ſer riguroſo Arañicida,
Lleva eſta chuſma entre la gente varia,
Y porque en ſangre de enemigos tiñan
Sus fuertes aguijones quando riñan.

XLVI.

No ha habido como el Tártaro perſona
Con tan grande rigor ſanguinolenta,
En quanto abraza la habitable zona,
Y la tierra en ſu círculo ſuſtenta:
Tan disforme crueldad no ſe pregona,
Ni de tyrano bárbaro ſe cuenta,
Ni tan temido fué de Galeote,
Cómitre Calabrés con el azote.

XLVII.

Movió ſu natural traidór y aleve
El buen Sanguileon, ſi es que ſe muda
Una coſtumbre vil, y ſi ſe mueve
Un mal ſujeto à dár à un bueno ayuda:
Mas yá que à darle ſu favor ſe atreve,
Tengo por infalible y por ſin duda,
Que ſu naturaleza es quien le incita,
Que à guerra y diſſenſion le precipita.

En

XLVIII.

En cien medias fortiſsimas cortezas
De la fruta que el duro roble cria,
Embarca las indómitas cabezas,
De quien él es cabeza, guarda y guia:
En eſtas largas y anchuroſas piezas
Camina la viſtoſa infantería,
Y el Rey caudillo deſta gente aſtúta
Marcha en un capiróte deſta fruta.

LXIX.

Tras el Tártaro Rey y ſus ſequaces
Un número ſin número ſe halla
De ſoldados valientes y vivaces,
De ſangre de la hormígena canalla:
En naves anchuroſas y capaces
Paſſan à la mortífera batalla,
Que de caſcaras fuertes el arte hizo,
De la fruta que cubre el fiero erizo.

L.

Sobre eſtas grandes máchinas tremolan
Cien eſtandartes altos y eminentes,
Y infinitas inſignias ſe enarbolan,
Que ſe juntaron de remotas gentes:
Las aguas hermoſean y arrebolan
Los viſos de colores diferentes,
Que fieſta à ſu venganza ſolemnizan,
Y por eſſo los aires entapizan.

El

LI.

El Rey Sanguileon las aguas hiende,
Acompañado de ánimos feroces,
Y en orden pueſtas ſus galeras tiende,
Que ſon como ſus ímpetus veloces:
Con leños fuertes al cryſtal ofende,
Y al áire manſo con ſoberbias voces,
Y al fiero grito de la turba immenſa,
Túrbaſe el mar, y el áire ſe condenſa.

LII.

Es del ſoberbio Rey lugarteniente
Una Moſca fortíſsima Eſpañola,
Que ha volado ſu nombre de valiente
A los extremos de la humana bola:
Para dos mil de la contraria gente
Era baſtante y ſuficiente ſola,
Por ſer curſada en temerarias lides,
Y ſaber de la guerra los ardides.

LIII.

Del cargo de la gran caballería
Le hizo el Rey merced y beneficio,
Porque ſu vida ſiempre ocupa y cria
Deſde la tierna edad à ſu exercicio:
En el fiero calor del medio dia
Hacer mal à los potros es ſu oficio,
Y bien le ſienten el rocín ò yegua,
Quando corren carreras de una legua.

LIV.

Esta tan conocida por la fama,
Que sus hechos magnánimos pregona,
Por su patria certísima se llama
La Mosca exceléntisima de Arjona:
Esta la sangre del rocín derrama,
Y aquella parte adonde llega encona,
Sacando de su hocico una gran trompa,
Con que los cueros à las bestias rompa.

LV.

De aquella trompa sale una nabaja,
Tan sutíl, que con ella en un momento,
Con rabia immensa y riguroſa saja
Las carnes del rocin y del jumento:
Chupar la sangre que en el lomo cuaja,
Es de su vida el principal sustento,
Y con tanto rigor las bestias trata,
Que no para hasta el punto que las mata.

LVI.

Otra Mosca crueliſsima Manchega
La gente de à pié rige y acompaña,
Que en guerra furibunda, y en refriega
Continua se exercita en la campaña:
Toda la Mancha con su llana vega
Está sujeta à su rigor y saña,
Y al peregrino que sus tierras passa,
Vivo le come, le persigue y assa.

LVII.

Tan denodada por los campos sale
Quando le aprieta la locura hambrienta;
Que no hai furia infernal que se le iguale;
Porque à la misma rabia representa:
Contra el furór de su aguijón no vale
Reparo alguno, porque à dó se asienta;
Entremete la punta penetrante,
Punta de mas dureza que diamante.

LVIII.

No hai resistencia en la guardada pierna
Contra el fiero bocado y picadúra,
Porque es defensa contra el daño tierna
El arma que parece ser mas dura:
A la escondida parte y mas interna
Llegar la punta con furór procura,
Tanto que fuerza si en picar aprieta,
A danzar cabriola ò zapateta.

LIX.

Aqui el siniestro cuerno se remata,
Que en igual proporcion mira al derechó;
Cuyos remates largos une y ata,
Cerrando el passo entre los dos estrecho,
Una galera fuerte adonde bata
El agua, y haga al batidero pecho,
Haciendo con la fuerza de sus remos
Hermoso medio entre los dos extremos.

LX.

Esta es la principal y Capitana,
A quien siguen por orden y en hilera
Ciento y cincuenta vasos, donde ufana
Vá caminando la fiereza fiera:
Alli la gente de la gran Tabána,
Postrera en orden, y en valor primera,
Rompiendo vá las aguas, y alli envia
Sus tercios la soberbia Andalucía.

LXI.

En caballos ligeros lleva à punto
Tres veces cien mil Tábanos gallardos,
Cien mil piqueros lleva, y à estos junto
Otro número igual de agúdos dardos:
Cien mil bocas de fuego, à cuyo punto
Salen veloces de los cuerpos tardos
Mil almas, sin defensa del almete,
Que no la tiene el tiro de un mosquete.

LXII.

Este mosquete es arma que declara
Ser por su nombre de la Mosca hechúra,
Que rayos velocisimos dispara
Llenos de fuego por su boca obscura:
Ninguna malla su furor repara,
Ni hai resistencia al ímpetu segura,
Arma enefecto fiera y enemíga,
Que la Mosca inventó contra la Hormíga.

LXIII.

En todos son seiscientos mil soldados
Los que el Tábano Rey furioso embarca;
Que de instrumentos bélicos cargados
Ván en ayuda del Moscón Monarcha:
Esta legion de Tábanos alados,
Que el largo espacio de su Reino abarca;
Arma de picas, dardos y arcabuces,
Y los tercios de Moscas Andaluces.

LXIV.

El Avellano, el Pino, y la Noguera
Le dieron los costosos materiales,
Para poder juntar tanta galera
En los cerúleos zímicos crystales:
Por ellos sulca la caterva fiera
En setecientas máchinas cabales,
Llevando entre los remos y las velas,
Barcos, bateles, fustas, caravelas.

LXV.

No ha visto nunca el suelo crystalino
Armada tan vistosa en siglos largos,
Desde que del dorado veliocino
Dió el robadór el marinero de Argos:
El número de gente que alli vino,
Los trages, las naciones, y los cargos,
Si tuviera cien lenguas, y cien bocas,
Fueran para contarlo todas pocas.

LXVI.

Tres dias cantando por el mar caminan,
Facilitando el viento su viage,
Aire contrario, ò calma no imaginan,
Que les estorbe el próximo parage:
Yá que à la orilla corva se avecinan,
Contempla entonces el Moschil linage,
Y el són de las trompetas y clarines
Meten en la estacion de los Delphines.

LXVII.

Pero del mar parece que en la orilla
Contra la Luna que la tierra esmalta,
Sube una vaporosa nubecilla,
Que se vá condensando y volando alta:
Huyendo ván los peces en quadrilla,
El Delphin manso por las aguas salta,
Caen los Cometas con sus largas colas,
Y el Somorgujo danza entre las olas.

LXVIII.

En las galeras las aristas mete
El viento, y de la tierra las arroja,
Temo que al mar su habitacion inquiete,
Si la señal de su furor no afloxa:
Trepando por el cáñamo el grumete,
El lino contra el ímpetu recoja,
Y tu sabia Terpsicore me escondas,
Viendo el peligro sin temer las ondas.

LA MOSCHEA.

CANTO QUINTO.

I.

ENtre las Islas de la Eolia, adonde
El Dios herrero su metal congela,
Y la fragua y los Cyclopes esconde,
Forjando el arma que al Gigante assuela:
Un monte con la punta corresponde
A tanta altura, que su cumbre vuela
A hacer vecina su soberbia cima,
Del orbe de la Luna que está encima.

II.

Tiene el alto pináculo en su extremo,
Con mil cerrojos de diamante duro,
La puerta fuerte, que con serlo temo
Los que se encierran en su centro escuro:
La especie del soberbio Poliphemo
La puso por reparo bien seguro
Contra los presos cuya voz se escucha,
Sin vér entre ellos la soberbia lucha.

III.

Alli la grande multitud de vientos,
Que al orbe por sus quatro partes gyran,
Están en los obscuros aposentos,
Y por salir à vér la luz suspiran:
En la dura prision están atentos,
Si les abren la puerta, y todos miran
Si se pueden salir por los resquicios,
Probando à veces quebrantar los quicios.

IV.

No produce esta parte algun viviente,
Ni hierba verde su distrito seco,
Que solo vive alli la presa gente,
Y de las voces y el aullido el eco:
Es de la fiera carcel presidente,
Que rige el antro tenebroso y hueco,
Eolo, que manda en el obscuro espacio,
Y tiene en él su cóncavo palacio.

V.

El en los escondidos aposentos
Es quien pone en prisiones y en cadena
Las furibundas fuerzas de los vientos,
Y sus veloces ímpetus refrena:
El rige los soberbios movimientos
Del Aquilón ligero que serena
El Cielo, y echa de la obscura gruta
Al Austro tenebroso que le enluta.

VI.

Alli ſe encierra el Euro, ò el Levante,
Que al rayo occidental ſe contrapone
Al Zephiro ſu opueſto ſemejante,
Quando à piſar las aguas ſe diſpone:
Pero ſi algunas veces por delante
Contraſto de otro viento ſe le opone;
En cólera ſe enciende y ſe alborota,
Y con ſus alas la marina azota.

VII.

Alli el hijo del Africa Garbino
Eſtá encerrado con ſu aliento tierno,
Al Lebeche ſu padre tan vecino,
Que hereda à veces el furór paterno:
Quando eſte vé las ondas, imagino,
Que ſu fuerza acompaña el miſmo infierno,
Y porque de blandúra no ſe precia,
Piſa Garbino el golfo de Venecia.

VIII.

Pero ſi acaſo ſiente algun contraſto
De fuerza alguna de contrario viento,
Tiende las alas por el Ponto vaſto,
Las olas levantando al Firmamento:
No dexa entonces en las naves traſto,
Que no le arroje al húmido elemento,
Sembrando fiero con ſus furias bravas
De cana eſpuma voladóras babas.

IX.

Alli la riguroſa Tramontana
Vive luchando, y por ſalir forceja,
Que es como viento, y qual muger, liviana
Coſa por eſtas cauſas à ella anexa:
Eſta es quien lleva por el Cielo ufana
La eſcoba, con la qual le limpia y dexa
Exento de la nube que le ofende,
Y con ſoplos ſus lámparas enciende.

X.

Eſta al Boreas helado engendra y cria,
Por obra abominable de adulterio,
Con el fiero Aquilón, y nos le envia
A que hiera y maltrate el hemiſpherio:
Eſte es el aire que la tierra enfria,
Trahiendo para el crudo miniſterio
Rayos de hielo que à la tierra arroja,
Con que de ſu hermoſúra la deſpoja.

XI.

Alli del Auſtro enfermo la figura
Pálida y amarilla ſe detiene,
Que cargado de peſte y deſventúra,
Sale à la tierra quando à verla viene:
Quando eſte ſale de la gruta obſcúra,
Y con veloces alas ſe previene,
Viſita con el ímpetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.

XII.

A la morada del Trifauce paſſa,
Y luchando con él el fiero aliento
Del cabezúdo monſtruo le traſpaſſa,
Emponzoñado al riguroſo viento:
Deſpues en la infernal y horrible caſa,
Donde tienen ſu lóbrego apoſento
Las tres fúrias, colérico ſe mete,
Dandoles el ſu pecho por retrete.

XIII.

En una negra nube ſe revuelve,
De eſpeſſos y mortíferos humóres,
Que del eſtigio lago ſe reſuelve,
Al áire levantando ſus vapóres:
Deſpues lleno de rabia al mundo vuelve,
Cargado de diabolicos furóres,
Con que à las naves el camino eſtorba,
Haciendo al mar ſoberbio que las ſorba.

XIV.

No ſolamente al pielago moleſta,
Quando la gente que le habita eſpanta,
Mas à la tierra con ſu ſoplo apeſta,
Y à la robuſta juventúd quebranta:
Mil péſsimos olóres manifieſta,
Y de ocultas ſecretas los levanta,
Y à Eſpañoles gallardos à montónes,
De la Francia los ſuele hacer varones.

XV.

Quando este de la tierra en sazon mira
Los frutos, sin clemencia los assuela
Con las pedradas que de arriba tira,
Y las fuertes pelotas que congela:
Es tan soberbio su furór y ira,
Que lleva mil demonios quando vuela,
Y no se amansará si no le quita
El conjuro, la Cruz, y agua bendita.

XVI.

Deste traidór el labradór reniega,
Pues son todas sus obras en su daño,
Y quando llueve en un instante anega
El trabajo y sudór de todo el año:
A tanta immensidad su fúria llega,
Y es tan terrible su furór extraño,
Que no contento con sus grandes robos,
Suele arrojarnos encendidos globos.

XVII.

Quando este sopla con su fúria loca,
No sigue el común orden ni manera
De los vientos que lanzan por la boca,
Narices y ojos, el aliento afuera:
Si à soplar furibundo se provoca
Por la puerta pestífera trasera,
Como fiero demonio el viento rompe,
Y sopla el áire, y la salud corrompe.

XVIII.

Y aſsi el ruido que en el áire ſuena,
Con que à la gente tímida amenaza,
Quando penſamos que en las nubes truena,
O que el Cielo ſe hunde y deſpedaza:
Es inventiva para darnos pena,
Y deſte vil Demonio ſutíl traza,
Porque no es otra coſa ſi ſe mira,
Sino el ruido con que el ſoplo tira.

XIX.

Y no es gran maravilla que moleſte,
Por donde quiera que ſu ſoplo paſſa,
Que viento tan corrupto como eſte,
No es mucho para el mal no tener taſſa;
Y de aqui ſe tomó el llamarſe peſte
La enfermedad que no perdona caſa,
Porque eſte nombre peſte es derivado
Del ruído del áire verberado.

XX.

Alli el Zéphiro manſo que reſtaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene preſas las alas con que el aura
Eſparce por las ondas placentero:
Alli ſe oprime la violencia caura,
Y tiene preſo ſu volar ligero
Favonio, que con Zéphiro abrazado
Ocupan ſolos de la cueva un lado.

XXI.

Alli enefecto la caterva encierra
De los vientos el Dios que los corrige;
Y desde alli los unos dá à la tierra,
Otros al Reino que Neptuno rige:
Otros entre ellos con perpetua guerra
En la caverna con rigor aflige,
Y alguna vez los vé con tal denuedo,
Que aunque él es su señor, les tiene miedo.

XXII.

Quiso enefecto el Dios que los gobierna,
Que à recrearse cierta vez salieſſen
De aquella obscura y lóbrega caverna,
Y que las ondas de Neptuno vieſſen:
Y antes de abrir la habitacion interna,
Y que ellos sus furóres previnieſſen,
Eolo que sus ímpetus aplaca,
De aquella cueva la cabeza saca.

XXIII.

Por el espacio de crystal rodéa
La vista, y mira al uno y otro lado,
Y quanto con sus ojos señorea,
De remo y vela vió desocupado:
(No havian entonces de la gran Moschéa
Las espaciosas máchinas llegado)
Y vuelto al puesto de su gente fiera,
A los vientos habló desta manera,

Monſ-

XXIV.

Monſtruos alados de mi grande Império,
Con quien el orbe univerſal conquiſto,
Salid del riguroſo cautiverio
A vér el golfo que tranquílo he viſto:
Ocupe cada viento el hemiſpherio,
Por donde con ſu vuelo al mundo embiſto,
Que quiero vér de todos las hazañas,
Preſuroſos ſalid à correr cañas.

XXV.

Quedeſe en caſa Zéphiro, que es tierno,
Y temo ſi ſe mezcla en vueſtra fúria,
Si no os refrena y rige mi gobierno,
Que ſu niñéz padezca alguna injuria:
Dixo, y abrió; y qual ſuele del infierno
Salir rabiando ſerpentína fúria,
Por quatro partes de la horrenda boca
Salió bramando la progenie loca.

XXVI.

Ocuparon los vientos ſus lugares,
Y à correr cañas con furór acuden,
Y à la par con denuedos ſingulares
Encuentros riguroſos ſe ſacuden:
No dexan coſa en los tranquílos mares,
Que no lá enſoberbezcan y la muden,
Y dando por el Zímico carreras,
Hallaron de las Moſcas las galeras.

XXVII.

Como la grueſſa armada ſe interpuſo
Al paſſo de los ímpetus veloces
De los ſoberbios vientos, alli el uſo
Moſtraron de ſus ánimos atroces:
Yá el marinero alli ſe vé confuſo,
Y el temór manifieſta con las voces,
Toda la turba, que turbada toda,
A procurar remedio ſe acomoda.

XXVIII.

Solo el Sicaborón no ſe alborota,
Quando à la gente el miedo ſobreſalta,
Y dando esfuerzo à la medroſa flota,
De popa en popa por las naves ſalta:
Gente dice, ſin ánimo idiota,
Por qué el valor ſin ocaſion os falta?
Canalla femenil y eſpantadiza,
Quien vueſtro corazón atemoriza?

XXIX.

A los vientos temeis ſin hacer cuenta,
Que los contrarios miſmos que os temblaró
Dirán à vueſtros hijos por afrenta,
Que los vientos à ſoplos os mataron?
No temais que os anegue la tormenta,
Quando contra noſotros conjuraron
Las ondas, ni que el mar ſe enſoberbece,
Que todo es áire quanto mal ſe ofrece.

Sal-

XXX.

Saltando aprisa vá de barca en barca,
De batel en batel, de fusta en fusta,
El assombro soberbio de la parca,
Que contra su rigor furioso justa:
Los vientos viendo al Tártaro Monarcha,
Armados de su cólera robusta,
Parten furiosos à vengar su injúria,
Contra la fuerte roca de su fúria.

XXXI.

En un fiero huracán los vientos llegan,
Pensando hacer al pobre Rey andrajos,
Su vista horrible con su soplo ciegan,
Escupiendo rabiosos espumajos:
El fiero Rey que vé que en él se entregan
Saca la fuerte espada echando tajos,
Que quiere con reveses y estocadas
Los vientos retirar à cuchilladas.

XXXII.

Furioso juega el cortadór acero,
Mas poco alli su maña y fuerza importa,
Que contra el viento temerario y fiero,
Ni valen golpes, ni su espada corta:
Passa furioso el huracán ligero,
Queda la chusma de su fúria absorta,
El agua salta fiera y ofendida
Del áire bravo, y de la espada herida.

Y

XXXIII.

Yá del armada los ſoberbios cuernos
Cercanos ván à vér los de la Luna,
Y del mar en los cóncavos internos
Luego los precipita la fortuna:
Yá eſtán las naves faltas de gobiernos,
Y el fondo dellas es una laguna
Del agua dulce de la negra nube,
Y la del mar, que por el borde ſube.

XXXIV.

Yá con la fuerza del ſoberbio grito
Se aumenta entre la gente el alboroto,
Ni el pobre Galeote entiende al pito,
Ni los ſoldados oyen al piloto:
Yá ſe juzga el exército precito,
La vela ſin antena, el timón roto,
Los remos deſpreciados ſin la ſarta,
Y el Marinero triſte ſin la carta.

XXXV.

Apercibenſe à dár otra carrera,
Llegando à combatir los vientos juntos,
Con que no dexen nave ni galera,
Ni vivos cuerpos, ſin quedar difuntos:
Soltó por ſu peſtífera traſera
Primero el Auſtro tres ò quatro puntos,
Dexando con la fuerza de ſus truenos,
A los ſoldados de ſentido ajenos.

XXXVI.

Parte el padre Lebeche, y el Garbino,
Boreas, el Aquilón, y Tramontana,
Y ſalenles al medio del camino
De eſſotros vientos la caterva inſana:
Quebranta el bravo orgullo repentino
Las galeras del Rey de la Tabána,
Desbarata las naves del Mirpredo,
Y hiende las del Rey Aſinicedo.

XXXVII.

Solo el orgullo denodado aguarda
El del valle feróz de los Barriles,
Que con violencia tal no ſe acobarda,
Que es un Hector Troyano, un Griego Ach
Canalla (al viento dice) vil, baſtarda, (le
Exercitada ſiempre en obras viles,
Heridos volvereis à vueſtra gruta
Por el eſpada del ſeñor de Butta.

XXXVIII.

A todas partes con furór eſgrime,
Vomitando blaſphemias por la boca,
Y quando mas el huracán le oprime,
Mas à cólera y rabia ſe provoca:
No queda coſa al fin, que no laſtíme
Del fiero viento la ſoberbia loca,
Mas eſte con mil botos y reniegos,
Vomita contra el áire vivos fuegos.

Aqui

XXXIX.

Aqui y alli camina dando ſaltos,
Y con la ronca voz furioſo anima
A los caudillos del esfuerzo faltos,
Poniendo con ſu viſta horrór y grima:
Yá la gente vencida en los aſſaltos,
Una della ſe cae, otra ſe arrima,
Mas él con viſta y ánimo que eſpanta,
A los unos esfuerza, à otros levanta.

XL.

Furioſo paſſa de una en otra banda,
Quando las olas mas ſe enſoberbecen,
Por todas partes con esfuerzo anda,
Animando las gentes que perecen:
Alli bogar à los remeros manda,
Y ellos ſu mandamiento no obedecen,
Mas à aquel que en hacerlo dificulta,
Entre las fieras ondas le ſepulta.

XLI.

Si acaſo algun villano Galeote
Venía à ſu obediencia con tardanza,
Nunca él encomendaba al fiero azote
Del Cómitre ſoberbio la venganza:
Porque ſolía dexar de ſolo un bote,
Quando el baſtón jugaba con pujanza,
Seis piojos galeotes ſin cabeza:
A quien no eſpantará tanta fiereza?

XLII.

No lleva en la cabeza yelmo duro,
Ni cosa que del agua le defienda,
Que por vér el exército seguro,
Ni agua teme, ni viento que le ofenda;
Armado de su acero limpio y puro,
En la ventisca funeral contienda
Se ceba, y tira por las partes varias
Estocadas de puño temerarias.

XLIII.

Vé que el viento pestífero enmaraña
De largas xárcias la enredada cuerda,
Sin saber en tal caso darse maña
La triste gente con el miedo lerda:
Saca su espada el Tártaro, y con saña,
(Porque alli tanta chusma no se pierda)
Un tajo tira entre la turba absorta,
Que nueve cuerdas de las xárcias corta.

XLIV.

Mas ay! que en vano su valór esfuerza,
Sin que su industria y maña le aproveche;
Si hace la fuerza de los vientos fuerza
A que el mas animoso se despeche:
A quien no hará que el pensamiento tuerza
El furibundo soplo del Lebeche?
Y quando aprisa vá contra Favonio
El Euro, qual colérico Demonio?

La

XLV.

La helada y cana cabellera eriza
La madre vil del Boreas arrogante;
Y por las naves passa haciendo riza,
Sin que dexe timón que no quebrante;
El Euro de su puesto se desliza,
Lebeche se le pone por delante,
Favónio por su parte, y el Garbíno
Furiosos le salieron al camino.

XLVI.

El Austro sale al Aquilón opuesto;
Y entre la gente con furór se mete,
Sembrando rabia por su obscuro gesto,
Y fuego por la cola qual cohete:
Echando entonces de su fúria el resto,
Furioso à las galeras arremete,
La turba al punto de los otros llega,
Y trábase mas fuerte la refriega.

XLVII.

Yá es la victoria del Lebeche, y luego
La fiera Tramontana se la quita.
Yá el Austro se la lleva echando fuego,
Y con sus truenos la victoria grita:
Yá sale por la parte del Gallego
Quien le enoja, y à cólera le incita,
Yà Garbíno la lleva, y al momento
Es la victoria y palma de otro viento.

XLVIII.

La fúria crece, y crece la violencia,
Y viendo entonces el total fracaſo,
Y que no tiene alguna reſiſtencia
Contra los vientos el ligero vaſo,
De los Cielos imploran la clemencia
Las miſerables gentes, y en tal caſo,
Las rodillas baxaron, y las manos
Alzaron à los Dioſes ſoberanos.

XLIX.

Confieſſan que à venganza ſe provoca
Su Dios, porque en ſu templo cometieron
Mil ſacrilegios con audacia loca,
Por quien tales caſtigos merecieron:
Juran alli de no poner la boca
Donde los ſacerdotes la puſieron,
Ni chupar de la lámpara el azeite,
Ni beſar à las damas con afeite.

L.

Y ſi el divino Júpiter les ſaca
Libres à tierra de peligros tales,
Y de los vientos el orgullo aplaca,
Y templa de las aguas los raudales:
En beneficio de la gente flaca
Prometen viſitar los hoſpitales,
Y en recompenſa, y por debidas pagas,
Curar los pobres, y lamer ſus llagas.

El

LI.

El Rey Sanguileon à Dios promete,
Viendo la cara de la muerte al ojo,
Porque el orgullo de los vientos quiete,
Y el su rigór mitigue y justo enojo,
Que envuelto en aromatico pebete,
Le pondrá en sacrificio un gordo piojo,
De cuya piel hará, si desta escapa,
Para su estatua una bordada capa.

LII.

El Tabanesco Rey promete y jura,
Mirando el fiero mar que muchas veces
En su centro les abre sepultura,
Para hacerlos sustento de los peces:
Si de peligro tal les assegura,
Recibiendo benévolo sus preces,
De darle en sacrificios peregrinos,
De una pulga los grandes intestinos.

LIII.

El Rey Mirpredo entre el tumulto ciego
A Júpiter promete un gran servicio,
Si por su peticion y justo ruego
Se muestra en el peligro mas propicio:
Jura de dár à su divino fuego
(Honroso y estimable sacrificio)
Dos aradóres, cuya carne herede
El sacerdote con que rico quede.

LIV.

El poderoso Rey Asinicedo,
Que vé con quanta fuerza le amenaza
Del Lebeche y el Boreas el denuedo,
Y el temór que sus ánimos abraza:
Si les destierra Júpiter el miedo,
Le ofrece por despojos de su caza,
Quatro Pulgónes que la gente admiren,
Y que las riendas de su coche tiren.

LV.

Solo el Sicaborón no ofrece votos,
Antes los echa con dos mil reniegos,
Blasphemando los ánimos devotos,
Que ofrecen párias à los santos fuegos:
Gente (dice) común, de ingenios botos,
No useis llorando mugeriles ruegos,
Quando podreis vosotros con la fuerza,
Que la fortuna sus intentos tuerza.

LVI.

Llegó la vil blasphemia à las orejas
De los vientos, y viendo el menosprecio,
Disponense à correr unas parejas,
Dando la palma al voladór mas recio:
Arqueó el Austro fiero las dos cejas,
Y con ojos de fuego en el Rey necio,
Colérico encaró la vista torba,
Alborotando al mar porque le sorba.

So-

LVII.

Sobre una negra nube el viento passa,
Lleno de rabia y de mortal congoja,
Y apercibiendo alli la helada massa,
La envuelve luego con la lumbre roxa:
Llena la nube de sulphurea brasa,
Las fuertes balas junto al fuego arroja,
Y quando vé que en piedra se resuelve,
De concha entonces con furór se vuelve.

LVIII.

Los fuelles pestilentes apercibe,
Sobresaltando el viento de repente
La lumbre, porque en ella se recibe
La furia de su soplo pestilente:
Sañudo enciende entonces, y revive
Entre las balas la materia ardiente,
Y en aquel mismo punto arroja y fragua
Rayos, centellas, truenos, piedras, y agua.

LIX.

La nube herida con la fuerza extraña
Se rompe, y echa de sus negros senos
De durissimas piedras la montaña,
Infierno de relámpagos y truenos:
En las galeras descargó la saña,
Y en los navíos de soldados llenos
Arrojó tantas piedras desde arriba,
Que las velas dexó como una criba.

Con

LX.

Con los terribles ímpetus desgaja
Los anchurosos lienzos de las naves,
Y qual suele en la arista, ò leve paja,
Hace tambien en los maderos graves:
A muchas gentes el vivir ataja
La pesada caida de las trabes,
Que la terrible fuerza desencasa
De las naves por donde el Austro passa.

LXI.

Llegan los otros al instante mismo,
Y entre la gente mísera descargan
De las ondas del mar un fiero abysmo,
Y de las aguas que las nubes cargan:
Las gentes del soberbio Tabanismo
Unas con otras con temór se adargan,
Anegando la fúria repentína
La turba Mirmiliona y la Moschina.

LXII.

El caballero Tártaro que mira
Con quanta fuerza hiere y amenaza,
El fiero viento que pedradas tira,
Y galeras y naves despedaza:
Colérico y sañudo se retira,
Y con el cuerpo de un timón se abraza,
Que sin repáro el triste no se atreve
A resistir que el viento no le lleve.

Los

LXIII.

Los fuertes brazos denodado cruza,
Y al grueſſo leño con esfuerzo traba,
Mientras la riguroſa eſcaramuza
De los vientos coléricos ſe acaba:
Mil almas en el pielago zampuza
El Auſtro fiero con ſu furia brava,
Y con la foſca viſta y torbo ceño,
Preſuroſo arremete contra el leño.

LXIV.

Por todas partes el ſoberbio pino
De muchos vientos el furór rodea,
Con cuyo ſobreſalto repentíno
El arbol temerario titubea:
El Lebeche furioſo ſobrevino,
Que el arbol alto de ſu altúra apea,
Y al fin fué tal del viento la codicia,
Que el timón de ſu ſitio ſe deſquicia.

LXV.

Con la grande caida, el arbol bronco
Tocó las aguas con ſu altiva cima,
Echando al Rey aſido por el tronco
Del borde de la nave por encima:
Sacando entonces el accento ronco
El Barrilienſe la caterva anima,
Y pueſto como pudo en una tabla,
Contra los Cielos mil injurias habla.

LXVI.

Camina el denodado caballero,
Caballero en la tabla, que su vida
Entonces guarda del peligro fiero,
Sin ser entre las ondas sumergida:
Desnudo lleva el cortadór acero,
Que vengar le compete la caida,
Y mirando las nubes con mil quejas,
Mil veces puso el dedo entre las cejas.

LXVII.

Fué tanto el grito de la pobre gente,
O fuesse el golpe del timón caido,
O las blasphemias con que el insolente
Tártaro altera el mar con su ruído:
Que hasta en su alcoba el Dios Neptuno sié-
Que su hermoso crystal es ofendido, (te,
Y saliendo à mirar sus claras lymphas,
Oyó el lamento de sus bellas Nymphas.

LXVIII.

Abrió entonces colérico la puerta,
Quando miró en su umbrál el Dios Marino
A Amphitrite de espanto medio muerta,
Y pálido el colór de Thetis y Ino:
Huyendo vino aprisa Melicerta,
Y Glauco temeroso aprisa vino,
Los pies movió turbada Panopéa,
Y Doris con la Nympha Galatéa.

Quien

LXIX.

Quien diablos (dixo con la vista torba)
Vuestro sossiego sin temor perturba?
Quien el camino por el mar estorva,
Y mis crystales con audacia turba?
Abrase el mar, porque al instante sorba
Entre sus ondas la atrevida turba,
Dadme al momento el heridór tridente,
Daré fin à su término insolente.

LXX.

Señor (dixo un Tritón) estos Garbinos,
Que Eolo en su cueva obscura rige,
Han dado al traste oy con los Moschinos,
Por cuya causa su nacion se aflige:
Y si acaso en favór de tus Marinos
Tu fuerza sus orgullos no corrige,
Nadie estará seguro de sus sañas,
Y cada dia vendrán à correr cañas.

LXXI.

Como será posible que tus gentes
Puedan vivir en tu servicio gordos,
Si en favór de traidores delinqüentes,
Tus oídos permites que estén sordos?
En tu palacio alguna vez no sientes
Los recios y fortissimos bohordos,
Que tira el Austro quando al mar assalta,
Con que tus bellas Nymphas sobresalta?

No

LXXII.

No ha quedado galera à quien no haya
Dado con ſus carreras un mal rato,
Deshecho há mil navíos en la playa,
Con repentíno eſtrépito y rebato:
Manda, ſeñor, que un menſagero vaya,
Y à Eolo reprehenda ſu mal trato,
Y aun caſtigue la pérfida inſolencia
De perturbar el mar ſin tu licencia.

LXXIII.

Yo lo jurára, que los vientos eran
(Dixo Neptuno) los que tal eſtrago
Han hecho por el mar, y los que alteran
De mis cryſtales el hermoſo lago:
Dadme el Tridente, los ſoplónes mueran,
Por mi cabeza juramento hago,
Que ſe han de vér ſus cóleras difuntas
A fuerza del rigór de mis tres puntas.

LXXIV.

Pero no ſerá juſto que ſe diga,
Que una canalla que en cadenas mora,
Al Dios que rige el mar immenſo obliga
A caſtigar ſu cólera traidora:
Otro mejor camino es bien que ſiga,
Que eſte mi ſér y calidad deſdora,
Mejor ſerá enviar quien en mi nombre
Su atrevimiento riña, y fuerza aſſombre.

Rom

LXXV.

Rompa las aguas un Tritón volando,
Y déle à Eolo de mi enojo nueva,
Al qual le notifique, que le mando,
Que empriſione los vientos en ſu cueva:
Y que otra vez de véras ni burlando
A darles ſuelta por el mar ſe atreva,
Si no quiere que yo: mas baſta eſto,
El Tritón ſe deſpache, y vuelva preſto.

LXXVI.

La cabeza baxó el Tritón ligero
En ſeñal de obediencia, y ſin tardanza,
Sobre un Delphin ſe planta, y caballero
Vá por el mar, y entre ſus olas danza:
Saca en la orilla el cuerno el menſagero,
Y ſoplando por él con gran pujanza,
Relata ſu embaxada, y al momento
Vuelve el Delphin las ancas al Dios viento.

LXXVII.

El Dios Eolo entonces lleno de ira,
Suſpenſo eſtuvo con la nueva un rato,
Y à la cueva enojado ſe retira,
Porque ſe cumpla el Imperial mandato:
Con rabia grande los cerrojos tira,
Y el Zéphiro ſaliendo hermoſo y grato,
Poniendoſe à ſu Dios y Rey delante,
Le trocó la triſteza en buen ſemblante.

Que

LXXVIII.

Que como quando el Dios Omnipotente
La tierra con los rayos amenaza,
Si Ganimedes con ſu hermoſa frente
Hace à ſu Dios de ſu hermoſura plaza;
Si à Júpiter le lleva por preſente
Del moſto celeſtial la llena taza,
Al Dios altitonante deſenoja,
Y el furór de ſu cólera le afloxa.

LXXIX.

Aſsi quando el furór y rabia crece
En el Dios que los vientos empriſiona,
Si alli el humilde Zéphiro parece,
Con ſu divino talle y ſu perſona:
Si ricos beſos à ſu Dios le ofrece,
Y él bebe el aura dulce y regalóna,
Deſecha el vulto y el aſpecto triſte,
Y de hermoſúra y reſplandór ſe viſte.

LXXX.

Corre al mar (dixo al Zéphiro) y al punto
Tus vuelos por el zímico derrama,
Y de los vientos al eſtruendo junto
A mi mandado y obediencia llama:
Apacigua las aguas, que barrunto,
Que el mar herido por los aires brama,
Tambien quedito al Dios Neptuno llega,
Y ſu furór y cólera ſoſsiega.

Sa-

LXXXI.

Sale à hacer el mandado, y no diſcrepa
La execucion un punto del intento,
Y en la region accelerada trepa
Con lento y agradable movimiento:
Buſca ſus compañeros, porque ſepa
La intencion de ſu Rey qualquiera viento;
Llega à Neptuno, y ſu furór amanſa,
Y con ſu viſta el fiero mar deſcanſa.

LXXXII.

Rinde tranquílo el cryſtalino paſſo
A las ſin forma naves y galeras,
Que dudan tras el míſero fracaſo
La entrada por las proximas riberas:
Mueſtraſe el Cielo ſin las nubes raſo,
Y amedrentadas las naciones fieras,
Las manos juntas para el Cielo empinan,
Y à la corva ribera ſe avecinan.

LXXXIII.

Las primeras galeras que llegaron
Fueron de las cortezas ſingulares,
Que los ſoldados Zénzalos quitaron
A la Pulgona gente en los Habáres:
En el arena el áncora aferraron,
Si puede ſer que al áncora compares;
Lectór, el garabato en la corteza,
Que à las habas les dió naturaleza.

LXXXIV.

No huvo en los demás algun ſoldado,
Aunque canſado de tan dura guerra,
Que aguardaſſe à ſalir del mar ſalado,
Porque el eſquife le puſieſſe en tierra:
Que unos ſalieron con preſteza à nado,
Mientras en tierra el áncora ſe afierra,
Otros echando por el áire el vuelo,
Piſaron preſto el arenoſo ſuelo.

LXXXV.

El Rey Sicaborón, ſolo y remoto,
Algun peligro temo que padezca,
Y ſin nave, ſin gente, y ſin piloto,
Peſaráme en el alma que perezca:
Rueguele à la fortuna algun devoto,
Que à mi Muſa con vida ſe le ofrezca,
Porque el ſuceſſo de ſu mal le cuente,
Y ella lo miſmo à la curioſa gente.

Fin del Canto quinto.

LA MOSCHEA.

CANTO SEXTO.

I.

QUien puede ser quiẽ à mi Musa admira,
Y con su vista su hermosura espanta?
Qué cosa nueva por el golfo mira,
Que las treguas del ocio lo quebranta?
Qué oculta fuerza sin templar la lyra,
A que cante la fuerza, y versos canta?
Quien mi pesada mano facilita,
Para escribir lo que su voz me dicta?

II.

Qué Meguera infernal las aguas hiende,
Y dando en ellas temerarias coces,
Con pies y manos su crystal ofende,
Y al Cielo con la fuerza de sus voces?
Qué temerario monstruo el áire enciende
Con fuego de sus ojos, tan atroces,
Que en humo el agua convertida sube,
Resuelto su vapór en negra nube.

III.

Es por ventura el monſtruo horrendo y feo;
Que nadando à la orilla ſe endereza,
El que contra la hija de Zepheo
Envió de las Dioſas la dureza?
Mas no; que el valentiſsimo Perſéo
Yà triumphó de ſu indómita cabeza;
Deſpues que la ſaxífica Gorgonia
Cortó con el eſcúdo de Tritonia.

IV.

Mas yá deſcubre ſu preſencia bruta;
Y ſi ſu miſma forma repreſenta,
El es ſin duda el Tártaro de Buta,
Que eſcapa del peligro y la tormenta;
Deſde las aguas à la tierra enxuta
En cólera encendido ſe preſenta,
Y con ſus hechos à mi Muſa obliga,
Sin detenerſe à que en cantar proſiga.

V.

Salió eſte Rey del Zímico ſalado
Lleno de rabia, cólera, y enojo,
Dividiendo las aguas qual peſcado;
Peſado con la fuerza del remojo:
Quando dexando de la orilla el vado;
Al rayo caluroſo del Dios roxo,
Flematico deſcanſa de la fuga
Del mar, y el agua que le oprime enxuga.

No

VI.

No se le acuerda de rendirle gracias
A la piedad del Cielo que le truxo
Libre de las tormentas y desgracias
Del mar que padecia de aguas fluxo:
Mas de blasphemias en su sér reacias
Una soberbia multitúd produxo,
Y antes en vez de compungirse peca,
Y alli las gracias en pecados trueca.

VII.

Con rabia immensa blasphemando jura
De derribar de las divinas salas
Al Dios que rige la suprema altúra,
Y de amansarle la soberbia à Palas:
De apoderarse en la region obscúra
Del Dios Plutón, y de cortar las alas
A Mercurio, y de hacer que à todos ellos
Apriete Marte los altivos cuellos.

VIII.

No ha de quedar en el Olympo Diosa,
A quien con sus rigóres no persiga,
Sino es que el ruego de la mas hermosa
A dár de mano à su crueldad obliga:
La casta Diosa que ha de ser su esposa
Dice: y que Juno servirá de amíga,
Y Venus de su exército raméra,
Y la madre Cybeles de tercera.

IX.

Eſtas razones y otras tales dixo,
Injuriando con ellas à los Cielos,
Y en ellos ſiempre el roſtro horrible fixo,
Como en única cauſa de ſus duelos:
Y yá tras el paſſado mal prolixo
Dár quiſo al viento ſus enxutos vuelos,
Quando otro encuentro peligroſo encuen-
Y de Carybdis en los Syrtes entra. (tra,

X.

Vió caminar por la cercana orilla,
Y que en ſu contra ſe venía derecha
Una eſtantigua flaca y amarilla,
A la humana figura contrahecha:
Al Tartaro el aſpecto maravilla,
Aunque imagina entonces y ſoſpecha,
Que contra ſu valór el miedo traza
Eſta inventiva, para darle caza.

XI.

Eran todos ſus miembros carcomidos,
Marchitos, triſtes, ſin colór, y yertos,
De la pobreza y deſnudéz veſtidos,
En ánſia vivos, en aſpecto muertos,
En dos cavernas lóbregas metidos,
Los ojos y los hueſſos deſcubiertos,
Las cuerdas encogidas, y las venas
Vacías de ſangre, y de flaqueza llenas.

Mi-

XII.

Miró la beſtia al Rey, y el Rey miróla,
Y apenas pudo detener la riſa,
Viendo ſu forma revegida y ſola,
Con quanta flema las arenas piſa:
Ola le dixo al Rey, y el Rey à el ola,
Que le reſponde ſin temór le aviſa,
Quando à vér lo que quiere ſe previene,
Saliendole al camino por dó viene.

XIII.

Apreſuró el ligero movimiento
El Barrilienſe Rey pequeño eſpacio,
Y la figura con ſu paſſo lento
Puſo delante del ſu vulto lacio:
Demonio (el Rey le dixo) macilento,
Si demonios caminan tan deſpacio,
O ſi yá que en el paſſo no lo eres,
Demonio en la figura qué me quieres?

XIV.

Eres (di) por ventura vil phantaſma,
O alguna falſa y hechicera bruxa,
Que con fuerza de uncion, ò cataplaſma
Ara ſu frente, y la ſubſtancia eſtruxa?
Porque no ſoi perſona que ſe paſma
De verte tan decrépita y magruja,
Ni lo hiciera ſi fueras un veſtiglo,
Venido al nueſtro deſde el otro ſiglo.

XV.

Eres de alguna Moſca el alma en pena,
Que en forma triſte, y en aſpecto flaco,
Sin el cuerpo inſepulto en el arena,
Penando vives por el áire opaco?
Que ſi por eſta cauſa te condena
A deſtierro de gloria el juſto Eaco,
Por el Dios grande de las Moſcas juro
De igualarte en la ſuerte à Palinuro.

XVI.

Dixo: y entonces el tranſido bulto,
Apartando del roſtro macilento
El cano y raro crin ſuelto y inculto,
Aſsi ſacó el debilitado aliento:
No tengo mi cadaver inſepulto,
Ni ſoi alma que habito por el viento,
Que antes de cuerpos y almas ſoi eſtrago,
Y el alma quito al cuerpo, y le deshago.

XVII.

No ſoi phantaſma, bruxa, ni eſtantigua,
Como à tus ojos dices que parezco,
Porque mas que eſſas coſas ſoi antigua,
Y en mi vejez la informacion ofrezco:
Mi proceder decrépito averigua
El efecto tan duro que apetezco,
Es mi madre la gula, el tiempo padre,
Y ſoi de inſultos y trabajos madre.

XVIII.

Yo ſoi aquella que primeramente
Fui por orden de aquel que aſsi lo quiſ,
Quien al padre primero de la gente
Tenté quando ſalió del Paraíſo:
Yo ſoi por quien le dixo al delinqüente,
Saliendo à ſu deſtierro tan preciſo,
Que yo le haria mil veces que ſudaſſe,
Porque de mis rigores ſe libraſſe.

XIX.

Yo ſoi aquella que de caſa en caſa
A los mortales miſeros viſito
Tres veces cada dia, y pongo taſſa,
En lo que morirán ſi ſe lo quito:
Yo ſoi aquella de virtud eſcaſa,
Porque ſoi quien la eſtrago y la marchito,
Y ſoi quien hizo que Ereſicton fueſſe
El miſmo que à sí miſmo ſe comieſſe.

XX.

Yo ſoi aquella que de ley carezco,
Cuya phraſis latina ſe traduxo
En decir en Caſtilla que parezco
Cara de herege con mi ſer magrujo:
Soi la que los manjares encarezco,
Y ſin ſer quien los gaſto ſoi quien truxo
El mundo à tal extremo, que al materno
Diente he dado à comer el hijo tierno.

Yo

XXI.

Yo ſoi en ſuma un perro de hortelano,
De todos los vivientes enemiga,
Que para mi ninguna coſa gano,
Quando del bien ajeno ſoi mendíga:
Yo ſoi aquella que el pequeño grano
Vedo à la boca de la aſtuta hormíga,
Y ſiendo quien que coman no conſiento,
Soi quien de ayuno y hambre me ſuſtento.

XXII.

Allá en un monte de la Scythia extrema
Tengo mi caſa ſola, obſcura y triſte,
Donde con fuerza el Aquilón requema
La tierra, que de hierba aun no ſe viſte:
Adonde el rayo del calor no quema,
Por el hielo cruel que le reſiſte,
Alli habito teniendo con quien trate
Solo al tremor, que alli los dientes bate.

XXIII.

Deſde alli ſolamente à verte vengo,
Por ſi eres tan valiente como dice
La fama tuya, à quien invidia tengo,
Y quiero vér ſi tu valor deſdice:
La hambre ſoi, que hacer en ti prevengo
Lo que en el pecho de Ereſicton hice,
Aqui ſabrás quien ſoy, y yo quien eres,
Si no viene en tu ayuda Bacho y Ceres.

XXIV.

Dixo, y furioſa el magro vulto llega,
Y al Rey ſoberbio con audacia toca,
El roſtro hambriento con el ſuyo pega,
Reſpirando veneno por la boca:
El iracundo Tártaro reniega,
Viendo la furia temeraria y loca,
Y buſcando confuſo los aceros,
La hambre cruda ſe los dió mas fieros.

XXV.

Lucha con el ſoldado, y de repente
Deſaparece el monſtruo en la ribera,
Penſando en aquel trance el Rey valiente,
Que en tenues auras ſe voló la fiera:
Pero al inſtante en lo interior la ſiente,
Que de ſus fuertes miembros ſe apodera,
Y juzga que ſe entró por el eſtrecho
De ſu gaznate à dár mal rato al pecho.

XXVI.

No ſale por la Lybia Leon hambriento
Con bramidos tan altos y feroces,
Dexando atrás al mas ligero viento
La fuerza de ſus ímpetus veloces:
Como ſalió con denodado intento,
Hiriendo al Cielo con ſoberbias voces,
Traſpaſſando los áires qual Cometa
Eſte Moſcón, à quien el hambre inquieta.

No

XXVII.

No encuentra en todo el cãpo quien le lleve
A ſu exército, ò del le trahiga nueva,
Los ſecos vientos preſuroſo bebe,
Y el corazon hambriento en ellos ceba:
Vuela un eſpacio largo en curſo breve,
Por eſta parte y la contraria prueba,
Y mirando por todas deſde lejos,
De un chapitel le dieron los reflexos.

XXVIII.

En él la viſta denodado encara,
Y ſer remate de una torre mira,
Y como el perro à quien ſuſpende y para
El aire de la priſa con que gyra:
Del viento al freſco aliento ſe repara,
Y tras el raſtro de la caza tira,
Aſsi eſtotro repara à vér la torre,
Y viſta al punto allá ſe parte y corre.

XXIX.

Paróſe en la mitad del campo raſo,
Por vér ſi por la parte donde iba,
Para ſaber para la torre el paſſo,
Hallaba raſtro de perſona viva:
No pudo vér alguna, pero acaſo
Humo miró ſubir la torre arriba,
Y apenas eſto vió, quando al momento
Se puſo bien cercano del cimiento.

Por

XXX.

Por entre el humo negro se divisa
Una encendida y temeraria hoguera,
Y gente junto à ella, que con prisa
Solia cruzar solícita y ligera:
Quiso hacer en secreto la pesquisa,
Y mirar sin ser visto desde afuera
La verdad del sucesso, y para el caso
El cuerpo guarda, y apresura el passo.

XXXI.

Y à poco espacio por las dos ventanas
De sus narices anchas entró un viento,
Dandole (gran ventura!) nuevas sanas
Al triste corazon y pensamiento:
Que alli sin duda sus hambrientas ganas
El cansancio passado y el tormento,
Que la fiera en su estómago le causa,
Tendrán límite cierto, y pondrán pausa.

XXXII.

Alegra los espiritus vitales
El buen olór que por el áire vino,
Y aparta luego con premissas tales
De sus sentidos el furór mohino:
Despues por los desiertos arenales
Torciendo su camino sin camino,
Sin que alguno pudiesse vér por donde,
Llega à la torre, y sin temor se esconde.

Era

XXXIII.

Era esta torre desde donde acecha
El Rey Sicaborón quanto alli passa,
Por obra insigne de una pieza hecha,
Sin mezcla de betunes y argamassa:
La punta sube desde el pié derecha,
Cuya cumbre sin par las nubes passa,
De manera que vieran en su altura,
De otro Nembrot soberbio la locura.

XXXIV.

Del chapitel la punta se divisa
Con tanta altura, que sin duda creo,
Que no puso pyramide Artemisa
Tan grande à su difunto Mausoléo:
La negra sombra de su altura pisa
De tierra muchos passos en rodéo,
Obra al fin, que la madre común pudo
Hacer, adonde el arte quedó mudo.

XXXV.

Mas yá el curioso por saber codicia,
Qué torre es esta, ò qué milagro raro,
Obra mejor que la soberbia Egypcia,
Mas admirable que el ingenio Pharo:
Sepa, si no ha llegado à su noticia,
Que esta con quien alguna no comparo,
Era un hongo terrible y estupendo,
De la preñada tierra parto horrendo.

XXXVI.

A ſombra de ſu altiſsima techumbre
Quatro Pulgas armadas razonando,
Vió que entre braſas de infinita lumbre
Una Liendre montés iban aſſando:
No le dieron las armas peſadumbre
Al Rey, que el eſpectáculo mirando,
Se alegra, y entre el grande regocijo,
Oyó à un ſoldado Pulga que aſsi dixo.

XXXVII.

Yá ſabe nueſtro exército por cierto,
Que el Rey Sicaborón común padraſtro
De nueſtras fuertes gentes, es yá muerto,
Gracias al Cielo, y al propicio Aſtro:
No ha ſido por los ſuyos deſcubierto,
Ni dél por ningun modo ſe halla raſtro,
Y ſi el en nueſtra contra no ſe halla,
Vencerá el gran Mirnuca la batalla.

XXXVIII.

Eſſo nunca ſerá mientras yo viva,
Dixo el Tártaro Rey entre ſus dientes,
Si del vital aliento no me priva
La enemiga común de los vivientes:
Aparejaos canalla vengativa,
Porque habreis meneſter el ſer valientes,
Que llega cerca del redil el Lobo,
Que pienſa hacer en vueſtra preſſa robo.

A Sa-

XXXIX.

Salió à ſus ojos el varón diſpueſto
Con denuedo feroz moſtrando à todos
Los quatro juntos el tranſido geſto,
Y el cuerpo eſtropeado de mil modos:
Ellos ſu vulto viendo tan funeſto,
Eſtabanle con riſa echando apodos,
Qué demonio el infierno nos envia,
O qué veſtiglo, ò comedóra Harpía?

XL.

Oyelo todo el Rey, y diſsimula,
Y à llegar corteſmente ſe comide,
Y dice, caballeros, ſi eſtimúla
Láſtima vueſtro pecho del que pide:
Si el que es pobre y hambriento tiene bula
Para que donde hallare ſe convide,
Pues para ſolos quatro aſſais tal beſtia,
Que os la ayude à comer no os dé moleſtia.

XLI.

Hidalgo que en lo flaco y eſtruxado
Nos mueſtra ſer hidalga ſu perſona,
Qué Ballena del mar le ha vomitado?
Dixo una Pulga entonces ſocarróna:
Diga quien las mexillas le ha chupado,
O como aſsi trahe hecha la mamona?
Paſſe adelante preſto, ſi no eſpera,
Que como eſtotra Liendre aſſado muera.

Bien

XLII.

Bien ſabe, amigo, que de aſſar vivimos,
Porque eſte ſolamente es nueſtro oficio,
Y que en no eſtando aſſando nos morimos,
Que es nueſtra vida ajeno perjuicio:
Y pues ſin ſer aſſado permitimos,
Que libre paſſe, eſtime el beneficio,
Y ſepa que ſe engaña ſi hace cuenta,
Que es la campaña bodegón ò venta.

XLIII.

La ſangre helada con la furia hambrienta
En cólera ſe enciende, y el enojo
Al furibundo Tártaro atormenta,
Por vér ſu acero en ſangre aleve roxo:
Oy gente vil me pagareis la afrenta,
Dixo: ſi de las vidas os deſpojo,
Y que me deis hará la fuerza mia,
Lo que no pudo hacer la corteſía.

XLIV.

Saca deſnudo el cortadór acero,
Que ha ſido en ſus fortunas y trabajos
Por la tierra y el mar ſu compañero,
Temblando mar y tierra de ſus tajos:
Salid (dice) canalla, porque quiero
Vueſtra carne villana hacer taſſajos,
Y con ella y la Liendre que ſe aſſa,
Deſterrar eſta hambre de mi caſa.

XLV.

No me dá peſadumbre que ſeais quatro,
Porque ſois para mi pequeña preſa,
Que tengo lleno el infernal baratro
De gente fementida como eſſa:
De que no pueda verſe en un theatro
Mi gran valór, y vueſtro fin, me peſa,
Aunque bien ſabe el mundo que à millares
Suelen matar las Pulgas mis pulgares.

XLVI.

Levantaſe al inſtante la caterva,
Y à los furioſos golpes ſe apercibe,
Temiendo à tiempo tal la verde hierba,
Que con la ſangre del verdor ſe prive:
Batalla tan horrenda y tan acerba
No la han viſto en el mundo ni ſe eſcribe,
Deſde que juntan gentes enemígas
Contra las fuertes Moſcas las Hormígas.

XLVII.

Viſten al punto los ſinieſtros brazos
De recios y finiſsimos eſcudos,
Reparo ſi le tienen los golpazos
De los aceros limpios y deſnudos:
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos
De los almétes con los golpes crudos,
Y al Cielo y à la tierra pone grima
De las Pulgas y el Tártaro la eſgrima.

XLVIII.

Todo ſoldado con valor ſe adarga,
Y con furór colérico acomete,
Pero el Rey con ſu eſpada los alarga,
Quando por ellos ſin temor ſe mete:
Sobre la gente míſera deſcarga
Golpes ſin que reſiſta capacete,
Y los quatro con ſaltos ſe le acercan,
Y por las quatro partes al Rey cercan.

XLIX.

A la Serpiente víbora ſemeja,
Entre fieros Leones Africanos,
Que por picarlos y eſcapar forceja
De entre las gryphas de ſus pies y manos:
Al xarameño Toro à cuya oreja
Acuden à cebarſe los alanos,
Al Javalí cerdoſo que en los cerros,
Matando ſe defiende de los perros.

L.

Entre la fiera turba que rodéa
Su bulto al de la ira ſemejante,
Con la eſpada furioſo ſe moſchéa,
Jugando della como de un montante:
Ligero à todas partes ſe menéa,
Yá retira la Pulga de delante,
Yá eſpanta la de atrás, y denodado,
Ahuyenta la del uno y otro lado.

LI.

Seis passos una Pulga se retira,
Atento el bravo Rey à vér su ensayo;
Y vé que un dardo passador le tira,
Que le causàra el último desmayo:
Huyele el cuerpo el Rey que el dardo mira,
Y dexale que passe como un rayo,
Passa, y al passo que de alli se aleja,
Llega su espada à la contraria oreja.

LII.

Dale al instante tan terrible bote,
Que del aliento y el vivir le priva,
Y la oreja con medio del cocote,
Matizando la hierba le derriba:
Sintieron los soldados el azote,
Encendidos en cólera mas viva,
Mirando con el golpe repentíno
El ángulo quadrante vuelto en trino.

LIII.

Viendose entonces del soldado faltos,
Los tres Pulgas coléricos reniegan,
Y al Tártaro furioso con sus saltos
Rabiando se avecinan y se llegan:
Y descargando los aceros altos,
Golpes al áire rigurosos pegan,
Y el fiero Rey probando arremetidas,
Con la muerte amenaza à sus tres vidas.

LIV.

Acercanse los tres, pero no tanto,
Que al Tártaro le toquen à la ropa,
Que tienen yá experiencia del quebranto
Que hace en las armas que su espada topa:
Tan fuertes golpes no se han visto en quãto
Dá sombra de la torre la alta copa,
Ni en quanto el Sol con sus caballos corre,
Que es poco mas que sombra hace la torre.

LV.

Mientras tiene el jayán los dos delante,
Y entre ellos lleno de furór se envuelve,
Luego contra la espada del Gigante
Brotando enojos el tercero vuelve,
Tirale un cortapies, pero al instante
El pecho fuerte el Tártaro revuelve,
Y antes que pueda herirle el bravo tajo,
Salta, y passa la espada por debaxo.

LVI.

Su nombre alli el soldado Pulga ensalza,
Sí con el fuerte tajo no le yerra,
Y si el Rey tan ligero no se alza,
Diera fin con el suyo à aquella guerra:
Echale entonces à la Pulga calza,
Que levantar le hizo de la tierra
Mas de diez pies bien largos, aunque sean
De aquellas Pulgas que con él pelean.

LVII.

Valióle la ligera cabriola
El escapar de la mortal herida,
Que cortarle pudiera aquella sola
Con las piernas el hilo de la vida:
Entonces el Rey Tártaro enarbola
El brazo, y con su cólera ofendida,
Hizo con un revés lo que no hizo
De tajo el pobre Pulga à quien deshizo.

LVIII.

Yá con esta son dos las que caminan
A dár la nueva à la region obscura,
Quando las dos restantes determinan
Poner fin miserable à su locura:
Contra el fiero pagano se avecinan,
Y la que estaba en parte mas segura,
En su cabeza un golpe dió de llano,
Que en el taller le oyeron de Vulcano.

LIX.

Quedó el soberbio Tártaro aturdido
Con la fuerza del golpe temerario,
Que pareció tocarle en el oído
Mas campanas que tiene un campanario:
De su vista al diabólico sentido
Se le ofrecieron (caso extraordinario!)
Tal número de estrellas, que Zoroastro
No conoció de noche tanto Astro.

Ca-

LX.

Cayó, mas fué de ſuerte la caida,
Que ſubió mas de punto ſu impaciencia,
Y con la viſta en cólera encendida,
Se levanta à la fuerte competencia:
Fué como quando ſale mas herida,
Y ſuele hallar mayor la reſiſtencia,
Que mas entonces ſe levanta y bota,
Sacudida con fuerza la pelota.

LXI.

Gentes infames dixo, gentes viles,
Oy quedareis ſin vida en la batalla,
Aunque eſtuviera como la de Achiles
Invulnerable vueſtra fuerte malla:
Que del Valle el ſeñor de los Barriles,
Como otro Paris en contrario ſe halla,
Oy morireis villanos, gente aſtuta,
A las manos del Tártaro de Buta.

LXII.

Apenas el del Valle Barrilienſe
Con apellidos tales ſe les nombra,
Quando no queda Pulga que no pienſe,
Que la muerte en el Tártaro la aſſombra:
Pidenle que el enojo recompenſe
Con que ſolo le dexen à la ſombra,
Y alli la Liendre que ſe aſſaba dexen,
Porque él los dexe que de alli ſe alejen.

LXIII.

No repara el jayán en ſus razones,
Ni pudo eſtando en cólera metido
De las Pulgas oír las peticiones,
Ni en ſus ofertas aceptar partido:
Quiſieran excuſarſe los varones
Pulguinos con no haverle conocido;
Mas él à ſus excuſas y à ſus quejas,
Hace (ò crueldad!) de mercader orejas.

LXIV.

Las Pulgas con piedad al Rey arguyen,
Mas no ſacan provecho deſte lance,
Y al fin como pudieron huir concluyen,
Para eſcapar del riguroſo trance:
Con las alas del miedo los dos huyen,
Sigue el maldito Tártaro el alcance,
Y acercaſeles preſto el monſtro fiero,
Que mas que el miedo miſmo era ligero.

LXV.

Yá en las piſadas ſienten que ſe acerca
Como ligera bala de eſcopeta,
Que ſu obſtinada rabia y furia terca,
Ni à la humildad, ni à la piedad reſpeta:
Tirale una eſtocada à la mas cerca,
Y por la eſpalda haſta la cruz le eſpeta
La eſpada, que ſacó la punta dura,
Envuelta en las entrañas y aſſadúra.

LXVI.

En tanto que el pagano Rey de Buta
En el cuerpo Pulguino miſerable
Con demaſiada cólera executa
El acto furibundo y execrable:
Con ſaltos largos la reſtante aſtuta,
Huyendo del peligro inevitable,
Sin dexar de ſus paſſos las ſeñales,
Huyò por los deſiertos arenales.

LXVII.

Vuelve fiero la viſta, y por la playa,
Ni el campo el otro Pulga ſe diviſa,
Y péſale en extremo que ſe haya
Eſcapado el contrario tan apriſa:
Mas porque yá la hambre le deſmaya,
Vuelve à la Liendre que para él ſe guiſa,
Y al punto deſcubrió la excelſa cumbre
Del chapitel, la torre, el humo, y lumbre.

LXVIII.

Llega el pagano, y de la miſma traza
Que el Leon, que ſaliendo de ſu cueva,
Preſa hicieron las ſuyas en la caza,
Y en las carnes colérico ſe ceba:
Aſsi à la grande beſtia deſpedaza,
Y arréo el cuerpo de la Liendre lleva,
De manera que el Tártaro en un punto
Se comió carne y hueſſos todo junto.

LXIX.

Deſpues que de la hambre el mal prolixo,
Y el bélico furór huvo paſſado,
Y entró en ſu ayuno cuerpo el regocijo,
Junto y revuelto con eſtotro aſſado:
Vencíte beſtia temeraria, dixo,
Vencíte, bulto triſte y eſtruxado,
Con una beſtia muerta quedas muerta,
Entraſte y ſales por la miſma puerta.

LXX.

Salió la hambre de ſu cuerpo y caſa,
Y apenas eſte yá vencido ſale,
Quando otro el pecho con furór le abraſa,
Que tanto como el otro puede y vale:
La fiera ſed ſus higados traſpaſſa,
Que apenas hai tormento que le iguale,
Que ſed, deſnudéz y hambre ſon los ciertos
Enemigos del cuerpo deſcubiertos.

LXXI.

Pero no duró tanto ſu tormento,
Porque el Libero padre ſiempre franco
Quiſo aplacarle ſu furór ſediento,
Al que era entonces de la ſed eſtanco:
Extendió ſu ligero movimiento
El Moſcón, y halló un grano de uva blanco,
Del qual chupando el regalado zumo,
Subió à los ojos el alegre humo.

El

LXXII.

El dulce humór con el aliento truxo
La ſed haciendo de ſu pecho fuga,
Y falto de liqüór quedó el orujo,
Como quando el lagar ſu bulto arruga:
El Tártaro à la ſombra ſe retruxo,
Y alli el ſudór de ſu canſancio enxuga,
Mientras la fuerza del calór que abraſa
Paſſa, y la del liqüór chupado paſſa.

LXXIII.

Alli por permiſsion del padre Bacho,
Y por el grande beneficio y obra,
Que obró en el cuerpo tan ſediento y flaco,
El jaéz de la uva el nombre cobra:
Y es concluſion que de premiſas ſaco,
Que para buena conjetura ſobra
Vér que ſuſtenta el nombre, y que ſe llama
La eſpecie de uva Moſcatél por fama.

LXXIV.

Quien duda que haya nombre que no tenga
Derivacion alguna, ò fundamento
Para dár à entender que le convenga
Su nombre miſmo por algun intento?
Pues qué origen tendrá de donde venga
Con tanta propriedad ni tan à cuento,
Para que llamen Moſcatél la fruta,
Que dió la vida al gran Moſcón de Buta?

No

LXXV.

No havia dormido el varonil ſoldado,
Y apoderado dél el Dios Lyeo,
A las Nymphas del campo encomendado
Le dexa, y en los brazos de Morphéo:
Pues que rendido yá el varon alado
Entre las matas repoſar le veo,
Mientras el campo de la Hormiga enſeño,
Dioſas de aquel lugar, guardadle el ſueño.

Fin del Canto ſexto.

LA MOSCHEA.

CANTO SEPTIMO.

I.

DEſpues que en los vivientes la inſolẽcia
Llegó à ſu punto, y à los hombres puſo
En tan terrible extremo y diferencia,
Que el Cielo en ſu maldad ſe vió confuſo:
Deſpues que pronunciaron la ſentencia
Los Dioſes contra el mundo, y ſe propuſo
Que el fuego (al fin) de executarla dexe,
Reſpecto al Cielo, y à ſu immobil exe.

II.

Deſpues que ſe concluye en la reviſta,
Que à Neptuno el eſtrago ſe cometa,
Y que la tierra de ſus aguas viſta,
Y con ellas la dexe pura y neta:
Deſpues deſta intencion ſabida y viſta
Por el Dios del Tridente, que ſujeta
De las ondas del mar los fuertes brios,
Y las aguas reparte entre los rios.

Deſ-

III.

Deſpues que todos levantando eſpuma
Sus arenas y límites rompieron,
Y los vapóres con que al áire ahuma
La tierra, ſu region eſcurecieron:
Deſpues que fieros la mojada pluma
De ſus alas los vientos ſacudieron,
Y el Cielo que à las gentes miró ingratas,
Cerró ſu luz, y abrió ſus cataratas.

IV.

Deſpues que à nueſtra máchina ſepulta
El agua dentro en ſu profundo ſeno,
Y à Pyrra libre, y Deucalion oculta,
Par entre tantos malos ſolo bueno:
Deſpues que del oráculo reſulta
Modo de verſe el mundo de almas lleno,
Y el Iris vieron que à los dos ſaluda,
Indicio que la guerra en paz ſe muda:

V.

Al fin, deſpues que Júpiter divino
Tomó venganza del mortal linage,
Por cauſa de que andando peregrino,
Viendo la tierra en diferente trage:
Al palacio del Rey de Arcadia vino,
Y viendo la maldad de ſu hoſpedage,
Quiſo que hicieſſe el agua al mundo robo,
Y el Rey quedaſſe convertido en Lobo.

Que-

VI.

Quedó la tierra llena de pantános
Con el agua corrupta detenida,
Que eſtanque de culebras y guſanos
Era la tierra entonces parecida:
Inficionó el vapór los áires ſanos,
Sin perdonar en ſu region la vida
Aun à las aves, que en mitad del vuelo
Baxar ſe vieron muertas para el ſuelo.

VII.

Entre otras beſtias que la madre tierra,
Fecunda en aquel tiempo de immundicia,
Produxo, fué una ſola en quien encierra
De ſu ſeno el veneno y la malicia:
Con ella quiſo hacer ſangrienta guerra
De la zeloſa Juno la codicia,
De que à Latóna el parto le eſtorbaſſe,
Porque à luz las dos luces no ſacaſſe.

VIII.

Pero deſpues que allá en la Isla Ortigia
No tuvo el parto de Latóna eſtorbo,
Y pudo Phebo con la flecha Phrygia
Vibrar como valiente el arco corvo:
Luego ſalió contra la beſtia eſtygia,
Y encarando la flecha al bulto torbo,
Pytón quedó vencido y por el ſuelo,
Satisfecho y vengado el Dios de Delo.

IX.

Y como de la ſangre Gigantéa,
Que derramó en la tierra el rayo ardiente,
Del Ximio imitadór la eſtirpe fea
Vino à ſer ſuceſſora y deſcendiente:
Y como de la ſangre Meduſéa
Aquel que abrió la Cabalina fuente,
Y nació de ſimiente de Vulcano
Aquel ſemidragón medio hombre humano.

X.

Aſsi tambien de aquella ſangre hirviendo,
O por mejor decir de la ponzoña, (do,
Que derramó en la tierra el mõſtruo horrẽ-
Con que el campo y ſus hierbas empõzoña:
La tierra nuevos partos previniendo,
Con ſu calór el mal humór retoña,
Y dél nacieron beſtias ſemejantes
A la que mató Phebo poco antes.

XI.

La ſangre mala de la beſtia fiera
En nuevas formas ſu furór transforma,
Y la malicia alli de la primera,
Si no en el bulto, en la crueldad ſe forma:
De aquella eſpecie de animales era
La multitúd de la cornuda forma,
Que fueron convertidos en varónes,
Y por eſto llamados Myrmidónes.

Deſ

XII.

Deſtos fué y por ſu origen de quien dixo
El bravo Eneas, quando allá en Carthágo
Quiſo Eliſa ſaber el mal prolixo
De Troya y de ſus gentes el eſtrago:
Mandaſme que el dolór con que me aflixo,
Y en ſu memoria (ò Reina) me deshago)
Te cuente, caſo que ablandar pudiera
Del duro Mirmidón la eſtirpe fiera.

XIII.

Al fin, de aquella ſangre reſucita,
Como parto ſegundo de la tierra,
La que en fiereza à la Pytón imita,
Y hace à las Moſcas la ſangrienta guerra:
En las entrañas de la tierra habita,
Donde eſte monſtruo bandolero encierra
Lo que à los triſtes labradóres roba,
Y alli lo guarda en la ſecreta alcoba.

XIV.

Quando à robar por los caminos ſalen,
Eſpeſſos trillan una ſenda angoſta,
Induſtria natural con que ſe valen,
Porque ſe logre del ſudór la coſta:
Tienen agudos dientes con que talen,
Y como eſpeſa nube de Langoſta,
Los trigos en las hazas diſminuyen,
Y con las cargas à ſus cuevas huyen.

XV.

Alli eſtán los graneros eſcondidos,
Que la turba ladrona de mies llena,
Porque los halle el tiempo apercebidos,
Quando de hielo y nieve el ſuelo llena:
Entonces en la tierra eſtán metidos,
Haſta que mueſtra el Sol ſu luz ſerena,
Y el grano hurtado que húmedo revuelven,
Al Sol lo enxugan, y à la trox lo vuelven.

XVI.

Si acaſo alguna vez alguna deſtas,
Con otra beſtia encuentra de mas tomo,
El hormiga feróz la carga acueſtas,
Y à ſu cueva la lleva ſobre el lomo:
Otras veces por llanos y por cueſtas
La caza ſuben con denuedo, y como
Con las Vacas de Alcides hizo Caco,
Hace eſte pueblo, que pobló al de Eaco.

XVII.

Hace en la cola con los dientes preſa,
Y dando paſſos hácia tras camina,
Llevando aſida con la boca, y preſa
La caza, y à ſu cueva la avecina:
Sale al inſtante la caterva eſpeſſa,
Viendo la preſa junto à sí vecina,
Y ayudan à ſu hormiga, que aſsi vino
Con el falſo piſar por el camino.

A

XVIII.

A tanto llegó deſtas ſu locúra,
Que hai de una dellas teſtimonio cierto,
Que quiſo hacer ſu cueva ſepultúra
Del eſpacioſo cuerpo de un Buey muerto:
Y no pudiendo à ſu caverna obſcura
Llevarle, ſin mirar ſu deſconcierto,
Dicen que dixo al Buey la Hormíga loca,
O eſtás aſsido, ò es mi fuerza poca.

XIX.

Y aunque es verdad que fue ſoberbio intẽto
Eſte que ahora de contar acabo,
Pondero el atrevido penſamiento,
Y por ſer de una hormíga mas le alabo:
Que no tuvo pequeño fundamento,
(Señales ciertas de ſu pecho bravo)
Para que deſtas el adagio diga,
Que ſuele à veces ſer Leon la hormíga.

XX.

Eſta caterva deſde el miſmo inſtante
Que de la ſangre concebidas fueron
Contra las Moſcas deſde alli adelante,
El rencór y la ira concibieron:
La cauſa deſto y la razón baſtante
Los doctos coroniſtas no eſcribieron,
Y todos andan en el caſo à eſcuras,
Buſcando la verdád por conjetúras.

XXI.

Tu que el principio y fin de nueſtra hiſtoria,
Divina Muſa, ſabes y te acuerdas,
Y con tu eficaciſsima memoria
Al ſon la cantas de tus dulces cuerdas:
Hazme la cauſa del rencór notoria,
Pues ſus triſtes ſuceſſos me recuerdas,
Y permite que ponga en eſta liſta,
Lo que olvidó el antiguo coroniſta.

XXII.

Deſpues que aquel mortífero veneno
Del monſtruo ſerpentíno recibido
Fúé de la madre tierra, y en ſu ſeno
Nuevas formas de beſtias concebido:
Yá que eſtuvo el cruor de calór lleno,
Y de la ſangre y el materno nido
Tuvo la beſtia hormíga el nacimiento,
Y con él ſu colór ſanguinolento.

XXIII.

Entonces quando de la ſangre mala
Recibe en ſus entrañas copia harta
La tierra, y en ſu ſeno ſe recala,
Y del humór peſtífero ſe harta:
Quando la fuerza del calór exhala
Lo mas ſutíl, al paſſo que lo aparta,
La ſangre en las entrañas recibida,
De la tierra retoña en nueva vida.

El

XXIV.

El cruór venenoſo ſe endurece,
Y dél la turba hormígena ſe cria,
Y de ſu aumento por inſtantes crece
En la tierra ſu madre la porfia:
Mas luego el aire el enemígo ofrece,
Porque la hormíga deſde el miſmo dia
Que de la ſangre la engendró la tierra,
Tenga enemígos con quien tenga guerra.

XXV.

Que no ſé qué ſe tienen eſtas gentes,
Progenie mal nacida ſerpentína,
Que apenas en el mundo ſon vivientes,
Quando ſu muerte ò guerra trahen vecina?
Digalo Cadmo que ſembró los dientes,
De aquel Dragón que en Thebas arruína,
De quien nacieron hombres que en un pũto
Tuvieron vida y muerte todo junto.

XXVI.

Digo que entonces, como el Bueitre ſuele,
Que en medio de ſu curſo y movimiento
El cuerpo muerto aunque diſtante huele,
Siguiendo el vuelo tras ſu olfato hambriẽto;
Como le fuerza el natural que vuele
A aquella parte que le enſeña el viento,
Y haviendo hallado lo que hãbriento buſca,
En la carne colérico ſe ofuſca.

XXVII.

Aſsi la Moſca al Bueitre ſemejante,
Quando las alas por el viento mueve,
La carne muerta y el hedór diſtante,
Le manifieſta el áire en que ſe cebe:
Al fin llegaron en aquel inſtante
De aladas Moſcas un enxambre leve,
Que à ſus hambrientas ganas les convida
La carne muerta del Pytón podrida.

XXVIII.

En ſu cadaver míſero ſe ceban,
Y ſedientas deſpues lo deſocupan,
Y buſcando lugar adonde beban,
El ſucio lago de la ſangre ocupan:
Alli para matar la ſed que llevan
De la embebida ſangre el zumo chupan,
Poniendo con la fuerza de ſus ſorbos
Al nacimiento de la hormíga eſtorbos.

XXIX.

Quedó la tierra al producir ſuſpenſa,
Y la caterva del podrido lago
Vengar quiſiera la atrevida ofenſa,
Haciendo à eſſotros vomitar el trago:
Pero la madre tierra en recompenſa
De aquella falta, y por debido pago,
Le dió à la hormíga providencia en dote,
Y à la Moſca la gula por azote.

Al

XXX.

Al fin, desde aquel punto, instante, y hora,
Que de las Moscas la progenie aleve
De la sangre corrupta engendradóra
Del hormíga feróz el humór bebe:
Desde aquel tiempo acá en los pechos mora
El rencór enemígo, que los mueve,
A que en guerras campáles se exerciten,
Y unas con otras el vivir se quiten.

XXXI.

Pero nunca se vió tan en su punto
El furór en los bandos enemígos,
Ni el aparato de la guerra à punto,
Para hacer acerbísimos castigos:
Como esta vez, que tiene el poder junto
El Rey Sanguileon de sus amigos,
Y el magno Granestór Rey de la hormíga
Tambien trahe hecha con los suyos liga.

XXXII.

Yá en otras diferentes ocasiones
El Rey Sanguileon de la Moschéa
Havia sacado al campo sus pendónes,
Contrarios à la hormígena raléa:
Yá del Rey Granestór los esquadrónes
Mil veces en la horrísona peléa
Mas sangre de las Moscas derramaron,
Que sus avuelos del Pytón chuparon.

XXXIII.

En la refriega última antes deſta,
Que los fuertes exércitos tuvieron,
Fué la mayor matanza, y mas funeſta,
Que humanos ojos de las Moſcas vieron:
Siete mil de la gente mas diſpueſta
A manos del hormíga ſe perdieron,
Sin que dos eſcapaſſen con la fuga
A contar la priſion del Ranifuga.

XXXIV.

Yá el Formígena Rey tenia ſoſpecha
De las parcialidades y la liga,
Que con la alada chuſma tenia hecha,
El que bebió la ſangre de la hormíga:
Yá ſabe que en ſu contra vá derecha
La gente de las ſuyas enemíga,
Y como aquel que ſu crueldad barrunta,
Juntó de gentes otra tanta junta.

XXXV.

Deſpachó por la tierra cien Alúdas,
Que ſon las eſtafetas con que envia
A pedir à los Reyes ſus ayudas,
Sujetos à ſu Imperio y Monarchía:
Las beſtias mas feroces y mas crudas,
En quanto el Orbe de la tierra cria,
Con armas de notable diferencia
Se puſieron al punto en ſu preſencia.

Con

XXXVI.

Con quinientas mis Pulgas se presenta
Su vengativo Rey el Caganielo,
Que alli donde su exército se asienta
Cubre de negro luto el ancho suelo:
Es gente belicosa que atormenta
Sin humanos respetos y sin duelo,
Que tercia al hombro la soberbia pica,
Y emponzoña la parte adonde pica.

XXXVII.

Es turba astuta, en los ardides sabia,
Que suele entrarse por lo mas estrecho
A dár mal rato, y à morder con rabia,
Con que nos muestra bien la de su pecho:
No dexa parte alguna que no agravia,
Sin haver resistencia de provecho,
Pues sin reparo en lo interior se siente
La fuerte mordedúra de su diente.

XXXVIII.

Es gente negra mas que de Ethiopia,
Y para el exercicio de la guerra
Mas que las otras conveniente y propria,
Por la sin par ferocidad que encierra:
Truxo el Rey Caganielo tanta copia
De tan solas dos partes de su tierra,
Una la fértil Pullia, y la vecina
Selva, à quien todos llaman la Canina.

Lle-

XXXIX.

Llegaron ante el Rey tras los primeros
De gentes fieras la legion ſegunda,
En monſtruos temerarios caballeros,
Con eſtrépito grande y barahunda:
Con ſus piojos ſacrílegos y fieros,
En quien la hormíga la victoria funda,
El fuerte Fifolgel ſalió à campaña,
Deſpoblando ſus ſierras y montaña.

XL.

Entre los nueve valles que en Aſturias
A las gentes de Eſpaña recogieron,
Quando haciendo à Caſtilla mil injurias,
Los Sarracenos de Africa vinieron:
Hai uno, del qual dicen que eſtas fúrias,
Que trahe el fuerte Fifolgel ſalieron,
Que el valle Cabezón ſin duda cria
Tan hidalga y feróz caballería.

XLI.

Otros ſacó de la Morena Sierra,
De aſpecto temerario, aunque magrujo,
Que como jabalís aquella tierra
Gayados y feroces los produxo:
Los Montañeſes y eſtos à la guerra
El Fifolgel ſu gran caudillo truxo,
Por ſer gente ſoberbia y inhumana,
Beſtias que beben de la ſangre humana.

XLII.

O quanto ſe alegró con ſu venida
El magno Graneſtór y el pueblo junto,
Viendo en ſu ayuda gente tan lucida,
De la fiereza y el rigor traſunto:
Mandóles alojar y dár comida,
Y al Fifolgel que los tuvieſſe à punto,
Que yá los tenia el Rey por guerreadóres,
Al miſmo paſſo que eran comedóres.

XLIII.

Tras eſtos la gallarda infantería
De belicoſa gente ſe deſcubre,
Que el Rey hinchado de Letiria envia,
Provincia que el mar Zímico la encubre:
Ofendeſe la luz del claro dia,
Con la nube del polvo que al Sol cubre,
Que con piſadas de la gente tanta,
Haſta llegar al Cielo ſe levanta.

XLIV.

Del nombre heróico deſtas gentes viene
El ſuyo al de Chinchón y ſu Condado,
Y deſte miſmo origen tambien tiene
El mar Zímico el ſuyo derivado:
Y el parecer que diferente ſuene
Zímico de Chinchón averiguado,
Muéſtra al que el ſimil de los dos no alcãce,
Ser el uno latin, y otro romance.

El

XLV.

El valiente Putrífola à ſu cargo,
Y como de ſu Rey lugar teniente,
Trahe de las chinches el eſtruendo largo;
Que ſon medio millon de opueſta gente:
Y por eſtár ſu Rey con cierto embargo,
No puede hallarſe al combatir preſente,
Porque à no eſtár tan gordo, es mui ſin duda
Que en perſona al hormíga diera ayuda.

XLVI.

El Graneſtór agradeció la excuſa,
Y al Putrífola dixo, bien parece,
Que vueſtro Rey ſervirme no rehuſa,
Pues que tal capitan en vos me ofrece:
La liberalidad grande que uſa,
Mui grande premio à ſu lealtad merece;
Eſteſe allá metido en ſus reſquicios,
Que yo agradezco mucho ſus ſervicios.

XLVII.

Pero no me direis qué eſpeſſa nube
Es aquella que el áire dexa eſcuro?
No veis que el polvo haſta los Cielos ſube,
Con que el miedo à mis gentes no aſſeguro?
Mas baſta que al que por contrario tuve,
Es nueſtro amígo el fuerte Moſchifuro,
Que con la multitud de ſus Arañas,
A eternizarſe viene con hazañas.

El

XLVIII.

El ſea venido mui en hora buena,
Pues mi exército grande y eſperanza
De felices ſuceſſos colma y llena,
Segun tengo en ſus obras confianza:
Yá no me puede dár la guerra pena,
Pues que mi campo tal ſoldado alcanza,
Que deſde que nos vive nueſtro Genio,
No ſe ha viſto jamás mejor ingenio.

XLIX.

Es eſte Moſchifuro un gran maeſtro
En forjar eſtacadas y reparos,
Con todo extremo de excelencia dieſtro
Entre los mas famoſos y mas raros:
Eſte pondrá defenſa al campo nueſtro,
Con que todos podreis aſſeguraros,
Que harán ſus fuertes redes, aunque vengan
Las Aviſpas, que preſas ſe detengan.

L.

Bien nos mueſtra ſu ingenio ſu figura,
Pues alzando y baxando la cabeza,
Parece que tantéa quanta altura
Se incluye en la muralla ò fortaleza:
No vive Moſca de ſu ardid ſegura,
Que tiene en eſtas coſas tal deſtreza,
Que por murallas unos lienzos traza,
En cuyas redes con ardid las caza.

LI.

Ha muchos años que es de mi consejo,
Y puede darle en casos de milicia,
Que es enefeto gran soldado viejo,
Y en máchinas de guerra de codicia:
Es Alguacil de Moscas, nombre annexo,
Porque fiero las prende y ajusticia,
Y todas tiemblan de su barba anciana,
Que al muro nombre dió de barbacana.

LII.

Calló: y llegando el Moschifuro, puso
De la zanca derecha la rodilla
En la tierra, y humilde le propuso
La gente valerosa que acaudilla:
Mostró el Rey Granestór su noble uso
De estimar el valor que se le humilla,
Y agradeció cortés à la zancúda
Caterva la venida à darle ayuda.

LIII.

Y quando vió la multitud diversa
De Arañas, Chinches, Pulgas, y de Piojos
En mayor cantidad, que la que al Persa
Hizo bañar en lágrymas sus ojos:
Bien entendió, que de la gente adversa
Triumphára, y de sus vidas y despojos,
Caminando su exército seguro
Con el gran Fifolgel, y Moschifuro.

LIV.

Y porque se consiga el bravo intento,
Mandó que con cuidado y diligencia
Dos Alúdas le trahigan al momento
Al valiente Mirnuca à su presencia:
Tiene el Mirnuca grande entendimiento,
(Dixo el Rey) y es notable su experiencia,
Y su gobierno en casos de milicia,
Como nos dá su nombre la noticia.

LV.

Mui bien sabeis, que se sustenta y ceba
En sangre de enemigos Mirmiliones,
Y hizo con ellos de sus fuerzas prueba
En muchas importantes ocasiones:
Digalo de la nuez la escura cueva
De donde iban saliendo sus varones,
Que siempre en una y otra escaramuza
Dieron al Mirmilion en caperuza.

LVI.

Mis Senadóres al instante vengan,
Y fuertes capitanes, porque quiero,
Que de caudillo bravo se prevengan,
Para que todo tenga el fin que espero:
El Fifolgel y Caganielo tengan
Mis lados, que uno y otro caballero
Son honór de la Pullia, y flor de España,
De la Selva Canina, y la Montaña.

El

LVII.

El Putrífola venga, y no ſe olvide
Nueſtro gran Moſchifuro, que previene
Las fuerzas nueſtras, y las otras mide,
Con el ingenio que en la guerra tiene:
Qualquiera diligencia el caſo pide,
Eſpecialmente ſi en contrario viene
El demonio del valle Barrilienſe,
Que no hai quien ſer humana Moſca pienſe.

LVIII.

Aqui llegó una Pulga no ha dos dias
Con tres heridas todas tres mortales,
Dando por nuevas à las gentes mias
Del pagano de Buta las ſeñales:
Y dixo, que qual ſuelen las Harpyas,
Salió por los deſiertos arenales,
Y tres mató de quatro, y que una fiera
Sin duda à medio aſſar ſe comió entera.

LIX.

Ved pues ahora ſi eſte diablo llega,
Que demonio es ſin duda ſu perſona,
Y viene en nueſtra ofenſa la Manchega,
Con la gente Andalúz y la de Arjona:
Si el Tábano tambien ſu eſpada juega,
Y ſus lanzas la turba Mirmiliona,
Importa mucho un capitan valiente,
Que es belicoſa la contraria gente.

El

LX.

El valiente Mirnuca llegó à punto
Que en la preſencia de ſu Rey eſtaba
El Conſejo de guerra en orden junto,
Y ſolo ſu perſona ſe aguardaba:
Admiró à los extraños el traſunto
De la fiereza que repreſentaba,
Y dieronle lugar de los mejóres,
Pueſto entre dos barbados Senadóres.

LXI.

Callaron todos un pequeño eſpacio,
Y el Rey teniendo tieſſa la cabeza,
Los ojos revolviendo mui deſpacio,
Al Mirnuca feróz los endereza:
Suſpendióſe la gente del palacio,
Y el Graneſtór à deſtoſerſe empieza,
Y dando mueſtra al comenzar prolixo,
Abrió la boca, y al Mirnuca dixo.

LXII.

Mirnuca Capitan, el ſer notoria
La valentía de eſſe fuerte pecho,
Que me reboca y trahe à la memoria
Los ſervicios que ſiempre me haveis hecho;
Conſiderando pues la fama y gloria,
Que ganaſtes eſtando en el eſtrecho
De aquel preſidio de la fuerte roca,
Suſtentandola en pié con gente poca.

LXIII.

Ahora que con tantos caballeros
Saldrán los esquadrónes peleando,
Capitan general pretendo haceros,
Contra el orgullo del contrario bando:
Empuñad el bastón sin deteneros,
Que cumpliendo, Mirnuca, lo que os mãdo,
Demás de que verán lo que os estimo,
Me tendré por servido, Hormíga primo.

LXIV.

El cargo el capitan cortés rehusa,
Y dice al Graneştór y su Senádo,
Que yá à sus fuerzas la vejéz excusa
De administrar oficio tan pesado:
Que quien puede tenerle sin excusa
Cargo de tanta cuenta, y tan honrado,
Son sin haverlos tales en el suelo,
El Putrífola, el Piojo, y Caganielo.

LXV.

Todos con infinitas sumissiones
Al hormíga discreto le agradecen
Las corteses palabras y razónes,
Y por soldados suyos se le ofrecen:
Y al Graneştór responden los varónes,
Que ellos honra tan grande no merecen,
Y arguyen al Mirnuca, que es mui justo
Que reciba el bastón, y dé al Rey gusto.

Acep-

LXVI.

Aceptó el gran Mirnuca sin embargo
De las fuertes excusas que propuso,
De general el poderoso cargo,
Y al fin à exercitarle se dispuso:
Sonó la voz por el estruendo largo,
Y gentes del exército confuso,
Que con sus voces la primera avivan,
Diciendo, el Rey, y el gran Mirnuca vivan.

LXVII.

Entonces llamó el Rey sus comissarios,
Ministros, contadóres, y llaveros,
Para que de los públicos erarios
Sacassen grande suma de dineros:
Sabe que para fin de sus contrarios
No hai quien ponga los ánimos y aceros
En los fuertes soldados, ni los haga
Tan prontos à la lid como la paga.

LXVIII.

Mandóles (ò gallardo entendimiento,
Y quanto en Flandes fueras importante!)
Que à todos los soldados al momento
Una paga cumplida se adelante:
Y si para cumplir su mandamiento
La plata del erario no es bastante,
Que desocupen todos los graneros,
Y el trigo vendan para hacer dineros.

LXIX.

La liberalidad agradecieron
El Fifolgel y ſus ſoldados Piojos,
Y ellos ſolos la paga no quiſieron,
Que el nombre al parecer les daba enojos:
Reſponden todos, que à ſervir vinieron
Al Rey, ſin interés, ni por deſpojos,
Y eſto de darles paga mal les ſuena,
Por ſer coſa que ſuele darles pena.

LXX.

Dieronſe por el campo mil pregones
En alta voz de beſtias vocingleras,
Que mandaba el Mirnuca à las naciones
De la feróz hormíga, y foraſteras,
Que ſacaſſen al campo ſus pendónes,
Y puſieſſen por orden ſus hiléras,
Porque à la voz de la trompeta y parche
La gente de acaballo y de à pié marche.

LXXI.

Yá vá marchando la feróz caterva,
Moviendo al ſon del atambór el paſſo,
Dexando con los pies de verde hierba
El ſuelo antes cubierto, entonces raſo:
Yá al hado iniquo, y à la ſuerte acerba,
A contraria fortuna, y infeliz caſo,
Lleva tan grande máchina ſujeta
El áire de la caxa y la trompeta.

LXXII.

Pero qué temeraria muchedumbre
Vecino el ſuelo del hormíga piſa,
Que el polvo ſube à la ſuprema cumbre,
Y quien lo cauſa ſe avecina apriſa?
Quien le perturba al Sol ſu hermoſa lũbre,
O qué fiera caterva ſe diviſa,
Que al Sol y al ſuelo ſu camino cubre,
Y entre nubes de polvo ſe deſcubre?

LXXIII.

Mas yá el ruido manifieſta cierto,
Que yá à la viſta el enemígo tiene
El un campo y el otro deſcubierto,
Y que uno vá à buſcarle, y otro viene:
Traze, que es tiempo, el capitan experto,
Lo que mas à ſu exército conviene,
Que yo me voi mientras lo ordena y traza,
A vér las calles, y curſar la plaza.

Fin del Canto ſeptimo.

LA MOSCHEA.

CANTO OCTAVO.

I.

PAssó la fuerza del ſoberbio grito,
Envuelto el áire ſuyo en polvo ſeco,
Sobre las triſtes ondas del Cocíto,
Dando en peñaſcos del infierno el eco:
El padre del exército precíto
En ſu palacio tenebroſo y hueco
Le oyó, y tambien quando la cauſa ſupo,
Grande fué el gozo que en ſu pecho cupo.

II.

Alegre dixo à un diablo pequeñuelo,
(Su paje por ventura) al viento vano,
Tiende Demónio tu ligero vuelo,
Y buſca por los áires à Vulcano:
A Lypara camina, que rezelo,
Que alli los rayos fragua, que mi hermano
A los gigantes atrevidos tira,
Quando rebeldes ſus intentos mira.

Di-

III.

Dile que al fuerte Esterope al instante
Dexe que importa de su fragua el cargo,
Sin que excusa ni causa sea bastante
Para poner à su venida embargo:
Porque à todo el infierno es importante
La suma brevedad, la qual le encargo,
Que se disponga, y baxe al punto mismo
Á vér mis entresuelos del Abysmo.

IV.

No aguardó el diablo chico à que su intento
Diga Plutón dos veces, que à la una
Atrás dexó su ligereza al viento,
Y allá se puso sin tardanza alguna:
Hallóle, y quiso luego el pensamiento
Decirle de Plutón, y como à una
Sonaba tanto estrépito y martillo,
Ni el diablo pudo hablar, ni el otro oillo.

V.

Sacóle afuera, y dixo que le llama
De prisa el Dios Plutón, que luego venga,
Y encomiende sus obras, fragua y llama,
Sin que excusa le dé que le detenga:
Oyó el mensage el negro herrero, y brama
Porque la pierna coxa entonces tenga
De manera, que no pueda tan presto
Vér de su Rey el formidable gesto.

VI.

Pero luego ſin mas inconvenientes,
Con el martillo que tenia en la mano,
Tenazas y los otros adherentes,
Tomó el camino con el diablo enano:
No quiſo deſpedirſe de ſus gentes,
Que ſabe bien el infernal Vulcano,
Que tiene dél neceſsidad preciſa
Plutón, quando le llama con tal priſa.

VII.

Y obedeciendo en todo el Dios herrero,
Paſſó diſsimulando la congoja,
De no darle lugar à ſer ligero
La falta grande de ſu pierna floxa:
Y acompañando al diablo menſagero,
Arraſtrando llegó ſu zanca coxa,
Donde con una y otra reverencia
Habló à Plutón, y ſu infernal preſencia.

VIII.

Qué es lo que el Rey de la region obſcura,
(Dixo Vulcano) manda en ſu ſervicio?
No eſtá la carcel infernal ſegura
De algun enorme daño ò maleficio?
Mete Phebo por dicha ſu luz pura
En el infierno por algun reſquicio?
O qué nueva invencion es la que traza,
En que le dé ſu ayuda mi tenaza?

Nin-

IX.

Ninguno (habló Plutón) mi Reino altera,
Sin que tema el castigo con su daño,
Y nunca Phebo por su quarta esphera
Ha visto el Reino de su luz extraño:
Nadie quebrantará mi carcel fiera,
Que mientras ocuparen el escaño
Minos el fuerte, Eaco, y Radamanto,
No le alcance la pena del quebranto.

X.

Mas he querido que en persona vengas,
Viendo lo mucho que de ti confio,
Para que parte de contento tengas
En las cosas que son del gusto mio:
Y quiero con tu industria, que prevengas
La barca grande de Acheronte el rio,
Que como yá ha que sirve tantos años,
Temo de su vejéz algunos daños.

XI.

A las riberas de Acheronte parte,
Donde el viejo Charon continuo habita,
Que es quien las almas desde la otra parte
En su barca al infierno precipita:
En su seguridad emplea tu arte,
Sus junturas y cóncavos visita,
Y à sus resquicios pon remedio en suma,
Si por ellos el agua se trazuma.

XII.

Esto es lo principal que se te encarga,
Volando à sus riberas te avecina,
Y manda que te lleven una carga
De clavos, pez, estopas, y resina:
Adoba el seno de la barca larga,
Adonde tanta máchina camina,
Que han de passar por ella tantas gentes,
Que al número no igualen los vivientes.

XIII.

Dale al barquero las saludes mias,
Y dile que me importa en todo caso,
Que vele en mi servicio por seis dias,
Trillando aprisa del infierno el passo:
Que por las ondas de Acheronte frias
Revuelva, y torne su ligero vaso,
Que muchas almas de los cuerpos muertos
Han de pisar los infernales puertos.

XIV.

Y que si se cansare, como temo
Mas de su edad, que de su buen intento,
Y no pudiere al uno y otro remo
Apresurar el lento movimiento:
Que al llegar de las aguas al extremo,
Del cansancio me avise, que al momento
Haré que al duro ministerio acuda
La turba Graphicana à darle ayuda.

Des-

XV.

Despues te parte, y al infierno adentro
Por entre sombras lóbregas te mete,
Hasta llegar adonde junto al centro
Se esconde de las furias el retrete:
En viendote llegar saldrá al momento,
Erizando el cerastico copete
La furia Aleto, con el torbo zuño,
Apretando serpientes en el puño.

XVI.

Di que de sus furóres se revistan
Ella y sus dos hermanas, y que luego
En mi presencia todas tres asistan,
Sembrando por sus ojos vivo fuego:
Porque conviene que con él embistan
Un exército loco, y otro ciego,
De rabia entrambos, de codicia impressa,
Que los harán de mis Demónios presa.

XVII.

Por entre nieblas de sulphúrea brasa
De las fieras Eumenides prolixa,
Dexa el albergue obscuro, y à vér passa
Del Erebo y la noche las tres hijas:
Cercada está su tenebrosa casa
De infinitas y fieras sabandijas,
Y ellas cortando las vitales hebras,
Entre víboras pardas, y culebras.

XVIII.

Di que las ſombras de ſu albergue dexen;
Y à verme al miſmo punto ſe aperciban,
Y los crudos aceros aparejen,
Con que à la gente de la vida privan:
Y qué me importa que de aqui ſe alejen,
Porque han de hacer que en el infierno viva
Un infinito de almas, que ſus filos
Han de enviar à los Tenareos ſilos.

XIX.

Y ſi el acero que el vivir impide,
Con que la fiera parca parte y corta
El eſtambre vital, y le divide
Del cuerpo, y al infierno le tranſporta:
Si mas agudo acaſo el filo pide,
Que ſe le dé tu induſtria y arte importa;
Y aſsi en tu muela ſu rigor afila,
Y corte al paſſo que Lacheſis hila.

XX.

Entra deſpues por el eſpacio bruno,
Y de uno en otro lóbrego apoſento
Llama à todos los diablos, ſin que alguno
No ſienta el ronco ſon de tu inſtrumento:
Di al exército negro y importuno,
Que à mi palacio vengan al momento,
Aunque de atormentar las almas dexen,
Que harto tiẽpo les queda en que ſe quejen.

Di-

XXI.

Dixo el padre infernal, y al mismo instante
Que el labio cierra, vuela el mensagero
Por el camino lóbrego adelante,
Que aunque perniquebrado vá ligero:
Llega en los áires donde el navegante
Charon habita el infernal barquero,
Y visita el espacio de su barca,
Aleto, y las tiseras de la parca.

XXII.

Baxa à las salas, y al profundo interno,
Y arrima con dos manos à su boca
El vil remate del revuelto cuerno,
Y llamando à los diablos con él toca:
Sintió la voz el temerario infierno,
Con que la turbamulta se convoca,
Y ván à vér su Rey y señor sumo,
Envueltos entre niebla negra y humo.

XXIII.

Vino de todos ellos el primero
El consumido y pálido Marmota,
En un perro soberbio caballero,
Con cuya larga cola el anca azota:
Libicoco tras él llegó ligero,
Que llamas vivas por los ojos brota,
Diciendo en voces de espantables truenos,
Qué quiere el Rey de los Tartareos senos?

So-

XXIV.

Sobre un Cabrón el fiero Barbariza
Por el camino del infierno trepa,
Que en barba y cuernos de ſu faz meſtiza,
La del Cabrón que lleva no diſcrepa:
Siguele el furibundo Dragoniza,
Con geſto y zancas de eſpantable Nepa,
Y tras ellos el fuerte Malabranca,
Con uña larga, mas que el Nepa zanca.

XXV.

Rompiendo ván el lóbrego camino
Con alas de murciegalos ligeros,
Los dos demónios Taratér y Alchino,
Atropellando por llegar primeros:
Tras ellos luego denodado vino
Malataſca el hinchado, echando fieros,
Llevando de culebras el copete,
Y en la traſera el fuego de un cohete.

XXVI.

Trillan el Reino del Eſtige, y Dite,
El ſoberbio Acharón, y Rubicano,
Con hachas encendidas de alcrebite,
Que entrambos llevan en la dieſtra mano:
Y hediendo à algun peſtífero Mephyte,
Sigue las dos antorchas Graphicano,
Y luego el eſpantable Eſtizaferro,
Con ſu geſto infernal maſcando hierro.

Re-

XXVII.

Retumba en los profundos calabozos
La voz del cuerno horrenda, y ſe deſpuebla
El ſótano infernal y obſcuros pozos,
Que la caterva de los diablos puebla:
Ceſſaron los aullidos y ſollozos
De las almas, en tanto que entre niebla
Denſiſsima y eſpeſſo torbellino,
La endemoniada gente vá al camíno.

XXVIII.

El geſto que al infierno atémoriza
Saca furioſo, y la tricorne frente,
Y el tuerto garabato, con que atiza
Los vivos fuegos à la preſa gente:
El fiero Satanás, que la ceniza
Que el bulto le cubrió de llama ardiente,
De ſu cuerpo phantaſtico ſacude,
Y à vér el roſtro de Plutón acude.

XXIX.

Saca el Dragón Behemoth los encendidos
Ojos, que al miſmo infierno repreſentan,
Y por la boca horríſonos bramidos,
Que à los demónios con ſu furia ahuyentá:
Las voces, el furór, y los aullidos,
Los perverſos eſpiritus aumentan,
Que el ronco cuerno de Vulcano ſaca,
Con grito triſte de la ſombra opaca.

Què

XXX.

Qué quiere el Rey de los Tartareos ſenos?
Salian diciendo de los quartos baxos
Los Demónios de fuego y rabia llenos,
De condenadas almas eſpantajos:
Salió ſembrando aconitos venénos,
Envueltos en cerúleos eſpumajos,
El fiero Beliál, beſtia ſin yugo,
De pecadóras ánimas verdugo.

XXXI.

Beelcebuth con ſu cara horrenda y fea,
Y con la horca en forma de bidente,
Del fuego de la obſcura chimenéa
Tambien ſalió con la endiablada gente:
Y ſacando la voz eſtentoréa,
Que en ſu ſilla infernal Plutón la ſiente,
Dixo à los diablos de la luz ajenos,
Qué quiere el Rey de los Tartareos ſenos?

XXXII.

Con cuernos de Carnero en ſu cabeza,
Y de culebras pardas la pretina,
Sale Aſtaroth, y à caminar empieza,
Donde el furór diabólico camina:
Con gritos cauſadóres de triſteza
Vá entre la chuſma míſera y mezquína,
Diciendo en voz de lamentables trenos,
Qué quiere el Rey de los Tartareos ſenos?

La

XXXIII.

La enſortijada cola deſenroſca
La beſtia con ſus ſilvos importúna,
El fiero Leviatán, ſerpiente toſca,
Criada en la mortífera laguna:
Echa veneno por ſu viſta foſca,
Mas que la ſombra del infierno bruna,
Sacando de ſu boca la lengüeta
En heridóra forma de ſaeta.

XXXIV.

Farfarelo, Folleto, y Sulphonéo,
Tambien ſalieron como furia loca,
Cubriendo el roſtro abominable y feo
El humo que les ſale por la boca:
El homicida y bárbaro Aſmodéo,
A la tercera vez que el cuerno toca
Vulcano, ſale como herida furia,
Caſtigando de un Ximio la luxuria.

XXXV.

Sale à la voz tambien tras todos ellos,
Con mas horrenda y monſtrua catadura,
El que entre los eſpiritus mas bellos
Tenia aventajada la hermoſura:
Erizados ſacando los cabellos
Rubios un tiempo, mas que lumbre pura;
Que ahora ſon de abraſadóra lumbre,
De tormento perpetuo y peſadumbre.

XXXVI.

El principe Luzbel, que el nombre ſolo
Le quedó de la gloria que tenia,
Quando de mas altura que del Polo
Le derribó ſu pérfida oſadía:
El padre al fin de la mentira y dolo,
Con ſu lucida en fuegos compañia,
A voz del cuerno triſte que los llama,
Salen veſtidos de ſu eterna llama.

XXXVII.

Lleva el ſoberbio principe una eſquadra
De infernales miniſtros de la muerte,
Con el Trifauce, que à ſu lado ladra,
Y por tres bocas la ponzoña vierte:
Con el ſalieron de la obſcura quadra
Minos, Eaco, y Radamanto fuerte,
Que los tres jueces ſon de ajenas faltas,
Con cuernos altos, y con varas altas.

XXXVIII.

Pero ningunos cuernos mas eſpantan,
Que aquellos grandes del Cretenſe Minos,
Que ſobre los mas altos ſe levantan,
Y tras de ſer mas largos, ſon mas finos:
Eſtos, ſi las hiſtorias verdad cantan
De Dédalo y ſus hechos peregrinos,
La adultera Paſiphe ſe los puſo,
Cuernos del Toro de ſu horrendo abuſo.

En

XXXIX.

En formas de diabólicos disfraces
Tras el principe salen mil Chimeras,
Mil Celenos immundas y voraces,
Mil Scylas, y Caribdis vocingleras:
Mil Sphinges burladóras y falaces,
Fieras sin forma, y multiformes fieras,
Gorgonas, Poliphemos, Geriones,
Sirenas, Faunos, Hydras, y Pytónes.

XL.

La diabólica chusma llega y para,
En viendo el throno de infernal respeto,
Y del rico Plutón la negra cara,
A quien el duro infierno está sujeto:
El fiero conciliabulo repara
A vér del Rey el tremebundo aspecto,
Que daba muestras, no de enojo y pena,
Gran novedad, y del infierno ajena.

XLI.

Hórrida Magestad, fiereza grave,
Severidad diabólica le adorna,
Y siendo tal, disimular no sabe
Lo que en menos rigór su furia torna:
Mira la sala, que de pies no cabe,
Y sin usar de gravedad la sorna,
Sacó la ronca voz de su garganta,
Voz con que à veces el infierno espanta.

XLII.

Ahora ſi, demonios, que publíco
Mi riqueza ſin ſuma, y mi ganancia,
Ahóra ſi podreis llamarme rico,
Que lleno de almas la infernal eſtancia:
Yá de mi buena dicha os certifico,
Y ahora importará la vigilancia
Vueſtra, apretando los Tartáreos ſenos,
Que ſe han de vér, amigos, de almas llenos.

XLIII.

Oy q̃ el Zẽzalo, Hormíga, Moſca, y Chinche,
Tábano, Piojo, Mirmilion, y Araña
Los calabozos infernales hinche
De almas de cuerpos muertos en campaña:
Bien es que cada diablo parta y trinche
Sus eſtancias y quartos, y con maña
Sus apoſentos lóbregos diſpongan,
Y en nueva pena al nuevo hueſped pongan.

XLIV.

Comiſsion nueva doi à mis tres jueces,
Que el ſótano infernal deſembaracen,
Y para caſo tal tengan mis veces,
Las cauſas oigan, y las penas tracen:
Y mando à los eſpiritus ſoeces,
Si lo que mandan ellos tres no hacen,
Que en vil deſtierro del infierno penen,
Y en diez años de zelos les condenen.

XLV.

Todo diablo feróz ſe mueſtre liſto,
Y à cada uno ſe le dé ſu cargo,
Porque tiene de vér lo que no ha viſto,
Deſde el principio de ſu tiempo largo:
Al uno y otro pueblo que conquiſto,
En ſus ſenos reciban, que me encargo
De darle al diablo que mejor lo haga,
Del negro infierno lo mejor por paga.

XLVI.

Y para que no tenga por diſculpa
El no tener que hacer en tanta hacienda,
Y del pecado, negligencia, y culpa,
De ignorancia la excuſa no pretenda:
En ſu memoria mi razón es culpa,
Sin que ſe excuſe alguno que no entienda,
Y ſepa el orden que le doi que ſiga,
Para que con mi intento ſe proſiga.

XLVII.

Rubicano y Alchino en el arena
Del rápido Acheronte eſtén atentos,
Quando Charonte trahe la barca llena,
A poblar los obſcuros apoſentos:
Y ellos las almas à la dura pena
Remitirán con ímpetus violentos,
Y Barbariza, y Graphicano quiero,
Que ayuden al decrépito barquero.

XLVIII.

Las locas furias con estruendo passen
A vuelo, no aguardando el de la barca,
Y en vivo fuego de rencór abrasen
Al Moschino y Hormígena Monarcha:
Sus pechos emponzoñen y traspassen,
Y prevengan de modo que la Parca,
Solo en passando los agudos filos,
Dexe cortados los vitales hilos.

XLIX.

Al Cancerbero horrible se cometa,
Porque esto no es razón que se le quite,
Pues es perro trifauce, que arremeta,
Y al natural del perro en esto imite:
Y por su angosto trigaznate meta
Al Reino obscuro del soberbio Dite
Todas las almas de las Moscas muertas,
Siendo sus bocas del infierno puertas.

L.

Perezca alli la gula de su pecho,
Y aquel torpe vivir à sus anchuras
Halle angosto camíno en el estrecho
Del Can, pena debida à sus locuras:
Esta es sentencia justa, y de derecho,
Y à su rigór conformes desventuras,
Paguen los besos que à las damas dieron,
Quando atrevidas sin verguenza fueron.

LI.

Vaya Aſtaroth, y en las Hormígas haga
Aquello miſmo que con ellas hace
El Oſſo montañés, que ſe las traga,
Siempre que hambrieto por los mõtes pace:
Su eſtómago de hormígas ſatisfaga,
Pues él de ellas jamás ſe ſatisface,
Siendo un vientre miniſtro de juſticia,
Del otro que lo fué de la avaricia.

LII.

Que no es bien que eſta vil ſe enſoberbezca,
Y deſcubiertamente al mundo diga,
Que guſta mucho que en hurtar padezca,
Quando huelga la Moſca ſu enemiga:
Perezca, digo, eſte animal perezca,
La ſuerte de la Moſca haya la Hormíga,
A las dos por extremos las condeno,
Pues ſolo el medio entre las dos es bueno.

LIII.

Las luxurioſas Pulgas Aſmodéo
En las obſcuras carceles eſconda,
Y él à ſu vicio abominable y feo
Con iguales caſtigos correſponda:
De la caterva Pulicina arréo,
Inquieta, luxurioſa, y hedionda,
Del índice y el pólice en ſus yemas
Tengan caſtigo ſus ſoberbias temas.

LIV.

Del fiero Leviatán será el camino
El hondo espacio que su vientre tiene,
Por donde se entre el género Moschino,
Que à vér las penas del infierno viene:
Esta caterva que al olór del vino
En los cóncavos frescos se entretiene,
Del fiero Leviatán el vientre tenga,
Porque no siempre en fresco se entretenga.

LV.

La plaga Zenzalina, que persigue
Con inaudito género de enojos
A los mortales que en los campos sigue,
Entrando sin temór por boca y ojos:
Dragoniza sus ímpetus mitigue,
Y al tiempo que se abrieren los cerrojos
De la infernal y temeraria puerta,
Alli se plante con su boca abierta.

LVI.

Tenga correspondencia y semejanza
La pena à su delito cometido,
Y echen de vér, que con igual balanza
Justo castígo à su pecado mido:
Dragoniza execute la venganza
Del grande atrevimiento que han tenido,
Y dentro de su estómago se metan,
Será la última vez que tal cometan.

El

LVII.

El hinchado Behemoth la beſtia fiera
A la caterva de la Chinche immunda
Prevenga del infierno una caldera,
La que fuere mas cóncava y profunda:
En ella ſu aſqueroſa viſta muera,
Y entre ſus aguas infernales ſe hunda,
Y alli ſu mal hedór bullendo acabe,
O del hedór peſtífero ſe lave.

LVIII.

En poder de Behemoth el hedór purgue,
Si el diablo de ſu olór no ſe deſdeña,
Y Tarater de la caldera urgue
Los fuegos, y Folleto trahiga leña:
El infierno Acharón furioſo expurgue,
Porque ſi alguna Chinche aunque pequeña
Entre los diablos mal oliendo queda,
No habrá demonio que ſufrirla pueda.

LIX.

Las almas de los crudos Mirmiliones,
Que haſta en ſus camas à la gente inquietã,
Levantando en las carnes los chichones,
Que por chupar la ſangre las aprietan:
Eſta caterva infame de ladrones
En los últimos cóncavos ſe metan,
Teniendo à Beliál por carcelero,
Que no les dexe abierto un agujero.

LX.

El fiero Satanás en las entrañas
Lóbregas del infierno, donde habita,
Meta de las indómitas Arañas
La caterva zancúda y infinita:
Y para ſus diabólicas marañas
Haga à la chuſma bélica y maldita,
Que nuevas redes con las ſuyas tracen,
Porque con ellas nuevas almas cacen.

LXI.

Al cruel Malabranca ſe cometan
Los Piojos, fruta vil de galeótes,
Y eſpecial los ſacrílegos, que inquietan
Haſta los eccleſiaſticos cocotes:
Deſtos que las cabezas no reſpetan,
Aun de los miſmos ſummos Sacerdotes,
Malabranca juntando uña con uña,
Las anchas pieles de ſus cuerpos bruña.

LXII.

Beelzebuth el furioſo, que conſiente,
Sin que por ello ſe deſdeñe y brame,
Llamarſe padre deſta ſucia gente,
Y que la Moſca infame ſe lo llame:
Allá en ſus calabozos atormente
A ſu albedrío el Tabaniſmo infame,
Y ſu ſoberbia indómita caſtigue,
Sin que el llamarle padre à amor le obligue.

LXIII.

A Lucifer tambien se le reserva
Del despojo sin par que se reparte,
De melifluas Abejas la caterva,
Que es entre todas provechosa parte:
Y aqui castigará con pena acerba
El modo extraño, y el oculto arte
De que sola sus fábricas fabrique,
Sin que el como à las gentes comunique.

LXIV.

Y lo que con castigo riguroso
Es mas justo que paguen bestias tales,
Sin que con ellas pueda ser piadoso
Alguno de los monstruos infernales:
Es porque viendo su panál sabroso,
Tan grato al paladar de los mortales,
En quanto con su maña hacer pudieron,
En asco su dulzura convirtieron.

LXV.

Antes del tiempo antiguo de Aristéo
Formaban estas (no en oculto vaso)
Patente à todos el panál Hybléo,
De amargo mas que de dulzura escaso:
Bien pudiera à medida del deseo
El Osso (si le huviera) à cada passo,
Entonces libre remediar su hambre,
Sin dár la muerte al labradór enxambre.

LXVI.

Marchitaban entonces los colores
A la hermoſura que el romero arroja,
Atrevidas chupando de las flores
El oloroſo xugo, y de ſu hoja:
Y de ellas los puriſsimos liqüores
De la miel eſtimable, dulce, y roxa,
Con ſu boca la Abeja iba labrando,
Artificioſos cóncavos forjando.

LXVII.

Era patente la hermoſura bella
Del ſabroſo panal à quanta gente
Habia en el mundo, y envidioſa ella,
Peſandole que fueſſe tan patente:
A la Deidad divina ſe querella
Del ſummo altitonante omnipotente,
Que no conſienta que los hombres tomen
Su dulce miel, que ſin trabajo comen.

LXVIII.

Oyó en el Cielo el lamentable ruego
El Dios que el orbe univerſal compuſo,
Y fueles tan benévolo, que luego
Defenſa y caſa à los enxambres puſo:
Sacó de un Alcornoque un vaſo ciego
Para el melifluo miniſterio y uſo,
Donde la Abeja ſus panales guarde
Del ladrón, à quien hiera y acobarde.

LXIX.

Y por defenſa del liqüór ſuave,
Y para que ninguno ſe le atreva
A robar lo que ſola labrar ſabe,
Con que las bocas à los Dioſes ceba:
Dióle (don ſingular) la eſpada à la ave,
Que dentro de ſu cola oculta lleva,
Con que eſtocadas à las gentes tira,
Y del ſecreto cóncavo retira.

LXX.

Siempre el divino Júpiter propicio
Se moſtró à las Abejas, en memoria
Del alimento en ſu niñéz, indicio,
Y pronoſtico claro de ſu gloria:
Mas deſpues en humano beneficio
Forma y manera reveló notoria
Al Arcadio Ariſtéo, que el primero
Fué deſde aquellos tiempos colmenero.

LXXI.

El fué el primero que à la humana gente
Les enſeñó para coger el fruto,
El modo y lugar proprio y conveniente,
Donde pueda labrar el pueblo aſtuto:
Deſde aquel tiẽpo antiguo, haſta el preſente
Han llevado los hombres el tributo
Por arte y maña de la Abeja eſcaſa,
Por taſſa dando, lo que dió ſin taſſa.

Lle-

LXXII.

Llegaron al instante à las orejas
De la madre común naturaleza,
De todos los quadrupedes las quejas,
En llanto envueltas, y mortal tristeza:
De escasas acusaron las Abejas,
Pues lo que ella les dió con tal largueza,
Para que fuesse principal sustento,
No es yá para la boca del jumento.

LXXIII.

De alli el refrán se derivó sin duda,
Que está tan extendido por España,
Y la madre comun suspensa y muda
Quedó à las quejas, y encendida en saña:
Entonces ella con enojo muda,
Contra la astucia y cautelosa maña,
De las Abejas los efectos varios,
Haciendo ser à su intencion contrarios.

LXXIV.

Trocó en su espada cortadóra y fuerte
Los temerarios filos, de manera,
Que quien pensó con ella dár la muerte,
Hace con ella, que ella misma muera:
Y contra el vaso donde esconde y vierte
La dulce miel en cóncavos de cera,
Produxo el Osso, entre otros animales,
Muerte suya, y ladrón de sus panáles.

Mi-

LXXV.

Mirad con tales cosas, si hecho tiene,
Esta de sus liqüores avarienta,
Causas por donde eternamente pene,
Y igual castigo su avaricia sienta:
Y à ser mayor su gran delito viene,
Que no con esto solo se contenta,
Pues con fin de que el hombre no comiera
Su liqüór, lo vertió por la trasera.

LXXVI.

A la crueldad de Lucifér se dexe
Dár à tan malas gentes el castigo,
Que yo asseguraré, que no se queje,
Que no venga su agravio el enemigo:
Y otros crudos tormentos apareje,
Porque tambien ha de llevar consigo,
Donde execute su furór y saña,
Los tercios fuertes, que produce España.

LXXVII.

La soberbia de Arjona, y la Manchega,
Exercitada gente en hacer robos,
Cuyas crueldades el Rocín reniega,
Causa de sus carreras y corcobos:
A su furór indómito se entrega,
Con los hambrientos y feroces Lobos,
Que en su provincia caluroſa cria,
Murcia, con la soberbia Andalucía.

LXXVIII.

Y pues los diablos principales tienen
Repartida entre sí tan grande hacienda,
Y tales Indias al infierno vienen,
Vaya cada demonio por su senda:
Mis jueces integérrimos condenen
Al diablo chico ò grande que no entienda
En algo del loable ministerio
De llenar desta gente el negro Imperio.

LXXIX.

Y si para negocios semejantes
Algun demonio grande no se siente
Con aliento ni fuerzas tan bastantes,
Ni con denuedo al caso competente:
Diablos tiene el infierno extravagantes,
Llamen para el efecto desta gente,
Que apenas lo sabrán, quando sin duda
Todos vendrán à ser diablos de ayuda.

LXXX.

A Acheronte que el agua transparente
Desde su cueva obscura señorea,
Y de hojas negras la arrugada frente
Con espacioso círculo rodéa:
Farfarelo, con passo diligente,
Y con palabras qual requiere, sea
El que à notificarle se despache,
No altere sus crystales de azabache.

Què

LXXXI.

Que no ſaquen ſus Nymphas la cabeza
Nadando por ſu negro y ancho lago,
Si quieren vér ſu Ethiope belleza
Libre y ſegura de atrevido eſtrago:
Que por ſus triſtes ondas ſe endereza
Gente al infierno, que darán el pago
A qualquier Nympha, ſin eſtár ſegura
De luxurioſo beſo, ò picadúra.

LXXXII.

Aqui ſubiendo de la voz un punto,
Plutón à los eſpiritus feroces
Dixo, yá turba bárbara barrunto,
Que en la memoria vueſtra ván mis voces:
Ea pues potencia del infierno junto,
Cuidado en prevenir, partid veloces,
Demonios de los lóbregos abyſmos,
Idos voſotros con voſotros miſmos.

LXXXIII.

Eſto el padre infernal dixo, y atentos
Los ſoberbios demónios eſcucharon,
Y con la alegre novedad contentos,
Señales ciertas de placer moſtraron:
Y apenas puſo fin à los accentos
Plutón, quando los ſuyos comenzaron
Diciendo, que ſe hará ni mas ni menos,
Que quiere el Rey de los Tartareos ſenos:

LXXXIV.

Al punto Eaco, Radamanto, y Minos
Dexaron los Plutónicos umbrales,
Y luego del infierno los caminos
Trillaron los miniſtros infernales:
Pero yá los cabellos ſerpentínos
Meguera vá arrancando, y las fatales
Tiſeras ſaca yá la Parca fiera:
Alto à vér el eſtrago deſde afuera.

Fin del Canto octavo.

LA MOSCHEA.

CANTO NONO.

I.

ENtre las cosas que el celeste espacio
Encierra de mas obra y maravilla,
Es la Ciudád, Metrópoli, y Palacio,
Adonde tiene Júpiter su silla:
Adonde el tiempo vuela tan despacio,
Que ajena voluntad su passo humilla,
Y de sus tiempos dexa solamente
Sin futuro y preterito el presente.

II.

Alli donde los años no envejecen
Las cosas que los Dioses produxeron,
Porque siempre perpetuas permanecen
En el felíz estado que les dieron:
Alli las bellas quadras resplandecen
Del edificio grande que emprendieron,
Adonde consumieron dos Deidades
El oro y plata de sus dos edades.

III.

Saturno en tiempo de la edad de oro,
Quando tuvo ſujeto à ſu ſervicio
El Reino celeſtial, gaſtó un theſoro
En comenzar el ínclito edificio:
Pero deſpues que al paternal decoro
Júpiter ſe atrevió, ſu maleficio
De condenar al padre à vil deſtierro,
Truxo la edad de plata, y la de hierro.

IV.

Entonces los finiſsimos metáles,
Aunque no tales, ni de tanta eſtíma
Como el primero, fueron materiales,
Para la obra de los Cielos prima:
Las rocas le ofrecieron ſus cryſtales,
Dióle el Oriente ſu riqueza opíma
De finas piedras, y las ſuyas Paro,
Y el artífice Creta en obras raro.

V.

Dédalo dió la traza, y mil maeſtros
Entre infinitos dellos hacian raya,
Por ſer los mas famoſos y mas dieſtros
Entre quantos ſe hallaron en Vizcaya:
Que deſto dotó Júpiter los nueſtros
De Europa, pues no hai parte donde vaya
Su ingenio, que no cobre nombre rico,
Yá que no por ſu lengua, por ſu pico.

Con

VI.

Con eſtos el artífice de Creta
Tanta ſolicitúd en la obra puſo,
Que en poco tiempo la dexó perfecta,
Y de ſu ingenio à Júpiter confuſo:
Alli el palacio del mayor Planeta
Con tan grande artificio ſe diſpuſo,
Que el Corintho edificio alli echó el reſto;
El Jonio, Toſco, Dórico, y Compueſto.

VII.

Sobre colunas dos de plata fina,
Y de oro puro, capitél y baſa,
La portada ſoberbia y peregrina
Se funda de la hermoſa y grande caſa:
Cada coluna ſu largúra empina
A quince codos, y de quince paſſa
Con baſa y capitél, guardando en todo
Módulos juſtos de architecto modo.

VIII.

De la portada en la ſoberbia altúra
De bronce duro ſe diviſa y mira
Del Dios altitonante la figura,
Quando los rayos à la tierra tira:
Es tan al natural ſu propria hechúra,
Repreſentando ſu furór y ira,
Que ſi alguno la mira, en ſu ſemblante;
Se vé patente el miedo del Gigante.

IX.

Dos Carbuncos disparan rayos puros
De vivo fuego por sus grandes ojos,
Que puesto parangón, quedan obscuros
Del alumbrante Sol los rayos roxos:
El fuerte brazo que dexó seguros
De ser del Serpentigena despojos,
A los Dioses santisimos empina,
Que vivo el rayo al parecer fulmina.

X.

Portada en suma de la casa, adonde
Júpiter tiene su morada y silla,
A cuya traza su hermosura esconde
Del mundo la mas alta maravilla:
A quien porque en la traza corresponde
La casa de los Reyes de Castilla
Del nombrado Escurial, la fama alaba,
Y llama (y bien) la maravilla octava.

XI.

Tanto la altúra de la tierra dista,
Que si no es con grandisimo trabajo,
(Si alli pudiera haverle) humana vista
No viera el alto desde el suelo baxo:
Porque no hai vista humana, que resista
La viva lumbre que de arriba abaxo
Echa de sí continua el edificio,
Por cornija, architrave, y frontispicio.

XII.

De hermoso jaspe las paredes bellas
En quatro torres fuertes se rematan
De pórfido, que junto à las estrellas,
Del chapitél las puntas se dilatan:
Cien ventanas se miran, que por ellas
Los Dioses graves que las causas tratan
De los mortales, miran y tantéan,
De cuyas causas los efectos sean.

XIII.

Por el espacio del zaguan se passa,
Y desde él (es larguissimo) se mira
El pórtico ò el patio de la casa,
Obra que al arte y la riqueza admira:
Alli el thesoro y el valór sin tassa
Cifrado está, donde la barra tira
De su saber el Cretico architecto,
Y el Cantábrico artífice perfecto.

XIV.

Entre colunas jónicas, que à trechos
Hermosos arcos sobre sí sustentan,
Se vén artificiosos antepechos
De blancas piedras, que al crystal afrentan:
Suben los sustentáculos derechos,
En cuyas cumbres y remate asientan
Arcos, que dán envidia al de los Cielos
Sus hermosas volutas, y listélos.

XV.

Las baſas, capitéles, pedeſtáles,
Liſtas, abacos, óvolos, y friſos,
Son de mil viſtoſiſsimos metales,
Que hacen diverſos y agradables viſos:
Las proporciones por extremo iguales,
Los vivos ſiendo en las colunas liſos,
Inſertos delicados collarinos,
Coronas, regoletos, y tondinos.

XVI.

De piedras finas de alabaſtro fuerte
El milagroſo patio el ſuelo enloſa,
Juntas con tal primor, y de tal ſuerte,
Que no parece ſino de una loſa:
En medio deſte ſus cryſtales vierte
Una hermoſa Perenne caudaloſa,
Echando por ſeis caños à porfía
El ſoberano Nectar, y Ambroſía.

XVII.

En eſte patio la divina gente
Los unos con los otros ſe paſſean,
Haſta que baxa el Dios omnipotente,
En cuya alegre viſta ſe recrean:
Paſſan de quadra en quadra diferente,
Cuyas paredes altas hermoſean
Telas, que para adorno de las ſalas,
Las recamó con ſus doncellas Palas.

XVIII.

Alli la Bibliotheca tiene abiertas,
Dando à quien quiere para vér la entrada;
De bronce duro las labradas puertas,
Riqueza entre los Dioſes celebrada:
Los libros con cadenas y cubiertas
De plata al parecer ſobredorada,
Adonde tienen por memoria eſcritas
De los Heroes hazañas infinitas.

XIX.

Alli eſtá la Baſilica, que es ſala
De ſuprema hermoſura y excelencia,
Que à la eſtrellada fábrica ſe iguala,
Y tiene con ſus luces competencia:
Eſtos ſon los eſtrados, que ſeñala
Júpiter à los Dioſes de ſu audiencia,
Obra que dexa à quien la mira abſorto,
Donde el primór y el arte queda corto.

XX.

Arrimanſe à la ſala diez eſcaños,
Que el deſnudo Pyracmon forjó y hizo,
Con primores magnificos y extraños,
Y todos de oro ſólido y macizo:
Alli los hados y futuros daños,
Y quanto la fortuna hizo y deshizo,
Júpiter à los Dioſes les publica,
Deſde ſu excelſo throno y ſilla rica.

XXI.

Esta admirable y milagrosa pieza
Está en cabeza de uno y otro choro,
Como adonde se sienta la cabeza,
A quien los Dioses miran con decoro:
Presentósela el Dios de la riqueza,
Por ser de mas estíma que el thesoro,
Que en sus venas riquísimas encierra,
De todo el Potosí la madre tierra.

XXII.

Su precio y su valor es inaudíto,
Por ser toda Diamantes, que à Vulcano
Trabajo le costaron infinito,
Haviendo de labrarlos por su mano:
Si no es à pura sangre de cabrito
Labrar estos Diamantes es en vano,
Y faltando de sangre grande copia,
Vulcano los labró con sangre propria.

XXIII.

En esta sala à Júpiter visitan
Los soberanos Dioses cada dia,
Que su regálo y gusto solicitan,
Siendo servirle su mayor porfía:
Todos por Rey y por Señor le gritan,
Y agradeciendo el Dios su cortesía,
Con amor los recibe, y en la sala
Acaricia los Dioses y regala.

Alli

XXIV.

Alli los Dioſes à tratar ſe juntan,
Y Júpiter ſus dudas ſatisface,
Por ſus antigüedades le preguntan,
Y él ſolo à todos reſpondiendo aplace:
Y ſi algunos entre ellos ſe repuntan,
Y enojo ò ira de ſus pechos nace,
Júpiter tiene de juzgar el cargo,
Y executa ſentencias ſin embargo.

XXV.

No ſe le dá à ninguno en ſu preſencia
Deidad, porque tan ſola ſu perſona
Es del Cielo la ſuma omnipotencia,
Que el cetro rige, y la Imperial corona:
El fulmina, caſtiga, y dá ſentencia,
Prohibe, manda, ſuelta, y empriſiona,
Y alguna vez de la Deidad les priva,
Y hace al rebelde que en deſtierro viva.

XXVI.

Y ſi acaſo los Dioſes de ira llenos
No le temen, à rabia ſe provoca,
Y furibundo manda que los truenos
Al Cielo alteren con ſu furia loca:
Que rompan los relámpagos ſus ſenos,
Y bolcanadas echen por la boca
De vivo fuego, y con el miedo quieta,
La caterva de Dioſes à él ſujeta.

XXVII.

Pero luego ellos miſmos dán la traza;
Como el furór de Júpiter ſe aplaque,
Y que el rayo detenga, que amenaza
En las alturas un ſoberbio baque:
A Ganimedes hacen que la taza
Llena de moſto celeſtial le ſaque,
Y en viendo al muchachuelo el Dios, y al vi-
Dexa el enojo y el furór mohíno. (no,

XXVIII.

Eſtando pues como era de ordinario
Toda la turba que el Olympo encierra
En el patio, un ruido temerario
A los Cielos ſubió deſde la tierra:
Sobreſaltóſe alli el concurſo vario
De los Dioſes, temiendo alguna guerra;
Y eſcapa apriſa el celeſtial concilio,
Implorando de Júpiter auxilio.

XXIX.

Temeroſos deshacen los corrillos,
Y procurando de llegar primero,
Vuela qualquiera Dios, aunque con grillos,
Que pone el mucho miedo, aũque es ligero:
Los Dioſes que eſpantados y amarillos,
Y amedrentados vió Júpiter fiero,
Con grande enojo que le trahigan pide
El furibundo rayo, y el Egide.

Quien

XXX.

Quien (dixo entonces) el Olympo altera,
Sin temór de mis fuerzas y mi rayo?
Quien, Celicolas ſanctos, en mi eſphera
Pudo meter el miedo y el deſmayo?
Muera el villano, el atrevido muera,
Pague la pena ſu inaudito enſayo,
Por la laguna eſtigia ſi me enojo,
Que le ha de conſumir mi fuego roxo.

XXXI.

Son por ventura los Gigantes eſtos,
Que cauſan vueſtro miedo repentino,
Como los otros en el centro pueſtos
Del alto Pelion, Oſſa, y Pachino?
Que ſi los eſpectáculos funeſtos,
Y el fiero rayo que ſobre ellos vino
Su ſoberbio furór no atemoriza,
Oy ſe verán reſueltos en ceniza.

XXXII.

Pero qué es eſto que improviſamente
El eſcabél del Cielo titubea?
Dadme, Dioſes, apriſa el rayo ardiente,
Aterraré la eſtirpe Gigantéa:
Armeſe toda la divina gente,
Muera la vil canalla, ſea quien ſea,
Pues contra nueſtra fuerza ſerà en vano
La del fiero Typhonte, ò Centimano.

Con.

XXXIII.

Con el eſcudo y la gorgonia embiſta
Contra el contrario eſtrépito Belona,
Mueſtre ſu Thyrſo Bacho en la conquiſta,
Y el arco ſuyo el hijo de Latona:
El bravo Alcydes denodado viſta
Sus fuertes miembros de la piel Leona,
Y empuñe la ſoberbia Molorchéa,
Y Marte deſenvaine la Romphéa.

XXXIV.

Un Dios entonces à los otros dixo,
Mirando en ellos el terrible eſpanto,
Ceſſe el débil temór vano y prolixo,
Y de las Dioſas el medroſo llanto:
Mejor ſerá que ſu eloqüente hijo
Envie ſin tardar Júpiter ſanto,
Y allá ſepa quien es la fiera turba,
Que el ſoſsiego à los Dioſes les perturba.

XXXV.

Júpiter dixo, eſtá mui bien que vaya,
Y haga en nueſtro ſervicio en hora buena
El hijo hermoſo de la bella Maya
Lo que el divino conſiſtorio ordena:
Y porque contra ſu Deidad no haya
Coſa mortal, que pueda darle pena,
Si la defenſa grave no rehuſa,
Lleveſe la cabeza de Meduſa.

Los

XXXVI.

Los Zéphiros, Mercurio, al punto llama,
Y calzate al inſtante los taláres,
Y en ſus ligeros vuelos te derrama,
Parte y viſita los terreſtres Lares:
Mira en Trinacria ſi el gigante brama,
Y por todas ſus partes y lugares
Si es el temor de nueſtros Dioſes mira
El fuego por ſu boca que reſpira.

XXXVII.

Y antes que dexes los ſulphúreos montes,
Y para dár la vuelta à las alturas
Con tus ligeras plumas te remontes
A la region de las eſtrellas puras:
A Pyracmon, Eſteropes, y Brontes,
Que en las fraguas eſtán del Ethna eſcuras,
Di, que à forjarme rayos ſe dén priſa,
Que dellos hai neceſsidad preciſa.

XXXVIII.

Toda la tierra ſin parar circunda,
Y en ſu redondo círculo examina
Quien levanta el tumulto y barahunda;
Que atemoriza la region divina:
Repara en qué ſu atrevimiento funda,
Que ha de cauſarles ſu total ruína,
Que ſi no ſon Gigantes, es ſin duda
Gente mas que ellos riguroſa y cruda.

Mi-

XXXIX.

Mira si son exércitos de Francia
Temidos por el ímpetu primero,
O si sale de Italia la arrogancia,
Llevando el viento su parlar ligero:
Repara si es la Esguizara jactancia,
O los Gascones en aspecto fiero,
O si Tudescos, gente dada al jarro,
Flamenco astuto, ò Español bizarro.

XL.

Los alados talónes mueve aprisa
El mensagero que del Cielo parte,
Los aires mansos denodado pisa,
Revolviendo la vista à cada parte:
Todo quanto en la tierra se divisa,
Seguro vió de riguroso Marte,
Oprimida la fuerza de Typhéo,
Y presos los cien brazos de Briaréo.

XLI.

Del tiznado Pyracmon vió desnudos
Los miembros, nuevos rayos fabricando,
De temple duros, y de punta agudos,
Castigo justo del soberbio bando:
Los ecos del marcial accento mudos,
Las gentes las cabezas coronando
De verde oliva, de la paz despojos,
Y las puertas de Jano con cerrojos.

Las

XLII.

Las alas libres por el aire suelta,
Con cara alegre, y espaciosa forma,
Los vuelos tiende, para dár la vuelta
Al sexto cielo, que su padre adorna:
Y apenas sube, quando mira envuelta
La zímica ribera en fuego, y torna,
Y mira entonces lo que no havia visto,
Admirase de verlo, y vuelve listo.

XLIII.

Ante el divino claustro se presenta
Con gran fatíga el mensagero alado,
Que en su pecho parece que revienta
Con tanta prisa el corazon cansado:
Pidele luego à Júpiter la cuenta
Del caso para donde fué enviado,
Que ha visto, que ha notado, como, y donde
Calla el que se la pide, y él responde.

XLIV.

Baxé à la tierra, visité la altúra
De los síciulos montes, cuyos senos
Sirven de carcel fiera y sepultúra
De monstruos vivos, de soberbia llenos:
Del coxo herrero vi la fragua escura,
Y vi con aires, y espantables truenos
De sus fuelles y horrísonos martillos
Forjar de aleves vidas los cuchillos.

XLV.

El Océano immenſo vi tranquílo,
Sin bullicio de guerra ni alboroto,
Y deſde el margen del Ethiope Nilo,
Haſta de Thule el límite remoto:
Vi por el mundo el acerado filo
En las entrañas de la váina boto,
Haſta que vi en las zímicas riberas
Lucir acero, y tremolar banderas.

XLVI.

En las ſutíles auras encubierto
Un campo largo à la redonda gyro,
Y quanto campo miro deſcubierto,
De dos campos cubierto atento miro:
Y eſtando yá de lo que quiſe cierto,
Mis vuelos de la máchina retiro,
Para contaros coſas tan extrañas,
Que las tendreis ſin duda por patrañas.

XLVII.

Del Rey Sanguileon la gente cruda
En orden, que era un número infinito,
Vi, y junto à ella para darle ayuda
El Mirmilion, el Tábano, y Moſchito:
En ſu contra la Araña vi zancúda,
La Chinche, Pulga, y Piojo, que el diſtrito
Dexaron de ſu tierra haciendo liga,
Por dár favór al Graneſtór Hormiga.

XLVIII.

Cada uno lleva una caterva immenſa
De gente armada, indómita y gallarda,
Que no hai en todos ellos quien no pienſa,
Que la victoria para sí ſe guarda:
Quedó en ſu viſta mi deidad ſuſpenſa,
Mi doctiloqua lengua muda y tarda,
De manera que caſi no me atrevo
A dár principio à lo que vi de nuevo.

XLIX.

Iba piſando el arenoſo puerto
La gente Moſca, y con furór marchando,
Quando à la viſta vieron deſcubierto
Todo el eſtruendo del contrario bando:
Dexaron todo el ancho mar cubierto
De naves ſueltas ſin patron nadando,
Que pudieran mejor que las de Eneas
Ser convertidas en marinas Deas.

L.

Y luego al miſmo punto que ſe vieron
Las fieras gentes de los dos caudillos,
Con truenos eſpantables ſalva hicieron,
Que pudo el Reino del eſpanto oillos:
Alli los campos ſin parar corrieron
Para tener repáro, à dos caſtillos,
Pueſtos el uno y otro frente à frente,
Para la gente Hormíga, y Moſca gente.

LI.

Yá que las fuerzas fueron descubiertas
De tanto infante armígero y ginete,
Corre el Sanguileon, y por cien puertas
Del un castillo sus soldados mete:
El Granestór tambien que miró abiertas
Las del otro, que entrada le promete,
Apresurando las veloces plantas,
A los suyos metió por otras tantas.

LII.

Tremolaban al áire cien banderas
Sobre sus torreones poderosos,
Abiertas por los muros mil saeteras,
Y la tierra con mil profundos fossos:
Alli metieron las naciones fieras
Sus fuertes esquadrones belicosos,
Y aunque eran infinitas cantidades,
Eran los dos castillos dos ciudades.

LIII.

Estos asylos dos, ò fortalezas,
Que dentro de sus muros contenian
Tantas estancias y anchurosas piezas,
Donde tantos exércitos cabian:
Eran fuertes bestiones, ò cabezas
De tales, porque serlo parecian,
Y eran segun por las señales hallo,
Calaveras de Vaca, y un Caballo.

En

LIV.

En la de Vaca el fuerte Moſchifuro
Con ſus trazas, enredos, y marañas,
Cerró las puertas, y dexó ſeguro
En él ſu campo de enemigas mañas;
Y luego para fuerza y antemuro
Un beſtión fabricaron las Arañas,
Que fieros Moſquetazos reſiſtía,
Y balas de contraria artillería.

LV.

Cien Piojos hai las noches y los dias,
Que ſobre el muro altiſsimo velando
Eſtán las enemigas compañias
Del Rey Sanguileon atalayando:
Cien Pulgas andan ſiempre por eſpías
Viendo las trazas del contrario bando,
Y quando el Moſca ſu intencion divulga,
Lo divulga à ſu Rey tambien la Pulga.

LVI.

De las Abejas los ingenios raros
Tambien hicieron admirable hacienda
De eſtacadas, beſtiones, y reparos,
Donde la chuſma alada ſe defienda:
Venſe los unos y los otros claros,
Máchinas fabricando en la contienda,
Saliendo à veces à probar ſus brios
A verſe en mil campales deſafios.

LVII.

Eſtán ſobre los altos torreones,
Donde la Moſca con ſu gente habita,
Docientas atalayas Mirmiliones,
Viendo lo que el Hormiga ſolicíta:
Y eſtos à los amigos eſquadrónes
Eſtán diciendo con perpetua grita,
Al arma, amigos, arma alerta, alerta,
Que ſale el Moſchifuro por la puerta.

LVIII.

Deſpues de varios trances y ſuceſſos,
En que à veces ſe vieron peleando,
Y yá los unos y los otros preſos
Iban llevando del contrario bando:
Llegóſe à los exércitos eſpeſſos
De ſoberbia canalla el tiempo, y quando
Huvieron de ſalir de la muralla
A dár èn campo raſo la batalla.

LIX.

Por un millon de puertas y aberturas,
Reſquicios, hendeduras, y agujeros,
Salen armados de ſus armas duras
Los capitanes y ſoldados fieros:
Su luz perdieran las eſtrellas puras,
Pueſtas en parangón con los aceros,
Que tanto deſde lejos relucían,
Que émulos de ſus luces parecian.

LX.

Del caſtillo ſalió, ſi bien me acuerdo,
Del Rey Sanguileon la gente fiera,
Al campo raſo por el ojo izquierdo
Del ſoberbio beſtión, ò calavera:
Yá que con paſſo mas velóz que lerdo
Eſta inhumana chuſma ſe vió fuera,
Por el ojo derecho con ſu gente
Salió volando él Tábano valiente.

LXI.

Por las partes adonde las orejas
En la cabeza fixas eſtuvieron
Por una y otra, al campo à las parejas
Dos ſoberbios exércitos ſalieron:
Con la Manchega Moſca las Abejas
Con temerario eſtrépito vinieron,
Y con eſtruendo la de Arjona guia
Los tercios de la fuerte Andalucía.

LXII.

Por donde las narices y la boca
La beſtia caballar un tiempo tuvo,
Salió tanto Moſquito, que era poca
La plaga dellos que en Egypto huvo:
Quando toda la chuſma el Rey convoca,
Sobre ſu campo entre las auras ſubo,
Llevado al fin del natural deſeo,
Y deſde el áire quanto trazan veo.

LXIII.

Al Rey Sanguileon miré entre todos;
Cuyo retrato está en mi mente escrito;
Porque era bien mas alto quatro codos
De los suyos, que el mas galán Mosquito;
Solicitando trazas, dando modos
Andaba entre el exército infinito
Plantando hileras de esquadrones largos,
Banderas reformando, y dando cargos.

LXIV.

De negras armas iba el Rey cubierto,
Que se las puso por señal de luto,
Por su gran Ranifuga que era muerto;
Y el llanto de sus ojos aun no enxuto:
Su campo ordena el capitan experto
Con un esfuerzo de Romano Bruto,
Que si el otro vengó à Lucrecia casta;
Estotro venga al casto de su casta.

LXV.

Negra corteza de garbanzo dura
Le dió (gran peso) el espaldar y peto;
Arma contra los impetus segura,
Metal à ofensa alguna no sujeto:
Negra colór y natural pintúra,
Con que daba à entender el Rey discreto;
Que muerto el Ranifuga no se alegra
Con cosa alegre su ventura negra.

So-

LXVI.

Sobre la temeraria y real cabeza
El negro yelmo por insignia triste
Lleva (terrible globo!) de la pieza,
Que al cañamon de su dureza viste:
Cubierto desta lóbrega corteza,
Reparo firme que el furór resiste,
Sale mostrando al mundo que cubierto
Le trahe de luto el Ranifuga muerto.

LXVII.

Sobre el caparazón de un negro grillo;
Que de gordo parece que revienta,
El triste Rey, el mísero caudillo,
El cuerpo armado à la venganza asienta;
Furioso los hijares del morcillo
Pica, cuyo color nos representa,
Por el sin vida Ranifuga el llanto,
Y de sus enemigos el espanto.

LXVIII.

Un negro Jabalí le dió la lanza
De entre sus negras cerdas la mas fuerte;
En quien tiene fundada la venganza
Del Ranifuga y de su triste muerte:
Doce brazadas su largura alcanza,
Firme esperanza de su buena suerte;
Que lo será sin duda quando venga
Tal, que vengado al Ranifuga tenga.

LXIX.

En la derecha mano el hasta larga
Furioso empuña de la aguda cerda,
Y embraza fuerte la espacioſa adarga,
Negra tambien en la forzuda izquierda:
En quantas armas sobre el cuerpo carga,
La muerte tan atróz se le recuerda
Del Ranifuga Mosca, cuya hiſtoria
Las negras armas trahen à su memoria.

LXX.

El Rey Matacaballo en diferentes
Esquadras pone su caterva fiera
De Tábanos expertos y valientes,
De quien hazañas de valór espera:
El era el gran caudillo destas gentes,
Assombro fiero del contrario, y era
El que quitó la espada à su enemigo,
Que es la que en las batallas trahe consigo.

LXXI.

Este fué desde niño aficionado
Al exercicio militar, de suerte,
Que con quantos sus fuerzas ha probado,
Han probado con él su misma muerte:
Tal vez de un Abejón desafiado
Fué cuerpo à cuerpo el Tabanesco fuerte,
En cuyo desafio hizo de modo,
Que se dió à conocer al mundo todo.

LXXII.

Salieronſe los dos à la campaña,
(Que ſiempre en ella el Tábano pelea)
Y el aſtuto Abejón (aſtucia extraña,
Digna deſte lugar porque ſe crea)
Llevaba oculta con cautela y maña
En el remate de ſu cola fea,
Una eſpada finiſsima deſnuda,
De filo cortadór, y punta agúda.

LXXIII.

Y quando cara à cara arremetía,
Al miſmo punto al revolver del ancà,
Con ligereza ſúbita ſalia
La arma ſutíl por entre zanca y zanca:
El Tábano feróz que nunca via
Indicio del acero, ò punta blanca,
Sudaba gotas de mortal congoja,
No viendo el filo con que el tajo arroja.

LXXIV.

Pero una vez el Tábano que atento
Eſtuvo à la revuelta de la cola,
En la mitad del breve movimiento
De aquella eſpada vió la punta ſola:
Quedó con eſto ſu valór contento,
Y los brazos con ánimo enarbola,
Para quando el contrario le acometa,
Guardarle la eſtudiada contratreta.

LXXV.

El Abejón de revolver no tarda,
Y hácia el Tábano fuerte se encamina;
El Tábano feróz no se acobarda,
Aunque vé al Abejón que se avecina:
El Abejón, que mira que le aguarda,
Al Tábano amenaza su ruína,
Pero el Tábano astuto, que le entiende,
Al Abejón entre sus brazos prende.

LXXVI.

El Abejón y el Tábano los brazos
Furiosos cruzan con rigor que espanta;
El Abejón à el Tábano los lazos
Le aprieta por la indómita garganta:
Al Abejón el Tábano pedazos
Quiere hacerle, y por medio le quebranta;
Y el Abejón y el Tábano, uno y otro,
Son de uno y otro atormentable potro.

LXXVII.

Tanto la fuerza Tabanesca pudo,
Contraria à la Abejonia, que enefeto
La fiera bestia del acero agúdo
Murió en los brazos del rigor y aprieto:
Dexó de vida al Abejón desnudo,
Sacando por despojos deste reto
El Tábano la espada que se ciñe,
Con cuyos filos las batallas riñe.

El

LXXVIII.

El alma triſte el Abejón vomita;
Que yá ſus brazos con la fuerza floxa
De la garganta Tabaneſca quita,
Pereciendo entre rabias y congoja:
Y el que à Antheon contra Hércules imitā;
Tampoco entonçes pudo, que la hoja
Vomitó por atrás ſu triſte ojo,
Haciendola del Tábano deſpojo.

LXXIX.

Eſpada y hoja propriamente y ſola;
De cuya traza y filos imagino,
Que el nombre que le dan à la Eſpañola
Eſpada, de hoja deſte origen vino:
Era la aguda eſpada que en ſu cola
Llevaba el Abejón, hoja de eſpino,
Cuyos filos y hechura dieron nombre
A la hoja que ciñe al lado el hombre.

LXXX.

Quedó el Matacaballo mui honrado
Con tal victoria, y deſde alli adelante
Cobró reputacion de gran ſoldado,
Y para empreſſas graves importante:
La eſpada cortadora dió à ſu lado,
Que la traſera honró del arrogante,
Hector Moſcón, que al Rey de la Tabána,
Como à Achiles rindió la Durindana.

Con

LXXXI.

Con ella el gran caudillo la orden traza
De formar sus hileras y esquadrónes,
Haciendō siempre para el passo plaza
Sus Tábanos ginetes y peones:
Si acaso con los filos amenaza
A los suyos, se tienden à montones,
Porque solía llevarse (caso feo!)
Seis Tábanos y siete de un voléo.

LXXXII.

Grande es el miedo que en los suyos pone,
Quando les muestra la desnuda espada,
Y con industria el esquadrón compone,
Sin que soldado le replique en nada:
A la contraria multitud opone
La caterva de Tábanos granada,
Cubriendo todo el campo de ginetes,
Arcos, ballestas, dardos, y mosquetes.

LXXXIII.

La turba de los Zénzalos crueles
El Rey Asinicedo tiene à cargo,
Formando lucidissimos quarteles
De fuertes gentes, y de espacio largo:
Es gente que en los bélicos tropeles,
Aunque no muestran armas, sin embargo
Son los que mas à los contrarios dañan,
Porque con no mostrarlas los engañan.

Son

LXXXIV.

Son gentes magras y de fuertes niervos,
De complexion robusta y bravo talle,
Monstruos sin ley, en el picar protervos,
Sin que en su corazon piedad se halle:
Gente criada entre sylvestres Cuervos
En monte despoblado, ò inculto valle,
Y que imitando al Cuervo, solo intenta
Sacar los ojos al que le sustenta.

LXXXV.

Y aun tengo conjeturas y rezelo,
Que esta fama ruín que el Cuervo tiene,
Los Zénzalos la causan, quando el pelo
Del Cuervo nuevo à disfrazarle viene:
Porque huyendo los Padres, luego el Cielo,
Que de los pollos cuida, los mantiene
Destos Mosquitos, que à los Cuervos hacen
Ser semejantes al manjar que pacen.

LXXXVI.

Es esta fiera turba Zenzalina
De condicion tan bárbara y extraña,
Que vá cantando siempre que camina,
Y canta mas quando es mayor su saña:
Gente que à guerra y dissension se inclina,
Y que tiene por patria la campaña,
Adonde con la fuerza de sus dientes
Quita las vidas à las chinches gentes.

LXXXVII.

En un Pulgón hinchado caballero
Vá el Rey, caudillo desta gente brava;
Vestido el cuerpo en vez de fino acero,
Del orbe duro, que cubrió una haba:
Este caballo y armas el Rey fiero
En defensa sacó, porque se alaba,
Que por despojos de valor los huvo,
Quando allá en los habares guerra tuvo.

LXXXVIII.

Esto mirando me quede suspenso,
Quando en el exe de los Cielos toca
Atronando la tierra un grito immenso,
Que confiesso que à miedo me provoca:
Que al alto Olympo desencasa pienso
Del Gigante feróz la furia loca,
A quien no pude hallar entre la tierra,
O que el divino Júpiter le atierra.

LXXXIX.

Fué tanto entonces de mi pecho el miedo,
Y el tremór improviso, y sobresalto,
Que sin poder volar me estuve quedo,
De la virtud de mis taláres falto:
Revuelvo mi cabeza como puedo
Por el lugar de entre las auras alto,
El campo miro de la hormíga, y veo
Lo que aunque vi, tal es que no lo creo.

Por

XC.

Por medio del exército contrario
Passó esgrimiendo el cortadór acero
Un Moscón furibundo y temerario,
Mas que las furias del infierno fiero:
Siguióle del Hormiga el campo vario,
Pero él valiente, y por igual ligero,
De entre sus uñas y sus armas sale,
Y de su fuerza y de sus pies se vale.

XCI.

Sale huyendo del campo del Hormíga,
Y hácia el real de la Mosca los pies mueve,
Y para que su alcance se consiga,
Espessas gentes el contrario llueve:
Viendo el Sanguileon à la enemiga
Turba tan cerca, saca en tiempo breve
De sus Moscas un número sin cuento,
Que à los otros retiren al momento.

XCII.

No sigue el bando del estruendo alado
La medrosa caterva que retiran,
Que recibiendo entre ellos al soldado,
De tal hazaña, y su valor se admiran:
Estaba de correr desfigurado,
De tal manera, que aunque mas le miran,
Ninguno se halla que conozca ò piense,
Que es el señor del valle Barrilienſe.

XCIII.

Pero despues que por el habla y señas
Del Tártaro el aspecto conocieron,
Alli fueron las fiestas no pequeñas,
Y los sumos contentos alli fueron:
Alli rimbomban de las altas peñas
Los ecos que al accento respondieron
De la alada caterva, que en voz viva
Entonaron el victor hasta arriba.

XCIV.

Sea bien venido (al Tártaro decia
El Rey Sanguileon de la Moschéa)
La luz de la Morchil caballería,
Adonde Marte su furor emplea:
La defensa de nuestra Monarchía,
La Parca de la hormígena raléa,
El que con verle de mi rostro enxuga
Las lágrymas que causa el Ranifuga.

XCV.

O capitan, firmissima esperanza
De la fortuna de la gente nuestra,
Qué prolixa prision, o qué tardanza
Ha tenido cautiva vuestra diestra?
Qué tormento, ò qué súbita bonanza
Os trahe del mar, y à vuestra gente os muestra?
Que todos os llorabamos con pena,
Que en vos no se cebasse la Ballena.

No

XCVI.

No sé si el Rey Moscón le dió respuesta,
Mas al un Rey miré del otro asido,
Y à la turba Moschina haciendo fiesta,
Todo en memoria del recien venido:
Y entre esta gente y la contraria opuesta
Salió hiriendo los aires un bramido,
Que ninguno de tantos oirle pudo,
Si no era yo del sér mortal desnudo.

XCVII.

En el un campo y otro vi que andaba
Zurciendo la solícita Meguera,
Que rabias, iras, y rencór sembraba
La fiera furia entre la gente fiera:
Y viendo que con prisa se acercaba,
Sin que me viesse retireme afuera,
Temiendo del mirar de la mal quista,
Que no me emponzoñasse con su vista.

XCVIII.

Los talares con ánimo prevengo,
Y de su vista à mas volar me aparto,
Y à no verla sin duda me detengo,
Hasta vér de la guerra el fiero parto:
Esto, Deidades, à contaros vengo,
Y dexo ahora de deciros harto,
Que el miedo mio relatar no osa,
No se nos sobresalte alguna Diosa.

XCIX.

Esto al concilio de los Dioses dixo
En la esphera de Júpiter Cilenio,
Quedando absortos con su hablar prolixo;
Mas de la novedad que de su ingenio:
Calló de Maya el eloqüente hijo,
Y de los Dioses el divino Genio,
Como la nueva à espanto le provoca,
Arqueó las cejas, y frunció la boca.

C.

Júpiter dixo desde el throno alto
A los Dioses sus súbditos, confiesso
Que me causa la nueva sobresalto,
Y el grande miedo me ha tenido presso:
No se assomen à vér el fiero assalto
Los Dioses celestiales, que el sucesso
Temo que les provoque à alguna pena,
Cosa sin duda à su Deidad ajena.

CI.

Quedese el mundo de tinieblas lleno
Mientras que passa tanta desventura,
No ponga Phebo à sus caballos freno,
Ni el carro saque de su lumbre pura:
Estese en tanto de su luz ajeno,
Y todo el tiempo que la guerra dura,
A las puertas del Cielo echen la llave,
Y no las abran sin que el daño acabe.

CII.

Delia la plata de su faz redonda,
Con cuya hermosa luz al mundo alegra;
Mientras passa furór tan grave esconda,
Y sin ser vista de la noche negra:
En ninguna manera corresponda
Con luz, que el mũdo todo es otro Phlegra;
Ni en forma yá de tajadór se ofrezca,
Ni rebanada de melón parezca.

CIII.

Dixo: y de la Basilica el espácio
Desocupan los Dioses al momento,
Y passan por las salas del palacio
Con mas velóz, que tardo movimiento;
Sola mi torpe pluma vá despácio,
Mas yá contra la flema y vuelo lento
La desgreñada Eumenide la mira,
Y para entrar con furía se retira.

Fin del Canto nono.

LA MOSCHEA.

CANTO DECIMO.

I.

DEſpues que tuvo el Tártaro pagano
Toda la chuſma Moſcatél abſorta,
Relatando ſus hechos, que al Romano
La fama dexan de los ſuyos corta:
Alegre el Rey Sanguileon, y ufano,
Como aquel que conoce quanto importa
Un capitan, que tras el ſer valiente,
En orden ponga la biſoña gente.

II.

Convoca las indómitas cabezas,
Caudillos fuertes de ſu gente brava,
Y repite los hechos y proezas,
Que el que las hizo de contar acaba:
Y viſto en ſus hazañas las certezas
Del gran valor que el Tártaro moſtraba,
Por General publícan que ſe elija,
Que ſe le dé el baſtón, y el campo rija.

Par-

III.

Parte à su tienda el Rey de la Moschéa,
De una espessa caterva acompañado,
Porque en la tienda suele esta ralea
Sustentar un exército alojado:
En la tienda del Tártaro se apea,
Que estaba de Moscónes rodeado,
Los quales viendo su señor presente,
Se levantan, y danle en que se assiente.

IV.

Moscón Sicaborón, à vos se os debe
(Dixo) de general el nombre y cargo,
A vos que sin temor del Austro aleve,
Del mar nadastes el espacio largo:
A vos à cuya fuerza no se atreve
La hambre à derribar, pues sin embargo
De la suya à tres Pulgas muerte distes,
Y la Liendre que assaban os comistes.

V.

A vos que por en medio del estruendo
De los contrarios con furór passastes,
Y el acero con ánimo esgrimiendo,
La vida de sus manos escapastes:
A vos, primo, esta vez hacer pretendo,
(Porque con gran valor lo grangeastes)
General y cabeza de mi gente:
El bastón recibid, Moscón pariente.

VI.

El Rey de la Moſchéa cerró el labio;
Quando el Sicaborón el ſuyo arrima
Al dorado baſtón, diciendo, agravio
Haceis à dignidad de tanta eſtima:
Era el Sicaborón Moſchino ſabio,
Aunque terrible y fiero por ſu clima;
Y en lo que es eloqüencia y corteſía,
Pocos como él en todo el campo havia.

VII.

El cargo acepta el capitan valiente,
Y manda ſin que un punto ſe dilate,
Que ſe arme toda la robuſta gente,
Y ſe aperciban al mortal combate:
Vuela por todo el campo diligente
La voz que afuera echó por ſu gaznate
El general ſoberbio, que el primero
Viſte las armas y el doblado acero.

VIII.

De una uña de hombre el cuerpo viſte,
Que al mas duro metál ſu fuerza iguala,
Arma cruel, para los Piojos triſte,
Que ſu muerte à los míſeros ſeñala:
Reparo temerario que reſiſte
El fiero golpe de arrojada bala,
Carga, que ſi del Tártaro no fuera,
No huviera quien veſtirſela pudiera.

IX.

Pero qué grito súbito reſuena
Del Polo en la convexa ſuperficie,
Con mas furór que quãdo el Auſtro truena,
Que parece que el Cielo ſe deſquicie?
Arriba ſube con furór la arena,
Quien puede haver que al Cielo maleficie?
Que el polvo denſo mas que eſpeſſa nube,
Contrario à Phebo y à ſus rayos ſube.

X.

Aparta, aparta, plaza, plaza, paſſo,
Por quien dará la gente tales voces?
Mas yá deſcubren manifieſto el caſo
Los miembros caballares y feroces:
El famoſo Bucéphalo, el Pegaſo,
El animal velóz entre veloces,
El ligero Babieca, el gran Bayardo,
Y el mas que todos ſin compás gallardo.

XI.

El caballo leal del Rey de Buta,
Haciendo cabriolas y corvetas,
Con pies y manos el arena enxuta
Arroja à la region de los cometas:
Con no le haver domado maña aſtúta,
El por cauſas ocultas y ſecretas,
Como el otro Bucéphalo, al Rey fiero
Humilde ſe le mueſtra qual cordero.

Gri-

XII.

Grillo tambien ſe llama, no de aquellos
Morcillos del gran Rey de la Moſchea,
Que aunq̃ ellos ſon mas gordos y mas bellos
Que la caſta de eſtotros y raléa:
Eſtos alzando los altivos cuellos,
Tanto ſuelen ſaltar, que no hai quien crea,
Que el ſalto ſuyo pueda ſer tan alto,
Que ſetecientas Pulgas paſſe un ſalto.

XIII.

Y llamarſe eſta beſtia grillo, tiene
No pequeño myſterio, y ſe reſponde,
Que el nombre ſuyo derivado viene
Del ſimil que à los grillos correſponde:
Que como el que los preſos pies contiene
Dentro en los grillos, à la parte adonde
Parte, de libertad eſtando falto,
No llega preſto ſi no apreſta el ſalto:

XIV.

Aſsi del grillo el nombre ſe deríva,
Al que con tanta fuerza y ligereza,
A poder de los ſaltos hácia arriba,
Camina con tan ſúbita preſteza:
Mas yá el diſcreto en la razon eſtriba,
Y no le ſatisface la agudeza,
Que ſiendo el grillo obſtáculo del vuelo,
Le uſurpe el nõbre aquel que ſalta al Cielo.

Por

XV.

Porque la duda grande aqui se acabe,
Respondo, si figuras de rhetórica
El que en el caso duda, entiende y sabe,
Y si es versado en la leccion histórica:
Que aun en historia, qual la nuestra grave,
Hai figura, y en práctica, y theórica,
Por la qual à la cosa el nombre damos
Contrario à los efectos que le hallamos.

XVI.

De la madre Cybeles los varónes
Sus sacerdotes Phrigios se llamaron
Gallos, siendo castrados y capones,
Que para el ministerio se castraron:
Tambien con este nombre de pelones
La gente de Castilla motejaron
A los sin pelo, phrasis que hasta oy dura,
Que impuso la rhetórica figura.

XVII.

Y esta razon sin duda es concluyente,
Y el simil verdadero con que arguyo
Claro muestra el origen y patente,
Principio singular del nombre suyo:
Y porque no parezca impertinente
Question de nombre, con decir concluyo,
Que como uno pelón, y el otro gallo,
Grillo se llama nuestro gran caballo.

XVIII.

En este el Rey Sicaborón cabalga,
Temblando al golpe de sus pies la tierra;
Que en él no teme el Tártaro, aunque salga
Toda la chusma que el infierno encierra:
Y porque menos la defensa valga
A la contraria gente de la guerra,
La adarga embraza, y hasta larga empuña,
Que armas tan fuertes son como la uña.

XIX.

Una reseca costra que en el lomo
Gran tiempo tuvo algun Rocín matado;
Y el sol la puso dura, adonde el plomo
No tiene fuerza en balas arrojado:
Embraza el fuerte Barrilienſe, y como
Soldado en el valor aventajado,
De su lanza crueliſsima se encarga,
De horrendo peso, y sin medida larga.

XX.

Mira de los soberbios Mirmiliones
En orden puestos por su Rey Mirpredo
Los bravos y lucidos esquadrónes,
Que al infierno pudieran causar miedo:
Armados miró al Rey y à sus varones,
De ricas armas, y con tal denuedo,
Que yá à los Mirmidones, y Mirnuca
Se le antoja que el ímpetu trabuca.

De

XXI.

De una ala de Murciegalo vestido
Vá de pies à cabeza el Rey, y lleva
La viséra fortisima, que ha sido
De los golpazos del Mirnuca prueba:
Es arma valerosa que ha sufrido
Furibundos encuentros, arma nueva
Del orbe en cuyo cóncavo se encierra
El mijo, fruto de la esteril tierra.

XXII.

De lo que el Barrilienſe hizo el escudo,
Estotros hacen petos y espaldares,
Por ser efecto de su rostro crudo,
Estrago de los miembros caballares:
La dura punta del acero agudo,
Probada en estas armas singulares,
No tiene fuerza, porque alli se queda,
Sin que passar la de la costra pueda,

XXIII.

No canto aqui las armas por extenso
De tanta gente y de caudillo tanto,
Porque metiera à los mirones pienso
En mar de confusion y caos de espanto:
Porque como el exército era immenso,
Tambien immenso havia de ser mi canto,
Y eran pocas cien lenguas, bocas ciento,
La voz de hierro, y infatigable aliento.

Què

XXIV.

Qué de Marqueſes, Duques, Condeſtables,
Capitanes, Alfereces, Sargentos,
Qué de trages diverſos y admirables
Se ofrecen à la viſta por momentos:
Qué diferentes trazas, qué variables
Se vén de los magnates los intentos,
Qué lenguas de naciones infinitas,
Tábanas, Mirmilionas, y Moſquitas.

XXV.

Nunca tan grande máchina mantuvo
Dentro ni fuera de ſus muros Roma,
Ni en la caſa de Meca nunca tuvo
Tal variedad el hueſſo de Mahoma:
La Babylonia que en la torre eſtuvo,
Donde ſe originó todo idioma,
Con eſta de las Moſcas comparada,
Todo es ſin duda alguna poco, ò nada.

XXVI.

No cuento en las banderas y eſtandartes
Inſignias, hieroglyphicos, y empreſſas,
Ni los pendones que por todas partes
Eſtaban tremolando en haſtas grueſſas:
Las municiones, tiros, baluartes,
Las grandes amenazas y promeſſas,
Los atambores, píſanos, y cuernos,
Y el ſon que alborotára à los infiernos.

Can-

XXVII.

Canſada fuera de eſcribir mi pluma,
Y mi cabeza por igual canſada,
Quando quiſiera alguna breve ſuma
De todo el campo proponer cifrada:
Pero lo que es mas juſto que reſuma,
Por ſer coſa entre todas celebrada,
Es la oracion que eſtando todo à punto
Hizo el Tártaro Rey al pueblo junto.

XXVIII.

Mal año en la Catonica eloqüencia,
Quando el del valle Barrilienſe aboga,
Que ſolo él en la oratoria ſciencia
El nombre à los rhetóricos deroga:
Si de los Senadóres en preſencia
El ſe viſtieſſe la cerúlea toga,
Preſumo, Cicerón, que el nombre tuyo
El Tártaro caſcaſſe con el ſuyo.

XXIX.

Si lengua y fuerzas por igual tuviera,
Como el Sicaborón, el que fué typo
En la Athenienſe eſcuela, nunca fuera
Señor de Grecia el Macedón Philippo:
Y no me alargo, que ſi Athenas viera
Al que en palabras y obras anticipo,
Es cierto que Demóſthenes y Eſquines
Se quedáran abſortos matachines.

XXX.

Yá Quirites Moſcónes (dixo) llega
El rico y venturoſo tiempo, quando
Se ha de moſtrar en la Marcial refriega
La virtud interior de nueſtro bando:
Ya el nombre ſingular, que el ocio os niega,
Cobrar podreis ahora peleando,
Dexando ſiempre vueſtra fama viva,
Si el hado iniquo de la vida os priva.

XXXI.

Yá el corazon, amigos, me revela,
Que en las parleras lenguas de la fama
Por todo el mundo vueſtro nombre vuela,
Y con titulo heróico ſe derrama:
Yá de ſu cola los cañones pela,
(A quien tal gloria el corazon no inflama?)
Porque quiere con ellos vueſtras glorias
Eſcribir para ſiempre en las memorias.

XXXII.

Yá miro que en el Cielo os aperciben
Eſcaños ricos, y lugar eterno,
Adonde con los Heroes que allá viven
Participeis del celeſtial gobierno:
Yá vueſtros nombres ínclitos ſe eſcriben
De la caterva heróica en el quaderno,
Y al ſon de los marciales atambores
Recibís de los Dioſes los honores.

XXXIII.

Esta gloria, Quirites, es debida
A los famosos por divina suerte,
Por paga eterna de la heróica vida,
Que tuvo fin con su glorioſa muerte:
Pues en qué pecho la virtud dormida
Estará, que à la fama no despierte
De premio tal, que la virtud le pone
Al que à seguir sus passos se dispone?

XXXIV.

La justicia teneis de vuestra parte,
Y à la razon con ella, y es sin duda,
Que en contra destas nunca el fuerte Marte
Presta favór, ni con su fuerza ayuda:
Todo Mosquito con valór descarte
El vil temór, y à la razon acuda,
Que no tendrá fortuna tanta fuerza,
Que los intentos de justicia tuerza.

XXXV.

No se estaba en sus cámaras metido
El Rey Sanguileon, y entre pebetes,
Quando llegó el soldado mal herido
Penetrando sus íntimos retretes?
El fiero Hormíga, el Granestór ha sido
Quien con cien mil peones y ginetes,
Siete mil Moscas à traicion vencidas
Hizo que diessen al rigor las vidas.

XXXVI.

Al Ranifuga le apretó el gaznate,
Y dicen que por todas las paredes
Las Moſcas preſas en aquel combate
Se vén del Moſchifuro entre las redes:
Pues es razon que nueſtras gentes mate
Eſte tyrano vil, eſte Diomedes,
Que en ſus caballerizas de ſus potros
Dice que cebo hemos de ſer noſotros?

XXXVII.

Yá veis que nueſtras fuerzas por momentos
Los retos del Putrífola aniquilan,
En que reta el liqüór que los jumentos
Por ſu viſta à menudo nos deſtilan:
Pues aquellos peſtíferos hambrientos,
Y unas Arañas femeniles, que hilan
Como mugeres, débiles ſe atreven
A reſiſtirnos ſin que el pago lleven?

XXXVIII.

Qual ſerá aquel valiente caballero,
Mas fuerte y mas privado entre los mios,
Que en nueſtro nombre rete el flaco acero,
Y fuerza poca en los contrarios brios?
Si vuelve victorioſo como eſpero,
Por premio de tan grandes deſafios,
De la hija del Rey de la Moſchéa
Hará ſu padre que marido ſea.

Ca-

XXXIX.

Calló, y las gentes con temor ſe miran,
Con el miedo temblandoles la barba,
Y todos de la empreſſa ſe retiran,
Aunque en ſus pechos el amor eſcarba:
Por la Infanta ſus ánimos ſuſpiran,
Mas ſolo al caſo ſin temór ſe engarba
El fuerte Aſinicedo, que havia ſido
De los virotes del Machin herido,

XL.

Yo (dixo entonces) de ſalir prometo,
Buen Rey, ſi ſe me cumple la promeſſa,
Que no dudaré yo por tal ſugeto,
Que ſolo emprenda tan heróica empreſſa:
Contra la vil canalla echaré el reto,
Y llevando en mi mano un haſta grueſſa,
La arrojaré en ſu exército con brio,
Dandoles à entender el deſafio.

XLI.

Grande contento el Tábano y Moſchino
Con la razon del Zénzalo tuvieron,
Y para aſſegurarle en el camino
De fortiſsimas armas le viſtieron:
Dióle el Matacaballo el yelmo fino,
Y el Rey Sicaborón la lanza, y vieron
Al mancebo gallardo, que en un punto
Se puſo al campo del Hormíga junto.

XLII.

No estaba del contrario media milla;
Si tres mil passos hacen una entera,
Tres mil digo de un Piojo, y assi trilla
Todo el espacio en sola una carrera:
Y en llegando al exército en la orilla,
Levantando del rostro la viséra,
Que era un profundo cóncavo de mijo,
La voz alzando à los contrarios dixo.

XLIII.

Caballeros ginetes, y peones,
Que hechos en nuestra cõtra engrudo ò liga,
Venís acompañando los pendónes,
Que al campo saca el Granestór Hormíga:
Mis palabras oíd, Pulgas varones,
Que hẽbras entiendo que es mejor os diga,
Oíd, Chinches y Arañas, mis despachos,
Ora os tenga por hembras, ò por machos.

XLIV.

Yo un soldado Mosquito, cuyo nombre
Mientras os digo mi embajada callo,
Porque mientras os hablo no os assombre;
Que por esta razon quiero excusallo:
Sino es que acaso sin que yo me nombre,
Conoceis en mis armas y caballo
El fiero estrago de Pulgona gente,
Y por renombre al Zénzalo valiente.

XLV.

A ti el Hormíga, Pulga, Chinche, ò Piojo,
Que con mas que ſobrado atrevimiento
Dixiſte que retabas el deſpojo
Con que el Rocín nos ſirve, y el jumento:
A ti el Araña, que aunque en fuerzas floxo,
A traicion con tu raro entendimiento
Traidores tiros con engaño labras,
Con que nueſtros Moſquitos deſcalabras.

XLVI.

Preſtad à mi rhetórica el oído,
Pero no imagineis que aſsi la llamo,
Porque con dulce méthodo os convido,
Quando por daros cruda muerte bramo:
Rhetórica la llamo, que ha tenido
Origen deſte reto con que infamo
Vueſtro nombre, y ſaliendo deſta fuente,
Rhetórica la llamo propriamente.

XLVII.

Reto el primero al Graneſtór, y luego
Reto al Mirnuca en el lugar ſegundo,
Pues con las armas de Sinón el Griego
La muerte dieron à la flor del mundo:
Reto el granero tenebroſo y ciego,
En cuyo ſeno cóncavo y profundo
El trigo encierran que à las eras quitan,
Y reto el modo con que à Caco imitan.

XLVIII.

Reto los granos, y tambien las pajas,
Que avarientas guardais por todo el año
De vueſtras troxes en las partes baxas,
Sin que conozcan de la lluvia el daño:
Reto del pan cocido las migajas,
Que preſuroſas con cuidado extraño
A vueſtra obſcura cueva llevais pueſtas,
Qual ganapanes enefecto acueſtas.

XLIX.

A los Piojos ſacrílegos y fieros
Reto, y al Fifolgel ſu gran cabeza,
Que cabeza de Piojos bandoleros,
No es à mi parecer de embidia pieza:
Sus matadores íntimos aceros
Reto, no los que cubren ſu fiereza,
Sino aquellos de la hambre matadóres,
Por ſer ellos tan grandes comedóres.

L.

Reto los cuernos, y la punta agúda,
Que cada Piojo en ſu cabeza mueſtra,
Que enefecto juntó gente cornúda
El Graneſtór Hormíga en contra nueſtra:
Sus ocho pies les reto, que ſin duda,
Para huyendo eſcapar la vida vueſtra,
Bien habreis meneſter, Piojos hambrientos,
Volver los ocho pies en ochocientos.

LI.

Al Caganielo Pulga y ſus ſequaces
Reto, y tambien ſus atrevidas bocas,
De ſangre chupadóras, y vivaces,
Fiereza ſuma en ſus preſencias pocas:
Reto ſus dientes fieros y mordaces,
Los ſaltos altos, y ſus furias locas,
Beſtias en fin que el polvo de la tierra
Produxo al mundo para hacerle guerra.

LII.

Reto la chuſma de Letiria ſucia,
Y al Capitan Putrífola hediondo,
Y de uno y otros la preſencia lucia
De ſu aſqueroſo círculo redondo:
Reto de todos la medroſa aſtucia
De recogerſe en el reſquicio hondo,
Y el agujero en que ſe aprietan reto,
Y de ponerlos juro en mas aprieto:

LIII.

Reto los ocho pies del Moſchifuro,
Y las redes que en daño nueſtro traza,
Y de paſſar con mi caballo juro
Por ellas, para vér como ſe enlaza:
Las pelotas le reto, que del muro
Arroja, con que à todos amenaza,
Reto ſus miembros y ſus barbas blancas,
Y de ſu gente vil las ocho zancas.

LIV.

A todo vueſtro bando en ſu preſencia,
Yo de mi campo y Rey Legado y Nuncio;
De vueſtra deſventura la ſentencia,
Sin que aproveche apelacion pronuncio:
Oy caſtigo tendrá vueſtra inſolencia,
Muriendo en la batalla que os anuncio,
Y en ſeñal que con ella os amenazo,
La lanza recibid que os dá mi brazo.

LV.

El brazo entonces denodado extiende,
Atrás lo vuelve, y luego lo adelanta,
Y con el haſta larga el áire hiende,
(O amor immenſo por la bella Infanta!)
La chuſma que vé el ímpetu no entiende,
Que tuviera Moſquito fuerza tanta,
Que el haſta, como rígida ſaéta,
Por las contrarias ſuyas entremeta.

LVI.

Pues decir era el haſta como quiera,
Yo puedo aſſegurar que hiciera harto
Qualquier ſoldado que valiente fuera,
Si meneára de la lanza un quarto:
Un arbol alto y temerario era,
Entero leño de un ſoberbio eſparto,
Que como ſi no fuera de algun peſo,
En medio la arrojó del campo eſpeſſo.

Cau-

LVII.

Causó en el campo del Hormíga assombro;
Porque ignoraban que animal humano
Pudiera echar tan grave carga al hombro;
Ni abarcar tan gran leño con la mano:
Y prosigue el Mosquito, yo me nombro
El crudo azote del Pulgón villano,
Llamome, si antes no os morís de miedo;
El Zenzalino Rey Asinicedo.

LVIII.

Dixo: y volviendo de la bestia el anca;
Les muestra à los retados el cocote,
Y el caballo Pulgón furioso arranca
Del campo al punto con ligero trote:
O qué de tierra que el caballo atranca,
Virtud del ceguezuelo del virote,
Que encarandole el arco de hito en hito,
Trasspassó el corazon del Rey Mosquito.

LIX.

Al punto el Moschifuro le dispara
Desde el campo relámpagos y truenos;
Tiros soberbios à su cuerpo encara
De fuego vivo, y pestilencia llenos:
Si el ligero caballo no llevára,
Que era el mejor del cãpo entre los buenos;
Los retos del Mosquito yo asseguro
Que vengáre el ardid del Moschifuro.

Del

LX.

Del campo el fuerte Zénzalo ſe aleja,
Y de la fuerza de ſus golpes crudos
El buen caballo alígero ſe queja,
Con los hijares de la piel deſnudos:
Dice el Moſquito que à los otros dexa
De puro eſpanto de ſu reto mudos,
A batalla campal deſafiados,
Y haſta los miſmos tuetanos retados.

LXI.

Entraron las Hormígas en conſulta
Con la Pulga y Araña, Chinche y Piojo,
Que yá la rabia de ſu pecho oculta
Patente mueſtran, y el rencor y enojo:
Al fin, de un largo conclave reſulta,
Que al eſparcir ſus hebras el Dios roxo,
Tengan ſu gente en orden en campaña
La Pulga, Chinche, Piojo, Hormíga, Araña.

LXII.

Voló luego la voz dexando abſorta
La furioſa caterva à quien aviſa,
Que en breve tiempo, y en diſtancia corta
Todo Hormíga ſoldado ſe arme apriſa:
Mucho (dixo el Mirnuca) mucho importa
En tal neceſsidad y tan preciſa,
Que al punto nueſtro campo al enemigo
Y al retadór blaſphemo dé el caſtigo.

El

LXIII.

El Moſchifuro con los ſuyos tenga
Su lugar en el muro, y ſus enredos,
Y caviloſas máchinas prevenga
Contra los Mirmiliónicos denuedos:
El Fifolgel con ſus eſquadras venga,
Y los del Caganielo ſe eſtén quedos
Haſta que dén la ſeña deſde el muro
Las piezas que diſpara el Moſchifuro.

LXIV.

A nueſtro magno Graneſtór ſe encarga
Una eſquadra feróz de gente Hormíga,
Todos con armas dobles, y haſta larga,
Que repriman la cólera enemíga;
Cubriendo el pecho de eſpacioſa adarga,
Luego mi eſquadra ſus pendones ſiga,
Y tras ella el famoſo Caganielo
Con gente de la Pulia enlute el ſuelo.

LXV.

Eſto dixo el Mirnuca, y al inſtante
Que los ſoldados ſu razon oyeron,
A dár orden y traza en lo importante,
Y à armarſe para el caſo ſe partieron:
De fino acero hermoſo y rutilante
Los varoniles miembros reviſtieron,
Y el corazon de rabia, de manera,
Que palpitaba por ſalir afuera.

Ar-

LXVI.

Armaſe el Graneſtór, y al campo ſale
Veſtido del terrible y fuerte globo,
Que al trigo cubre, porque el Rey ſe vale
De armas en que ſus fuerzas hacen robo:
No hai dura punta que ſu peto cale,
Ni hai en los montes de la Arcadia lobo
Hambriento, que la oveja aſsi perſiga,
Como à las Moſcas eſte Rey Hormíga.

LXVII.

Aunque era viejo el Graneſtór, tenia
De una robuſta juventud aſſomo,
Que mas en ſu vejéz reſplandecía,
Aunque era engaſte de diamante en plomo:
Porque con ſer decrépito ſolia
Cargar alguna vez ſobre ſu lomo
Un entero y peſado grano de haba,
Y en ſu caverna lóbrega lo entraba.

LXVIII.

Una eſpíga de trigo le dió el haſta,
Que à las demás excede en agudeza,
Contra la qual y ſu rigor no baſta
El peto de mas ſólida corteza:
Con eſta lanza y ſu valor contraſta
Del contrario enemigo la fiereza,
Haciendoſe temér el fuerte Hormíga,
A poder de los botes de ſu eſpíga.

De

LXIX.

De la piel de un gusano el Moschifuro
Soberbio armado vá de punta en verde,
Por ser reparo tan terrible y duro,
Que nunca falta, ni su fuerza pierde:
Y aunque iba sin las armas bien seguro,
Quiere que en los cien pies se le recuerde
Aun à Júpiter santo y soberano,
El miedo que le puso Centimano.

LXX.

Lleva la piel vestida de manera
Desde la zanca larga hasta la cara;
Y todos los cien pies saliendo afuera,
Que aun à los Dioses pienso que espantára:
Ninguno su figura y talle viera,
Que en viendole al momento no juzgára,
Que su semblante temerario y feo
No era la misma forma de Briaréo.

LXXI.

Con una escama de animal marino
Armado el fuerte cuerpo, y temerario,
El general de los Hormígas vino
Amenazando el trage à su contrario;
Mas reluciente que de acero fino
Era el lucido peto extraordinario,
Por ser arma vistosa y peregrina
La escama que vistió de la sardína.

LXXII.

Una redonda eſcama cubre el pecho,
Otra la eſpalda contrapueſta cubre,
Otra le dió el eſcudo de provecho,
Que brazo y mano con ſu anchura encubre:
En el brazo fortiſsimo derecho
El haſta temeraria ſe deſcubre,
Que el miſmo pez marino de ſu lomo
Le dió la lanza de terrible tomo.

LXXIII.

La eſpína raſpa por ſu lanza enriſtra,
Y aunque del lomo de la beſtia horrenda
Con el ſoberbio brazo la adminiſtra,
Sin que ſu peſo y gravedad le ofenda:
La punta aguda para herir regiſtra,
Porque pienſa el Hormíga en la contienda
Eſpetar en ſu lanza por la punta
Del fuerte Mirmilion la hueſte junta.

LXXIV.

O quien huviera viſto por ſus ojos
Sobre una gran Langoſta caballero
Al Fifolgel caudillo de los Piojos,
Que iba delante dellos el primero:
Reventando de cólera y enojos
A ſu caballo alígero ligero,
Con el freno los ímpetus refrena,
Que al Cielo arroja la menuda arena.

El

LXXV.

El Putrífola Chinche con dos alas
De gente fuerte de Letiria infantes,
Todos cargados de veloces balas,
De las mas duras armas penetrantes,
Sale, y cubiertos de bizarras galas
Se llegan à ocupar ſu pueſto, y antes
Llega el Mirnuca, y con prudencia entabla
El eſquadrón, à quien esfuerza y habla.

LXXVI.

Quien ponderar pudiera las razónes,
Que el general Mirnuca les decia,
Alentando los flacos corazones,
Y el ánimo que en ellos infundía:
En ſus lenguas hablaba à las naciones,
Porque todas ſin duda las ſabía,
La Arañíl, Hormigueſa, y la Piojeſca,
La Chinchona, Letirica, y Pulgueſca.

LXXVII.

Era el Mirnuca capitan mui dieſtro,
No como otros que al campo apenas ſalen,
Quando quieren que à dieſtro y à ſinieſtro
Todas las fuerzas del contrario talen:
Maduramente como gran maeſtro
Mira los eſquadrónes como ſalen,
Y en partes convenientes los aplica,
Y ardides y invenciones les fabrica.

LXXVIII.

O qual andaban yá las furias locas
Dando por los exércitos carreras,
Llevando abiertas ſus terribles bocas,
Vomitadoras de ponzoñas fieras:
Los corazones débiles en rocas
Convirtiendoſe ván, y ellas ligeras,
Sembrando mil peſtíferos venenos,
Dexan los campos de furores llenos.

LXXIX.

Sus cabellos ceráſticos deſmiembra
Theſiphone la fiera, que con ira
Por el Moſchino exército los ſiembra,
Y à todas partes con ſoberbia tira:
Por el eſtruendo varoníl la hembra
Rabiando paſſa, y vomitando gyra,
Sin dexar parte en quanto el campo ocupa,
Donde fuego no vierta, y rabia eſcupa.

LXXX.

Una Serpiente víbora le arrima
Al Rey Sanguileon al dieſtro lado,
Que à la venganza ſu furór le anima
Del muerto Ranifuga no vengado:
La memoria de nuevo le laſtíma,
Llegando à ſus entrañas el bocado,
Con que la mala víbora le aqueja,
Mas que el Aláno al Toro por la oreja.

La

LXXXI.

La furia Aleto con la misma saña
Furiosa arranca su encrespada greña,
Y arroja con furór por la campaña
Los monstruosos cabellos que desgreña:
Los corazones riguroſa ensaña,
Y en ellos mismos dibuxado enseña
La afrenta y el agravio cometido,
Las muchas muertes, y el honór perdido.

LXXXII.

Al Caganielo Pulga representa
Del Ranifuga Mosca la ossadía,
Quando el Púlico alcazar vió su afrenta,
Tinto en la sangre de su gente un dia:
Al Fifolgel castiga y atormenta,
Recordandole aquella tyranía,
Quando en el campo cútico murieron
Los Piojos que à la Pulga ayuda dieron.

LXXXIII.

La endiablada Meguera à las Hormígas
Les trahe à la memoria el grande estrago,
Que hicieron las canallas enemigas
Quando chuparon de la sangre el lago:
Que nunca en tantas bélicas fatigas
Ellas se vieran, si en el dia aziago
La nube de las Moscas no llegára,
Y la sangre Pytónica chupára.

LXXXIV.

En lo interior del ánimo predica,
Y à los ſentidos de la Hormíga gente
Mil figuras diabolicas aplica,
Incitadóras de furór ardiente:
El ſuceſſo feróz les pronoſtíca,
Y aqui y alli volando diligente
Royendo fuertes corazones paſſa,
Y en colérico fuego los abraſa.

LXXXV.

Mirad ſecretamente les pregona,
Que ſois ſangre ſin par de aquella beſtia,
Que al ſoberano parto de Latóna
Pudo cauſar temór, y dár moleſtia:
Pues ſi eſto, Hormígas, vueſtra fuerza abona,
Solo podrá ſervir vueſtra modeſtia,
Si os haceis miel, de que la Moſca os coma,
Que yá el camino para hacerlo toma.

LXXXVI.

Yá del infame tóſigo y veneno
Por las fieras hermanas eſparcido,
El un campo y el otro eſtaba lleno,
Y à la campal batalla apercebido:
Yá vomitaron del furioſo ſeno
El rencór que del Reino del olvido
Las tres ſembraró, que en los pechos fuertes
De la chuſma produxo horrendas muertes.

LXXXVII.

Yá las Chicharras con eſtruendo y grita
Eſtán las duras erres redoblando,
Y la caterva bélica infinita
Los ſoberbios eſcudos embrazando:
La voz à los ſonípedes incita,
Y por ſalir furioſos relinchando,
Eſpuma vierten, y los frenos muerden,
Y con la alteracion el orden pierden.

LXXXVIII.

Ay ay Hormígas! de tan fiera Erine
Quien habrá de voſotras que ſe eſconda?
Quien que la tierra con ſus uñas mine,
Sin que el hado común le correſponda?
Mas à qué parte ireis donde no atine,
Nemeſis la ſoberbia con la honda,
Que yá à ſu dedo con rigor enlaza
Con que la muerte à todos amenaza?

LXXXIX.

Yá el enemigo que ſalgais aguarda,
Yá aviſan las Chicharras la ſalida,
Yá ſoplan las Eumenides, porque arda
La llama en vueſtros pechos encendida:
Solamente mi pluma ſe acobarda,
Sin entrar en batalla vá vencida,
Pero demosle un corte, que con tanto
Saldrá ligera, y perderá el eſpanto.

LA MOSCHEA.

CANTO UNDECIMO.

I.

POlymnia, tu que tus virgineas ſienes
Del incorrupto lauro (eterna gloria
Del ſacro Phebo) coronadas tienes,
Que eternizan en ti fama y memoria:
Si à dár ayuda à quien te invoca vienes,
Preſto tendrá dichoſo fin la hiſtoria,
A quien con tu favor principio diſte,
Porque ſus trances y remates viſte.

II.

Si acaſo inſpira tu memoria eterna,
Y fuerza preſtas à la flaca mia,
Que en eſte mar immenſo ſe gobierna
Por tu eſpiritu manſo que la guia:
Si en un eſtrago tal la ſed interna,
Que el vil temor en ſus entrañas cria,
El aura dulce de tu aliento apaga,
Avivando mi voz que el miedo eſtraga.

Què

III.

Qué de ſuceſſos varios y inaudítos
El alma me eſtimúla que prometa
Por hiſtórica pluma nunca eſcritos,
Ni por voz modulados de Poeta:
Qué de golpes horrendos y infinitos,
Que obligaron al Delphico Planeta
A cerrar las cortinas de ſu coche,
Dexando al mundo en tenebroſa noche.

IV.

Al principio Lybethride en mi Idea,
Que el concepto confuſo me enſeñaſte,
Deſde el principio que de la Moſchéa
La fundacion y círculo notaſte:
En tus manos el agua, hermoſa Dea,
Favores ſoberanos me enviaſte,
Y fué tan poca, que contando eſtragos,
Se me acabó el liqüór à pocos tragos.

V.

Mas yá que à coſas grandes me adelanto,
Y tan cercano de la viſta tengo
El ſumo miedo, y el mayor eſpanto,
Y que caſi temblando à cantar vengo:
Para que mas feliz proſiga el canto,
Muſa, mayores ruegos te prevengo,
Que ſi ſu fuerza à tu Deidad inclina,
Saldrá mi voz alegre y mas ladína.

VI.

No pido de Aganipe ni Sebetho
Para mis cantos el cryſtal del agua;
Ni la que tuvo del caballo efecto,
Que la alta cumbre de Helicón deſagua:
Que aũque pudieran en qualquiera aprieto,
Matar el fuego de mi ardiente fragua,
Y eſpecial eſte en que mi pecho teme,
Que envuelto en fuego bélico ſe queme.

VII.

Pero porque el valor y esfuerzo ſobre,
Quando mas en la horríſona pelea
Me ſobreſalte el miedo, y fuerzas cobre;
Donde la tuya ſin igual ſe vea:
Al que de aliento y de conceptos pobre
Implora tus favores y deſea,
Con mayores ventajas los aplica,
Y tus gracias reparte y comunica.

VIII.

Es poſsible que no tiene el Pierio,
Ni el alto Citheron adonde quepa
Para un neceſsitado miniſterio
La fructífera parra y fértil cepa?
Es poſsible à quien tanto el hemiſpherio
De vueſtros montes ſacroſantos trepa,
Que en ſu círculo y máchina redonda
Eſta divina planta ſe le abſconda?

IX.

Y si à tu vista se descubre acaso,
Y del liqüór que largamente arroja,
Desde la excelsa cumbre del Parnaso
Favorecer mis ruegos se te antoja:
Si dél me ofreces el colmado vaso,
Y mis livianos su liqüór remoja,
Presto verás lo que en accentos obro,
Las grandes fuerzas, y el vigor que cobro.

X.

Verás, hermosa Nympha, como saco
La voz alegre al canto que pretendo,
Y de módulos lleno el áire opaco,
Con que mi accento en su region extiendo;
El vivo aliento de mi pecho flaco
Saldrá, y verás que el furibundo estruendo
De la bélica fuerza que describo
No sale un punto del origen vivo.

XI.

Si el sacro humór en mi interior destila;
Verás al mismo instante, Nympha sabia,
Como al entendimiento despabila
De la ignorancia que su luz agravia:
Verás como miraste à la Sybila
Mi pecho lleno de inaudíta rabia,
Y el divino furór de la Cuméa,
En los visages de mi cara fea.

XII.

Mas yá los truenos con ſu grito aviſan
A mis ſentidos que la chuſma llega,
Y unos con otros los contrarios piſan;
Dando principio à la ſin par refriega:
Yá accelerados los caballos piſan,
Y la viſta del Cielo el polvo niega,
Y yá en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.

XIII.

La eſpuela el fuerte Aſinicedo arrima
Al ligero Pulgón que al punto vuela;
Miralo el crudo Fifolgel, y anima
Su caballo Langoſta con la eſpuela:
Si el ſoberbio Moſquito pone grima,
La ſangre el Piojo à quien le mira hiela;
Sigue al valiente Zénzalo ſu gente,
Y ſu caterva al Montañés valiente.

XIV.

Reſuena el grito en el altivo Polo,
Que tanta gente deſde el ſuelo envia;
Turbaſe entonces la region de Eolo
Con tan ſúbita y grande voceria:
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió ſu cara eſcureciendo el dia,
Y al ſon de las trompetas y atambores
La tierra ſe eſpantó con mil temblores.

Para

XV.

Parten à darſe los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros;
Cercanos yá por los ligeros trotes
De ſus bravos caballos y ligeros:
Llegan diciendoſe injurioſos motes;
Y para herirſe los caudillos fieros
En los eſtribos con furór ſe plantan;
Y airados de las ſillas ſe levantan.

XVI.

Baxa ſu lanza el capitan Moſquito,
Que era de un Caracól el cuerno largo;
Y el Fifolgel la ſuya de hito en hito
Le encara y pone à ſu carrera embargo:
Navegára las ondas del Cocito
El Rey Moſquito, que en el trance amargo,
Si acaſo de la ſilla no ſe arroja,
El Piojo de la vida le deſpoja.

XVII.

Del pobre Aſinicedo dió tal vuelo
El haſta en mil pedazos dividida,
Que à parecer la Luna por ſu cielo,
Mui bien pudiera ſer de alguno herida;
Pero la tieſſa lanza que en el ſuelo
Al Moſquito tendió caſi ſin vida,
Por ſer de una Cigarra zanca fuerte,
Era mas propria para dár la muerte.

XVIII.

Volando passa el temerario Piojo,
Y à la Zénzala gente airado mira,
Y envuelto en rabia, cólera y enojo,
Por todas partes espantando gyra:
El campo dexa con la sangre roxo,
Que vierte de los Zénzalos su ira,
Y semivivo el Rey Asinicedo,
Entre muertos Mosquitos se está quedo.

XIX.

Mezclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furór se pegan
Golpes tan sin piedad, y temerarios,
Que los ecos sin duda al Polo llegan:
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al Cielo vuela, y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.

XX.

Quando desde su puesto el Rey Mirpredo
Los Zénzalos miró desbaratados,
Y en tierra à su bastardo Asinicedo,
Y del Piojo los golpes tan pesados:
No sufrió su valor estarse quedo,
Y animando la voz à sus soldados,
Contra el gran Fifolgel furioso arranca,
Sin temor de su fuerte lancizanca.

XXI.

Caballero en un Zángano acomete,
Y del Mirnuca ſu partida viſta,
Gente furioſa con los Piojos mete,
Que el furór Mirmiliónico reſiſta:
Sobre un alado y largo caballete
Manda à la Pulga que furioſa enviſta,
Y el caballo ſin par alzando el vuelo,
Lleva ſobre ſu lomo al Caganielo.

XXII.

Es eſte caballete única y ſola
Beſtia, ſin otra alguna ſemejante,
Con alas altas, y poblada cola,
Preſencia, y cuello erguido y arrogante:
Su lanza ſobre el Zángano enarbola
Contra la Pulga pueſta por delante
El Mirmilion, pero la Pulga al punto
Su lanza pone con ſu brazo à punto.

XXIII.

Arrima el brazo à ſu derecho ſeno
El fuerte Mirmilion, y el haſta aplica,
Y con la punta de un ſoberbio heno
El lado dieſtro al Caganielo pica:
El Pulga endemoniado de ira lleno
Sus grandes fuerzas al Moſcón publica,
Rompiendo deſde el pecho haſta el coturno
El ala del Murciegalo nocturno.

Era

XXIV.

Era la de la Pulga lanza fina,
Contra cuyo remate no se halla
Reparo ni defensa peregrina,
Acero duro, ni templada malla:
De un cardo corredór era la espína;
Con cuya aguda punta en la batalla
Dexára sin remedio traspassado
Qualquiera cuerpo de Moscón armado.

XXV.

Passa la fuerte Pulga como un rayo
Pensando que dexaba medio muerto
Al Mirmilion, y á no darle al soslayo,
Que le dexára sin la vida es cierto:
No siente entonces el Moscón desmayo;
Que en el campo de Piojos mas cubierto
Abre camino, y la caterva aparta,
Y los que no, en su lanza los ensarta.

XXVI.

Yá las Pulgas y fuertes Mirmiliones,
Los Zénzalos y Piojos tienen juntos
Sus quatro valerosos esquadrónes,
Que la muerte se dan por breves puntos:
Yá se miran de cuerpos los montones,
Piojos, Pulgas, y Zénzalos difuntos,
Y otros en sangre de sus cuerpos mismos
Nadando con mortales parasismos.

Què

XXVII.

Qué de ginetes ſin caballos huellan
La tierra mal heridos los pobretes!
Qué de caballos ſueltos que atropellan
Los míſeros ſoldados ſin ginetes!
Qué multitud de ſeſos que ſe eſtrellan,
Sin reparo de duros capacetes:
Qué máchinas tambien de mallas duras
Son de los que las viſten ſepulturas!

XXVIII.

Como la gente de la Pulia vino,
Y al bravo Mirmilion en la carrera
Salieron, eſtorbandole el camino,
Porque llegar al Piojo no pudiera:
El Montañés gallardo ſobrevino,
Eſpoleando ſu Langoſta fiera,
Y quando vió la Cigarrina zanca,
Volvió la beſtia zángana ſu anca.

XXIX.

Si el Mirpredo la rienda no revuelve
Tras el encuentro de la Pulga, es llano,
Que entre los muertos míſeros le envuelve
El gran rigor del Fifolgel inſano:
Dexa de perſeguirle el Piojo, y vuelve,
Porque no ſe le paſſe el tiempo en vano,
Y de Zénzala turba y Mirmiliona
Un cúmulo de gentes amontona.

XXX.

Todo lo mira el Tábano, y airado,
Viendo la extraña mortandad y riza;
De ſu exército fuerte por un lado
Colérico y ſañudo ſe desliza:
De ſu Tábana gente acompañado
Con ſu agudo talón la yegua atiza,
La qual echando fuego por los ojos,
Furioſa arremetio contra los Piojos.

XXXI.

Cinco cabezas ſe llevó de un tajo
De grandes Piojos el ſoberbio Marte,
Abriendo ſenda aunque con gran trabajo,
Los muchos muertos que dexaba aparte:
De una ſola eſtocada uñas abaxo
Siete Pulgas paſſó de parte à parte,
Y qual ſi fueran cuentas de roſario,
Las enſartó en ſu filo temerario.

XXXII.

Aguarda vá diciendo, Piojo infame,
Aguarda Fifolgel, aguarda Piojo,
Que quiero que tu ſangre vil derrame
Hoja que fué del Abejón deſpojo:
Aguarda, ſi no temes que te llame
Para que mire con tu ſangre roxo
El campo donde vuelas por la poſta
Sobre el lomo velóz de tu Langoſta.

Oyó

XXXIII.

Oyó el ſoberbio Montañés las voces
Con que el Tábano aſſombra la campaña,
Y vuelve à ſu caballo los veloces
Vuelos, y en ſangre el acicate baña:
Mal (le reſponde) bárbaro conoces
El ſingular valor de la Montaña,
Preſente tienes al que infame nombras,
Que ha de enviarte à las eternas ſombras.

XXXIV.

Arrimale la zanca de Cigarra
Al eſpantable Tabaneſco pecho,
Que con lucidas armas y bizarra
Preſencia, ſe partió contra él derecho:
El fortiſsimo peto le deſgarra,
Que era con arte y con primores hecho,
En mil encuentros bélicos probado,
Y de un negro viſtoſo pabonado.

XXXV.

De un negro eſcarabajo la piel dura
El cuerpo grande al capitan rodéa,
Que todo el pecho cubre y la cintura,
Sin que miembro ſin armas ſe le vea:
Viſte ſu endemoniada catadúra
De la cerviz abominable y fea
Del monſtruo miſmo que al Moſcón le viſte
De negras armas, y figura triſte.

Tan-

XXXVI.

Tanto temor el Tábano inhumano
Sembraba con las armas que vestía,
Como puso en las gentes el Thebáno
Quando la piel Leona se cubria:
Si le vieran à pié, tengo por llano,
Segun lo que à Thyrinthio parecia,
Que por Hércules Mosca le tuvieran,
Y de espanto de verle se murieran.

XXXVII.

Y no se alabará de una lanzada,
Que dió en su peto el Fifolgel valiente,
Pues le pagó en lo mismo la peonada,
Y en lo que mas el fuerte Piojo siente:
Alza su hoja y cortadóra espada,
Que agravio sin venganza no consiente,
Y un tajo sacudió tan sin remedio,
Que su escudo partió de medio à medio.

XXXVIII.

Pues decir que no era de una pupa
Una pesada y defensiva plancha
De las que el Piojo en la cabeza chupa,
Tan larga y ponderosa como ancha:
La carrera de estorbos desocupa
El Tabanesco, y con su espada ensancha,
Para passar su gente echando chispas,
Caballeros en rígidas Avispas.

En

XXXIX.

Entre las Pulgas míseras se lanza
Con su gran capitan el Tabanismo,
Y en ellas ván haciendo tal matanza,
Que el cãpo vuelven de su sangre abysmo:
Quando el Rey Caganielo à vér alcanza
La tropa Tabanesca, al punto mismo
La rienda larga al Caballete suelta,
Y del tropél huyendo dió la vuelta:

XL.

Sigue à la Pulga el Tábano, y el Piojo
Al Tábano persigue, corre y llega,
Y alli desquita su passado enojo
Del escudo quebrado en la refriega:
Mira la yegua Avispa de mal ojo,
Y un golpe con tan gran rigor le pega,
Que le vino à passar una y otra anca
La punta de su fuerte lancizanca.

XLI.

Bien corrió el Fifolgel una gran legua
Con tal lanzada, pues con ella ufano
Cortó los vuelos à la hermosa yegua,
Que sustentaba al Tábano inhumano:
Mas yá quebranta la impensada tregua
El aturdido Zénzalo, que en vano
Fué sin duda ninguna su caida,
Pues de entre muertos sale con la vida.

XLII.

El fuerte Asinicedo resucita,
Y à la Pulguina gente mas cercana
Piernas y brazos les desmiembra y quita;
Y el suelo sangre de enemigos mana:
Multiplican los miseros la grita,
Oyelo el bravo Rey de la Tabána,
Y parte como un Cesar, y desnuda
Su espada espino, al Rey Mosquito ayuda.

XLIII.

Mueve el Mirnuca sus esquadras luego
Que vió que las del Tártaro salian,
Y la chusma Letiria echando fuego,
Mil encendidas balas les envian:
Contrarias al estrépito Manchego
Colérica las Chinches se desvian
De su primero sitio, y bien armadas
Les siguen las Hormígas las pisadas.

XLIV.

Viendo el Sicaborón los fuertes hechos
De los grandes Moscónes, y que vienen
Contra sus fuerzas con furór derechos
Quantos soldados los contrarios tienen:
Anima entonces los hambrientos pechos
De sus crudos Moschinos, y previenen
Con rabia immensa sus agudos dientes
Para morder los Piojos insolentes.

XLV.

Manda que la Manchega y la de Arjona,
Y los tercios tambien de Andalucía,
Lleguen adonde el Tábano amontona
Quantos la Pulia y la Montaña cria:
Porque el miſmo Rey Tártaro en perſona,
En rompiendo la fuerte infantería,
Entrará con ſeiſcientos caballeros
Enſeñando à los Piojos ſus aceros.

XLVI.

Saca ſu trompa la de Arjona, y della
Furioſa deſenváina la navaja,
Y como rayo rígido ò centella
La de la Mancha con ſu gente baxa:
La ſoberbia Andalúz hecha una pella
Por ſer primera en el romper trabaja,
Y el Tártaro tras ellas encubierto
Viene ſiguiendo el bélico concierto.

XLVII.

Qué tajos temerarios y reveſes
Furioſos tiran con que al mundo eſpantan!
Qué acerados eſcudos y paveſes
A fuerza de los golpes ſe quebrantan!
Que caterva de Piojos Montañeſes
A poblar el infierno ſe adelantan!
Qué máchina de Pulgas acompaña
Los que al infierno ván de la Montaña!

XLVIII.

Rompe primero la Andalúz caterva
Con la atrevida gente de la Mancha,
Llegan adonde con la espada acerba
El Tábano feróz su espacio ensancha:
Quando contra la indómita y proterva
Gente del Piojo vió favor, su ancha
Entonces con mayor esfuerzo esgrime,
Porque viendole el Zénzalo se anime.

XLIX.

Sale el fuerte Putrífola al momento,
Y con tanta soberbia y furia llega,
Que derribando vá de ciento en ciento
Los infantes que lleva la Manchega:
El Fifolgel con su favor contento,
Su lanza entonces con esfuerzo juega,
Y à las parejas el temido Pulga
Sus fuerzas con sus ímpetus divulga.

L.

Quando vió el Barrilienſe la ossadía,
Que con socorro de la Chinche gente
El atrevido Montañés tenia,
Y de la Pulga el ánimo insolente:
Anima su feróz caballería,
Y rompiendo furioso de repente,
Hizo al caballo grillo que en un vuelo
Le viesse el Fifolgel, y Caganielo.

LI.

No has visto alguna vez, lectór benigno,
(No te ofenda mi rústico idioma)
La multitud de aves que al camino
Sale el Agosto à procurar que coma?
No has visto digo el miedo repentino
Con que se ahuyentan si el Azór assoma;
Y con temóres de perder la vida
Vomitan por las colas la comida?

LII.

Pues de aquel modo, de la misma suerte,
Quando la Pulga y Piojo se encarnizan,
Dando à la turba Tábana la muerte,
Y con rabia mayor se encolerizan:
Quando al Tártaro vén armado y fuerte
De la uña del hombre, se deslizan,
Y unos de espanto quedan medio muertos,
Otros escapan de temor cubiertos.

LIII.

Volando passa en su caballo grillo,
Que con bocados y furiosas coces
Vá matando mas Pulgas que el caudillo
Con lanzadas mortíferas y atroces:
Retiranse los Piojos al castillo,
Y al Tábano y al Zénzalo dá voces
El Tártaro, que al suyo se recojan,
Y ellos entonces mucho mas se enojan.

LIV.

Poneſeles con ánimo delante
Forzando à los dos Reyes que le miren;
Y dales à entender que es importante,
Que al caſtillo al momento ſe retiren:
Partenſe los ſoldados al inſtante,
Antes que lleguen, y las Chinches tiren
Las fuertes balas, con que fuego pegan,
Que eſtá mirando el Tártaro que llegan.

LV.

Retira da mas linda ni à tal punto
Hiſtoria verdadera no pregona
En quantas ha tenido el furór junto
El ſoberbio Gradivo con Belona:
Sin duda fuera el Tábano difunto,
Y ſin vida la Zénzala perſona,
O yá que entrambos eſtuvieran vivos,
Fueran del Moſchifuro dos cautivos.

LVI.

Era ſin duda el Tártaro Moſchino,
Tras ſer de tanta fuerza y tan valiente,
De las coſas futuras adivino,
Pues previno peligro tan patente:
Apenas ſe retiran quando vino
El Moſchifuro Araña con ſu gente,
Que en ſola una rociada mil ſoldados
Se llevó entre ſus telas enredados.

No

LVII.

No quiſo el Rey Sanguileon quedarſe
(Como ſuelen decir) en la ventana
Mirando al Toro, que antes de vengarſe,
Mientras le agravian mas, mueſtra mas gana;
A las Abejas manda adelantarſe,
Para que con ſu fuerza mas que humana
Rompan ſi acaſo tiene el Moſchifuro
Con ſus redes el campo mal ſeguro.

LVIII.

Y apretando las piernas al morcillo,
Y la mano à ſu lanza temeraria,
Arranca con ſu gente el gran caudillo
La muerte amenazando à la contraria:
Guarda, canalla Hormígena, el cuchillo
De tu vida, ſoberbia extraordinaria
De la turba Letirica y Araña,
Guarda, que vá la muerte y ſu guadaña.

LIX.

Corre la gente loca y furibunda,
Y al ſitio adonde ſe combate llega,
Como el hinchado Moſcas quando inunda
De la encumbrada Cuenca la ancha vega:
Tala el campo ſu fuerza y barahunda,
Con quanto encuentra ſu furór anega,
El eſtruendo de Xúcar fortalece,
Su caudal ſe mejora, y furia crece.

LX.

Crece en el bando Moſcatél confuſo
El furór y la ira, que la gente
Del Rey Sanguileon en ellos puſo
Animo fiero, y proceder valiente:
Yá la ſoberbia y el rencór incluſo,
Que eſtimulaba el corazon ardiente,
Llamas vomíta del oculto ſeno
De vil furór y abraſadór veneno.

LXI.

No tardó el Graneſtór, que al miſmo paſſo
Que el Rey Moſca ſalió, luego al momento
Los hijares laſtíma à ſu Pegaſo,
Y vá partiendo con ſu curſo el viento:
De Hormigas vá cubriendo el campo raſo,
Que no hai para contarlas ſuma ò cuento,
Moſtrando à los contrarios ſus adargas,
Sus fuertes yelmos, y ſus lanzas largas.

LXII.

No ſe deſcuelga por ſu madre angoſta
Con la turbia color ſanguinolenta
Con mas ligero curſo que de poſta,
Quando à los vientos ſu carrera afrenta:
De los cerros que el tiempo ſeco agoſta
El arroyo velóz de la pimienta,
Con cuyas aguas ſucias Huecar loco
Al coronado Xúcar tiene en poco.

LXIII.

Como esta gente, que à la guerra y lucha
Caballeros fortisimos y infantes
Corren, bañando con la sangre mucha
El suelo que se vió sediento antes:
En el centro del Erebo se escucha
La voz de los heridos y matantes,
Y saltan los espiritus alertos
Aguardando las almas de los muertos.

LXIV.

Qué de vitales hebras que se cortan
En el verano de la vida en verde!
Qué de términos largos que se acortan;
Y qué de chusma del vivir se pierde!
Qué de almas al infierno se transportan;
Qué de caterva altiva el suelo muerde!
Y entre pies de caballos, qué caterva
Los Astros miran de la suerte acerba!

LXV.

Cubierta está la tierra de cabezas,
Higados, assaduras, y pulmónes,
Brazos, coradas, piernas, y otras piezas,
Quitadas à los miseros varones:
Qué de astutos ardides, qué proezas
Es necessario, Fama, que pregones!
Porque si no eres tu con tantas lenguas,
Quien con una podrá sin caer en menguas.

Quien

LXVI.

Quien creerá de los hõbres, que una guerra,
Si de muchos ſoldados, no gigantes,
Aunque de horrẽdos monſtruos de la tierra,
En fiereza à los otros ſemejantes:
Que haſta en la quadra celeſtial q̃ encierra
El Planeta mejor de los errantes,
Metieſſe el grito del furór prolixo,
Convirtiendo en temor ſu regocijo?

LXVII.

Eſtando el ſacro Júpiter comiendo
Mui opiparamente alegre y lauta
Riyendo, que ſin duda eſtaba haciendo
Geſtos la Dioſa Múſica en ſu flauta:
La divina caterva (caſo horrendo,
Que aun haſta alli no fué la guerra cauta)
Brazos y piernas de Moſcones vieron,
Que en la meſa beatifica cayeron.

LXVIII.

Ceſſár les hizo la comida y riſa,
Y aun à fé que mudaron los colores
Algunas Dioſas, y con harta priſa
Sintieron de las tripas los dolores:
Huvo tambien neceſsidad preciſa,
Por cauſa de los péſsimos olores,
De que aplicaſſen perfumados paños
De las narices ſantas à los caños.

Una

LXIX.

Una cabeza de ſoberbio Piojo
Hizo quitar del mirador del cielo
Al dadór de la luz que le dió antojo
De vér por entre dos nubes el ſuelo:
Porque apenas mirando de medio ojo
La tierra eſtuvo el Dios, quãdo en un vuelo;
Si no ſe aparta la Piojil cabeza,
Maculára con ſangre ſu belleza.

LXX.

De la Pulia y Montaña fueran pocos
Los que eſcapar pudieran ò ninguno,
Si no huyeran, que à todos como à locos
Les diera muerte el Tártaro uno à uno:
Solo en ſu contra queda haciendo cocos
El Moſchifuro aſtuto y importuno,
Que arremetiendo por ſus gentes grueſſas,
Mil almas lleva entre ſus redes preſas.

LXXI.

Mas quien pudiera al paſſo del deſeo
Llevar por el papel la torpe pluma,
Y de las coſas que à montones veo,
Cifrar aqui con diſtincion la ſuma:
Alli al eſtruendo de Letiria feo
Con el ancho pavés y lanza abruma
El Mirmilión, que ha tiempo yá que calla;
Porque obra mas que dice en la batalla.

Con

LXXII.

Con la vista al Putrifola amenaza;
Que del Tártaro astuto se retira,
Pero el Chinche valiente al punto traza
La muerte ò el assombro al que le mira:
Disparale dos granos de mostaza,
Que son las balas que encendidas tira,
Llenas de fuego artificial, mas luego
Abre camino el Mirmilión al fuego.

LXXIII.

Aparta à un lado el Zángano, y no aguarda
Que las balas le toquen à la ropa,
Que aunque fuera de acero hará que arda
Tan grande fuego qual si fuera estopa:
Passan como de tiro de bombarda,
Y con la chusma Mirmiliona topa
El un globo y el otro, y los dos juntos
Dexaron veinte míseros difuntos.

LXXIV.

Alli la raspilanza del Mirnuca
Entre todas las otras resplandece;
Que con terribles ímpetus trabuca
Todo quanto delante se le ofrece:
Alli con mas rigor la flor caduca
De la dispuesta juventud perece,
Que aũque el Mirnuca es viejo, son sus años
Ministros fieros de mayores daños.

LXXV.

El grande Barrilienſe le acomete,
Aqui ſi que ſe eſcuchan golpes raros,
Que el eco cada qual de el ſuyo mete
En los retretes de la luz avaros:
El uno y otro general ginete
Furioſos aperciben los reparos,
Eſte la coſtra del Rocín matado,
Y aquel la dura eſcáma del peſcado.

LXXVI.

La raſpa y lanza con ſoberbia abaxa
La Hormiga contra el Tártaro, y ſañuda
Los pies aprieta, y con furór ultraja
Los hijares hinchados de ſu alúda:
Su caballo velóz de mas ventaja
Hace el pagano Tártaro que acuda,
Y en la mano derecha afierra el haſta,
Que no es la del Mirnuca mejor caſta.

LXXVII.

Un gato montañés de ſu bigote
Le dió la lanza al Tártaro pagano,
A cuya fuerza y tremebundo bote
No hai eſcudo ſeguro, ò peto ſano:
Ponelos juntos el ligero trote,
Y arrimanſe las puntas, pero en vano,
Eſta à la eſcama del peſcado llega,
Y la otra à la uña ſe le pega.

LXXVIII.

Paſſa el Mirnuca adonde la de Arjona
Su fuerza grande, y de los ſuyos preſta,
A la fiera caterva Mirmiliona
Entre la Chinche y Moſchifuro pueſta:
Mil almas en ſus redes aprifiona
El Araña, y con máchinas moleſta
El Putrífola Chinche, que ſus balas
Siempre à los Mirmiliones fueron malas.

LXXIX.

Pero de todas la mejor hazaña
Fué la del Rey Sanguileon, que viendo
Que ſe iba de ſus gentes la campaña
Por el Araña vil diſminuyendo:
Furioſo arremetió contra la Araña,
Yendo delante el furibundo eſtruendo
De las Abejas, que la red eſpeſſa
Quebrantaron quitandole la preſa.

LXXX.

Hizo el fuerte Mirnuca grandes pruebas
Contra el famoſo Mirmilión Moſquito,
Del eſtrago llevandole las nuevas
Al Rey Sanguileon el triſte grito:
No viſitáran ſus obſcuras cuevas,
Ni vieran de ſus montes el diſtrito
Los Mirmiliones otra vez, ſi acaſo
El Rey Sanguileon no alarga el paſſo.

LXXXI.

La ſimiente del cáñamo ſe cala
Sobre la real indómita cabeza,
Y vá ſobre el morcillo, que la bala
No hiende el viento con mayor preſteza:
Llega al Mirnuca que ſoberbio tala
Del bravo Mirmilión la fortaleza,
Y arrimale el agudo porcipelo,
Y echale de la ſilla por el ſuelo.

LXXXII.

Dió el general Hormíga tal caida,
Y fué el ruido de ſus armas tanto,
Que fué por el exército extendida
Su deſdicha cruel, pena y quebranto:
La tierra temeroſa que ofendida
Se vió del golpe que le puſo eſpanto,
Se eſtremeció de ſuerte que la tierra
Penſó que el gran Mirnuca le hacia guerra.

LXXXIII.

La gente de ſu exército mirando
Su general en tierra temeroſos,
Yá iban à la fuga los pies dando,
Para eſto haſta aquel punto perezoſos:
El Graneſtór mirólo, que matando
Eſtuvo en muchos trances peligroſos
Infinitas catervas à deſpecho
Del Tártaro feróz y de ſu pecho.

Pe-

LXXXIV.

Pero viendo cubiertos los caminos
De Hormígas que iban con temor huyendo;
Perdonales la vida à los Moſchinos,
Que la eſtaban con él antes perdiendo:
Tras ellos corre, y diceles, mezquinos,
Adonde vais ſin vueſtro honór corriendo?
Quien os ahuyenta quando un monte dexo
De muertos y de ſangre un mar bermejo?

LXXXV.

Tan preſto temeroſos ſe os olvida
La Pytonica ſangre que ſorbieron,
Donde la eſtirpe vueſtra diſminuida
Por eſtos viles, vueſtros padres vieron?
Pues donde caminais ſin ſer vertida
Mas ſangre de ſus cuerpos que bebieron
Del lago del Pytón, origen claro,
Que ha dado al mũdo vueſtro ingenio raro?

LXXXVI.

Volved ſobre voſotros y ſobre ellos,
Y con esfuerzo ſacudid el yugo,
Que oprime cada dia vueſtros cuellos,
Dandoos la guerra por mortal verdugo:
Que oy echareis del gran valor los ſellos,
Si eſtos que chupan el ajeno xugo
Las vidas pierden por las fuerzas vueſtras,
Que puſieron eſtorbo à tantas nueſtras.

Sea

LXXXVII.

Seguidme à mi, que vueſtro Rey me llamo,
Y me vereis, ſoldados, como entro,
Y con mis armas ſu bullicio infamo,
Dando ſus almas al profundo centro:
Vereis dellos la ſangre que derramo,
Y con mi lanza aguda en eſte encuentro
Quantos ñudos les corto de las vidas,
Con que las partes dos eſtán unidas.

LXXXVIII.

Vereis con quanta fuerza deſcalabro
La cabeza del vulgo Zenzalino,
Y en el cuerpo del Tártaro Rey abro
Para ſacarle el alma real camino:
Vereis ſi me ſeguís como los labro
De fuego, con el fuerte y repentino
Que acompaña mi furia con que abraſo
El exército vil por donde paſſo.

LXXXIX.

No le dexó la cólera amarilla,
Que bien el roſtro la color moſtraba,
Que acabe entonces ſu razon, y trilla
El camino que al campo le guiaba:
Como una furia vá ſobre la ſilla
Del animal hermoſo que enſeñaba
Por ſu cola la luz que en la Moſchéa
Halló de Vaca la cabeza fea.

XC.

Con eſtos dichos y palabras tales
Todos los flacos ánimos ſe encienden,
Que pueden mucho perſuaſiones reales,
Quando à los ſuyos reducir pretenden:
Dexan la fuga los vaſſallos leales,
Y por en medio del contrario hienden,
Rompen, deſtrozan, cortan, hieren, matan,
Atropellan, ſojuzgan, desbaratan.

XCI.

Qué de Moſcónes fuertes prenden vivos,
Metiendolos en cárceles obſcuras!
Qué de Hormígas feroces ván cautivos,
Y los eſconden en priſiones duras!
Qué bravos Mirmiliones vengativos
Padecen impenſadas deſventuras!
Qué de Chinches de máchinas cargadas
Viven à muerte infame condenadas!

XCII.

Yá no hai lugar en todo el campo adonde
Se pueda pelear, que la matanza
La ſuperficie de la tierra eſconde,
(O fiera inclinacion à la venganza!)
El pequeño lugar que correſponde
Al agudo remate de una lanza,
No ſe hallará de campo deſcubierto
Sin ſangre roxa, ò enemigo muerto.

XCIII.

Yá los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ò acicate,
Y solo sirve de que alli revienten
Quando el hijar cansado se les bate:
Yá los fieros soldados no consienten,
Que dure mas el bélico combate,
Quando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

XCIV.

Como los galgos que la lengua estiran,
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos mirã,
No la persiguen, ni tras ella vuelan:
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunq̃ en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza,
Sin que se atrevan à seguir la caza.

XCV.

Rinde à la fiera gente la fatiga,
Y se apodera de sus fuerzas, antes
Que los sujete y rinda la enemiga
Espada de contrarios arrogantes:
No se vé Hormiga que à la Mosca siga,
Ni Chinche que las balas penetrantes
Tire al Mosquito, ni caballo ò yegua,
Que yá no ponga à sus carreras tregua.

XCVI.

Vuelveſe el cielo decimo entre tanto
Que duraron los bélicos furores,
Precipitando tras ſu moble quanto
Se encierra en las eſpheras inferiores:
Tendió la noche ſu medroſo manto
Por el largo Oceano, y los temblores
No la dexaron que en el manto inxiera
La plata hermoſa de la octava eſphera.

XCVII.

Yá al galope Phlegón, Eoo, y Ethonte,
Y el rígido Pyroo baxan las frentes,
Y del zímico mar el horizonte
Dexan, y en triſte luto à los vivientes:
Yá el Sol dexaba al mas altivo monte
Privado de ſus rayos, que aunque auſentes
A vér el furór bélico eſtuvieron,
Por entre eſpeſſas nubes ſu luz dieron.

XCVIII.

Quatro caballos pálidos tirando
Iban el coche de la Dioſa negra,
Y temor el Gigante acompañando,
Mas temido que fueron los de Phlegra:
Por ſus paſſos el ſueño iba ſembrando
Lo que al canſado labradór alegra,
Pues no tiene ſu vida mejor dueño,
Que quando vive ſepultado en ſueño.

XCIX.

Con la lóbrega noche fué Morphéo
Trages mudando, y lenguas diferentes,
Y Phabetor mas vario que Prothéo,
Transformandoſe en aves y ſerpientes:
Moſtrando fué el temor ſu roſtro feo,
Entorpeciendo las mortales gentes,
Tomando por miniſtro para el caſo
Las eſpantables formas de Phantáſo.

C.

Cierra la noche de la luz las puertas,
Y el ſitio adonde ſe batalla mide,
Y à las catervas de canſancio muertas
La guerra por entonces les impide:
Las unas y otras con temor deſpiertas
Treguas ponen entre ellas, y deſpide
La noche el fuego y bélico aparato,
Haſta que toque el alba otro rebate.

CI.

Saben los retirados los conciertos,
Y quitando à ſus fuertes los cerrojos
Sacan dos mil Lucérnigas, que abiertos
De ſus quartos traſeros trahen los ojos:
Buſcan las Moſcas ſus ſoldados muertos
Entre la turba, el Fifolgel ſus Piojos,
La Pulga ſus catervas, y la Araña
Los pocos muertos ſuyos en campaña.

CII.

Entierran las Hormígas sus difuntos,
Dandoles en el campo sepultura,
Y cuentan los minutos y los puntos
Con que passando vá la noche obscura:
Partense los cansados todos juntos,
Mientras de su sossiego el tiempo dura,
A gozar de las treguas, y entre tanto
Descansan de la guerra, y yo del canto.

Fin del Canto undecimo.

LA MOSCHEA.

CANTO DUODECIMO.

I.

AL ſon del arma deſpertó la Aurora;
Temeroſa dexando ſus umbrales,
Vertiendo en vez de lagrymas que llora
Las perlas de ſus ojos orientales:
La ſanta luz del Sol que el mundo adora
Anunciaba à los míſeros mortales,
Renovando à ſus cuerpos el quebranto,
Y ella à sí miſma por Memnon el llanto.

II.

A la quadra del Sol las Oras bellas
Fueron con lento y perezoſo paſſo,
Quitandoles la luz à las eſtrellas,
O haciendoſela dár con rayo eſcaſo:
Y deſpertando à Phebo la una dellas,
Eunomia diputada para el caſo,
Contando la ſalida de la Aurora,
Hizo ſalir al Sol la bella Ora.

III.

La noche negra con su vista escapa;
Y al passo que su manto vá cogiendo
Tienden las nubes de humedad la capa
Al Sol que vá su cara descubriendo:
Con ella à los mortales su luz tapa
Mientras sobre el exército corriendo
Passa, y cubierto del espesso muro,
Que en guerra tal no vive el Sol seguro.

IV.

Las Moscas atalayas, que velando
Toda la noche lóbrega estuvieron,
Estaban à los suyos espantando
Los sucessos contandoles que vieron:
Muchas aves nocturnas que volando
Andaban por los áires, conocieron
Los agoreros tristes, que en sus voces
Juzgaban à los hados por atroces.

V.

Tras la Corneja el Buho veces varias
Por las sombras se vieron, y las fuertes
Se mostraron esquivas y contrarias
Amenazando con infames muertes:
Si alguna vez las altas luminarias
Dexaron verse, sus efectos fuertes
Al uno y otro campo descubrian,
Tales que de enemigos parecian.

Echa-

VI.

Echaron los Aſtrólogos juicios
Por las conſtelaciones de los aſtros,
De malévolos todos dando indicios
Conjeturables, y ſinieſtros raſtros:
Ningunos (gran dolor!) fueron propicios,
Todos dieron ſeñales de padraſtros,
Con la deſnuda eſpada el Rey Zephéo,
Y con la vil Gorgonia el gran Perſéo.

VII.

Los miembros del Dragón Heſperio oprime
Tirinthio valeroſo, que la maza
Otra vez con denuedo y fuerza eſgrime,
Y con muerte ſegunda le amenaza:
Deſde ſu throno Júpiter ſublime
El rayo ardiente de Vulcano traza,
Colérico arrojó con truenos altos,
A la tierra cauſando ſobreſaltos.

VIII.

Dando aullidos y voces el mochuelo
Paſſó por el exército con queja
De la triſte ſeñal que daba el Cielo
De que infinitas muertes apareja:
A la ſinieſtra mano echó ſu vuelo
Graznando triſtemente la Corneja,
Y el Cuervo dixo la deſgracia en vano
Quando echó el vuelo à la derecha mano.

IX.

O entendimiento bárbaro y finiestro
De la Hormígena turba y la Moschina;
Cuya desgracia lamentable muestro,
Por ser la mas notable y peregrina:
No os predixo volando el daño vuestro
Vuestra desgracia y mísera ruína
La transformada en ave Nictimene,
Si esta mas que las otras la previene?

X.

Quando las Liendres en honor matastes
Del Dios armipotente, oferta rara,
Y el futuro sucesso examinastes,
Poniendo humor Sabeo ante su ara:
Entonces, ciega turba, no mirastes
La muestra cierta, indubitable y clara;
Que os dieron de sucessos tan crueles,
De las Liendres los nervios y las hieles?

XI.

Quando à cien Piojos cruda muerte distes
Para aplacar las iras celestiales,
Y un Hecatombe tan solemne hicistes,
Que ha habido pocos en el mundo iguales:
Entonces, gente bárbara, no vistes
Las muestras evidentes, y señales
Que dieron de los Piojos los menudos,
De que os amenazaban golpes crudos?

Quan-

XII.

Quando à ſulcar el zímico viaje
Saliſtes, no probaſtes uno à uno
El tratamiento malo y hoſpedaje,
Que os hicieron las ondas de Neptuno?
Del Lebeche no viſtes el coraje?
Y del Auſtro ſoberbio y importuno
Los peſtíferos truenos y las balas,
Del mal que os cerca yá ſeñales malas?

XIII.

No ſois teſtigos que infinitas veces
A vueſtros capitanes y magnates
Del mar robaron temerarios peces,
Dandoles ſepultura en ſus gaznates?
Las zímicas riberas no ſon jueces
Tras las recias tormentas y combates,
Que en la orilla à infinitos compañeros
Vueſtros, tragaron páxaros rateros?

XIV.

Pues ſi viſtes los Aſtros de los Cielos,
A Eolo y Neptuno conjurados,
Y amenazandoos la ruina y duelos
La fuerza inevitable de los hados:
Si el Cuervo y la Corneja con ſus vuelos
Lo miſmo os anunciaron, deſdichados,
Con tantas ſuertes de ſeñales malas,
Como no revolviſtes vueſtras alas?

No

XV.

No le fuera mejor al miſerable
Sanguileon, que dentro de ſus muros
Huyera del peligro inevitable,
Guſtando dulces, y catando puros?
Que no ſufrir del hado inexorable
Las iras triſtes, y los golpes duros,
Y eſtarſe por no vér tantos trabajos,
Chupando los decrépitos gargajos?

XVI.

O Barrilienſe Rey, ò Rey de Buta,
O Tártaro ſin par, mejor te fuera
Que no ſalieras à la arena enxuta,
Ni piſáras la zímica ribera:
El Moſchifuro con ſu maña aſluta
Darte la muerte entre ſu red eſpera;
Y vengar en tu cuerpo la matanza,
Que hizo en los ſuyos tu caballo y lanza.

XVII.

Mas para qué me pudro y me deshago
Llorando ajenos duelos, ſi con eſto
Al dudoſo lectór no ſatisfago,
Ni cumplo por mi parte lo propueſto?
Lleven de ſu locura el juſto pago,
Pues contra el Cielo à ſu intencion opueſto,
Sola ſu voluntad quieren que baſte,
Para que la del hado ſe contraſte.

XVIII.

Yá del negro garbanzo la corteza
Al cuerpo el Rey Sanguileon arrima;
Y cubre con ſoberbia ſu cabeza
Del yelmicañamón arma de eſtima:
Yá ſalta con furór y ligereza
Sobre el bravo morcillo, y pueſto encima,
El haſta javalina empuña, y brama
Por buſcar al Mirnuca, y vér ſu eſcama.

XIX.

Yá de la piel del negro eſcarabajo
Sus miembros cubre el Tábano, y la eſpada
Colérico regiſtra, à cuyo tajo
Se eſconde la tizona y la colada:
En ſolo un ſalto ſin algun trabajo
La ſilla ſingular ſintió ocupada
La Aviſpa, que era el Tábano ligero,
Y pica de ginete y caballero.

XX.

Sobre un caballo de la miſma caſta,
Que no diſcrepa del Pulgón perdido,
Cuya lealtad y ligereza baſta
A poner à Bucéphalo en olvido,
Sale el Zénzalo Rey, y lleva el haſta,
Que de otro Caracól el cuerno ha ſido,
Y de las recias habas las cortezas
Por armas y blaſón de ſus proezas.

XXI.

Del nocturno Murciegalo se viste
La ala el crudo Mirmilion, y sale,
Aunque à la vista en el aspecto triste,
Con furór que no hai diablo que le iguale:
Sobre el lomo de un Zángano se enviste,
Que tanto como el otro valió vale,
Por ser caballo de la misma casta,
Que esto y no mas para alaballe basta.

XXII.

Yá el Tártaro se viste de la uña,
Para que à los sacrílegos crueles
De la Montaña les castigue y bruña
En su lisura sus horrendas pieles:
Yá del gato montés el hasta empuña,
Y el escudo fortisimo, armas fieles,
En cuya ofensa y resistencia funda
Humillar la contraria barahunda.

XXIII.

Yá las escamas del Mirnuca fiero
Desde su campo al otro resplandecen,
Que hechura hermosa de templado acero
A quien las mira con la luz parecen:
Sebre la yegua del volar ligero
Sus miembros valerosos yá se ofrecen,
Y la lanza del lomo del pescado
Coge en la mano, y se la arrima al lado.

XXIV.

Yá de la piel del Aradór se cubre
El Caganielo, y sobre el lomo alto
Del largo Caballete se descubre,
Porque en la silla se plantó de un salto:
Con el escudo fuerte el pecho encubre,
Y de paciencia, y no de esfuerzo falto,
Pide la lanza el Pulga foragido,
Por sus botes indómitos temido.

XXV.

Yá el Montañés à su Langosta larga,
De cólera insufrible y rabia lleno,
El grave peso de sus miembros carga,
Y acomoda en la mano el duro freno:
Yá con la pupa sin temor se adarga,
Y escupiendo espumajos de veneno
La zanca fuerte de Cigarra afierra,
Con que piensa dár fin à tanta guerra.

XXVI.

Yá las lanzas de espíga aprisa abarca
Del Granestór soberbio la quadrilla,
Y armado yá el Hormígena Monarcha,
Sube en la bestia y su dorada silla:
Yá el Chinche fiero de las Moscas parca
Las pelotas enciende con que humilla
Al Mirmilion temido y arrogante,
Que estos los rayos son de aquel Gigante.

Yà

XXVII.

¡Yá por el campo las bombardas ſuenan;
Que tira el Moſchifuro, y los oídos
De los ſoldados con temor atruenan,
Dexandolos ſus voces aturdidos:
¡Yá los fuertes ſonípedes condenan
Ser por los duros frenos detenidos,
Y el hierro muerden, las narices hinchan;
A los truenos reſponden y relinchan.

XXVIII.

¡Yá los incitadóres inſtrumentos
En los ecos del campo dán ſus voces,
Y rompen por los altos elementos,
Y al Cielo ſuben preſtos y veloces:
Temiendo titubean los aſsientos
De los Dioſes de allá, y en las atroces
Tinieblas del Imperio del eſpanto,
Tambien de las Chicharras ſe oyó el cantō.

XXIX.

Parten à un tiempo Moſcas y Moſquinos,
Zenzalinos, Abejas, Mirmiliones,
Tábanos, y Andaluces, en los finos
Aceros enriſtrando ſus lanzones:
Reſiſten ſus orgullos repentínos
En juntos y formados eſquadrónes,
Pulgas, Chinches, Hormígenas, y Arañas;
Con brio igual, y cóleras tamañas.

El

XXX.

El bando alado de la Moſca fuerte
Salió con un furór tan temerario,
Que no hai aqui comparacion que acierte
A aſsimilar ſu brio extraordinario:
Con mas furór que quando hinchado vierte
Por mi ſegunda patria el Theucro Aquario,
El cántaro colmado, y por ſus cueſtas
Baxan las aguas con eſtruendo preſtas.

XXXI.

Con mas (ſin duda)eſtruendo,eſpanto y riza
Por caminos y partes diferentes
Toda la alada turba ſe desliza,
Amenazando las contrarias gentes:
Alli del corazon el fuego atiza
La enemiga feróz de los vivientes,
La Eumenide ſolícita Meguera
En la caterva, que à la chuſma eſpera.

XXXII.

La Pulga encuentra al Rey Aſinicedo,
Y el Fifolgel al Tabaneſco eſpera,
Topa al Chinche Putrífola el Mirpredo,
Y el Tártaro al Mirnuca en la carrera:
El Graneſtór reprime ſu denuedo
Al Rey Sanguileon, y deſde afuera
El Moſchifuro que la guerra mira,
Mil culebrinas deſde el muro tira.

XXXIII.

Trábaſe la batalla, matan, mueren
Del un campo y el otro los ſoldados,
Hieren al Fifolgel, las Pulgas hieren,
A los que fueron para herirle oſſados:
Yá no hai Hormígas q̄ al Moſquino eſperen,
Yá vuelven los Moſquinos retirados,
Yá la gran multitud el Zénzalo huye,
Yá el Tábano cruel la diſminuye.

XXXIV.

Vuelve la rienda al largo caballete
El Caganielo, y deſde lejos violo
El Zénzalo gallardo, y arremete
A verſe en campo con el Pulga ſolo:
Aprieta los talones el ginete
Al ligero Pulgón, y refrenólo,
Quando le vió tan cerca, que bien pudo
Deſafiarle para el trance crudo.

XXXV.

Pulga ſoberbia (dixo) Pulga fuerte
Conmigo eres en campál batalla,
Que ha muchos años que procuro verte,
Y probar el valor que en ti ſe halla:
Qué dichoſa y feliz ſerá tu ſuerte,
Tanto, que no procurarán vengalla,
Si à la Infanta reſtada en ſu convento
Tu cabeza en ſus manos le preſento.

No

XXXVI.

No le dió el Caganielo la reſpueſta,
Porque à ſus armas le comete el dalla,
Y el haſta aguda de ſu cardo apreſta
Para que hable por él mientras él calla:
La cornigera ſuya à punto pueſta
El Zénzalo llevaba à la batalla,
Eſte la eſpuela à ſu Pulgón arrima,
Y al caballete largo aquel laſtíma.

XXXVII.

O qué ſoberbios botes, y qué guerra
Entre la Pulga y Zénzalo ſe traba,
Pues uno de la vida ſe deſtierra,
Y otro de haver vencido no ſe alaba:
Mordiendo queda el Zénzalo la tierra,
Que yá la vida al pobre ſe le acaba,
O miſerable Infanta, y como ſiento
Vér quan mal ſe te logra el caſamiento.

XXXVIII.

Era la lanza de la Pulga aguda,
Pues del orbe de la haba no hizo caſo,
Y por armas tan bélicas no duda
Hallar al pecho del Moſquito paſſo:
Fué ſu lanzada tan terrible y cruda,
Que paſſandole el cuerpo dió al ocaſo
Con la vida del Zénzalo, que havia
Llegado al hilo de ſu medio dia.

XXXIX.

Muerto queda el Moſquito, mas no puede
Decir la Pulga que ſe queda viva,
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,
Perdida el arma ſuya defenſiva:
No tiene eſcudo que al contrario vede,
Que no execute en él ſu fuerza eſquiva,
Deshizoſele el Zénzalo famoſo,
Aunque era un hongo fuerte y eſpacioſo.

XL.

Al largo Caballete dió una herida,
Que ſu cuerpo beſtial tendió en el ſuelo,
Dexandole ſin vuelos y ſin vida,
No con poco dolor del Caganielo:
Mas el Pulgón leal viendo perdida
La vida de ſu dueño, alzando el vuelo
Por los campos corrió, donde tendido
Al Putrifola halló mui mal herido.

XLI.

Pero la Chinche alzando la cabeza,
De tierra el pecho con dolor levanta,
Y al fin, ſacando fuerzas de flaqueza,
Puſo en el ſuelo la una y otra planta:
Al caballo los paſſos endereza,
El pié ſinieſtro en el eſtribo planta,
Sobre el arzón la mano, y aſsi pueſto,
Echó para ſubir ſu fuerza el reſto.

Adon-

XLII.

Adonde ſubes, Chinche ſin ventura;
Atrevido Phaetón, à qué te pones?
Al caballo del Sol (gentil locura!)
Te atreves à arrimarle los talones?
Pues matarâte ſi tu intento dura
En tan locas y vanas preſunciones:
No ſabes que era el Zénzalo mancebo;
De eſſe Phlegón incomparable Phebo?

XLIII.

Apenas ſube el general Letirio,
Quando el Pulgón indómito ſe enſaña;
Dando à la Chinche el último martyrio;
Arrojando ſu cuerpo à la campaña:
De ſu cárdeno pecho en humor Tyrio
El miſerable capitan ſe baña,
Huye el Pulgón caballo, y no conſiente;
Que otro ſobre él (muerto ſu Rey) ſe ſiente.

XLIV.

El Pulga viendo que dexaba muerto
El capitan de gente Zenzalina,
Con el yelmo de mijo vá cubierto,
Del Moſquito à quien hiere y arruína:
A pié llega al exército encubierto,
Y hácia un Tábano grande ſe encamina;
Al qual le dió tal golpe con ſu lanza,
Que le hizo dár el alma por la panza.

XLV.

Viólo el Matacaballo, y no consiente
De la atrevida Pulga la proeza,
Y volviendo las riendas prestamente,
Para el Tabanicida se endereza:
Alza la espada el Tábano impaciente,
Y dale sobre el yelmo en la cabeza
Un tan horrendo y singular golpazo,
Que le partió por medio el espinazo.

XLVI.

No le fué de provecho al Caganielo
De mijo el yelmo, ni la piel vestida
De la bestia Aradór, pues en el suelo
Con sus armas se queda y sin la vida:
Pero qué grito súbito hasta el Cielo
Volando sube, que la voz herida
A los Astros altísimos se queja,
Y entre los ecos sus accentos dexa?

XLVII.

Si es el Sicaborón; mas no, el Mirpredo
Es sin alguna duda, que agoniza
Contra el fuerte Mirnuca y su denuedo,
Cuyos golpes el áire solemniza:
De alguna gran desgracia tengo miedo,
Porque si el Mirmilion se encoleriza,
Es un fiero demonio, y hará harto
La Hormíga si se libra de su esparto.

Ó

XLVIII.

O qué terribles golpes se sacuden,
Tales que à todas las catervas fuerzan
A que de sitio sin tardar se muden,
Y los intentos comenzados tuerzan:
Todos à dár favor al suyo acuden,
Y por no ser los últimos se esfuerzan;
Y alli la lid entre los dos se acaba,
Y otra entre todas mas feróz se traba.

XLIX.

Suena el ruido y espantoso estruendo
Entre los campos dos de tal manera,
Como quando entre llamas está hirviendo
El agua y hortaliza en la caldera:
Que como el hierro al fuego está impidiẽdo
El derecho camino de su esphera,
Las hojas bullen, y las olas brotan,
Y en su cóncavo espacio se alborotan.

L.

Assi sucede alli ni mas ni menos,
Que como à centro suyo à la venganza
Acuden los soldados de ira llenos,
Haciendo unos en otros gran matanza:
De alli levantan temerarios truenos,
Y la fuerza del grito al Polo alcanza,
Que mas pierde el soberbio la paciencia,
Si hai mas en el contrario resistencia.

LI.

Entre la gente el Graneſtór acecha
Al Rey Sanguileon, parte y camina
Contra el Moſca feróz, con la derecha
Lanza, que al Cielo ſu largura empina:
Con ſu eſcudo la Moſca ſe pertrecha,
Y enriſtrando la fuerte jabalina,
Al Graneſtór la muerte le anticipa,
Metiendo el porcipelo por ſu tripa.

LII.

Salió del triſte Rey el alma pobre
Al lago eſtigio con ſu horrenda muerte;
Otro dexando que haſta el mar ſalobre
Llega, de ſangre que ſu cuerpo vierte:
Y porque el campo de las Moſcas cobre
Nuevo vigor, ſobre ſu lanza fuerte
La cabeza del míſero levanta,
Con cuya empreſſa la victoria canta.

LIII.

Apenas por el campo ſe diviſa
El tremendo eſpectáculo y funeſto,
Quando un temor y mortandad preciſa
Oprime de la Hormíga al largo reſto:
El grito triſte al Moſchifuro aviſa,
Baxa por la muralla y llega preſto,
Y aſſombrando con voces la campaña,
Anima à los Hormígas el Araña.

LIV.

De qué (dice) temeis, progenie loca,
Quando mas la firmeza es neceſſaria?
En qué dudais quando mejor os toca
Privar de vida la virtud contraria?
Quien vueſtras fuerzas con furór apoca?
Qué locura ſoberbia y temeraria
La fuerza en vueſtros ánimos ahuyenta,
Sin poneros delante vueſtra afrenta?

LV.

Yá llega mi zancuda compañia,
Con cuyas balas en eſpacio breve
Caſtigaré la grande alevosía
De eſſe enemigo Moſca, de eſſe aleve:
Vereis ſi acompañais la gente mia,
Como ſu ſangre mal nacida bebe,
Tiendan las redes, las ſalidas tapen,
Que aun los Tábanos miſmos no ſe eſcapen.

LVI.

Qué golpes ſin piedad que ſe eſtán dando
El Mirnuca, y el Rey de la Moſchéa,
Que eſtán ſolos aparte peleando,
Sin que la gente ſus rigores vea:
En tanto que el Araña predicando
A las Hormígas ſu temor afea,
O qué ſoberbios tajos y reveſes,
Que en los yelmos ſe dán, y en los paveſes.

LVII.

Yá en infinitas piezas el eſcudo
Del general Mirnuca eſtá deshecho,
Y yá el Sanguileon mueſtra deſnudo
Sin la corteza de garbanzo el pecho:
O qué golpazo tan horrendo y crudo
Contra el Hormiga fuerte vá derecho,
Y ò qué porrazo extraño que el Mirnuca
Le arroja con que el yelmo le machuca.

LVIII.

Si el yelmicañamón no le reſiſte,
Tengo por coſa indubitable y cierta,
Que la perſona de la Moſca triſte
Quedára entonces con el golpe muerta:
Mas yá el Araña con ſu gente enviſte,
Dexando en ſangre y mortandad cubierta
La tierra adonde el Mirmilion procura
Reſiſtir de la Araña la locura.

LIX.

Con una y otra rígida pelota
Al Mirpredo feróz perſiguen tanto,
Que la ala de Murciegalo eſtá rota,
Que es de ſu cuerpo el acerado manto:
Sobre el Zángano fuerte huyendo trota,
Metiendo entre la turba horror y eſpanto,
Y arrojale un Letirico vaſſallo
Un globo, y mata al Zángano caballo.

Ca-

LX.

Cayó, y el Rey tras él, y al mismo punto,
Sin que mas de la silla se levante,
Con sus Zancas el pueblo Arañil junto
Al Mirmilion prendieron arrogante:
El Moschifuro le dexó difunto,
Porque como iba solo, mas delante,
Al punto que al Mirpredo tuvo preso,
El cocote le hirió, y sorbióle el seso.

LXI.

No sufrió mas la Mirmiliona turba
El furór que sus gentes disminuye,
Todo Mosquito con temor se turba,
Y muerto su caudillo huir concluye:
El passo el Moschifuro les perturba,
Porque por todas partes donde huye
La trampa encuentra el Mirmilion, y queda
En la prision sin que escaparse pueda.

LXII.

Infinitos Mosquitos llevan presos,
No queda Mirmilion que no perece
Entre los hilos de la red espessos,
Que es lazo que la muerte les ofrece:
No parece quien vengue los sucessos,
El furór sobrepuja, el grito crece,
Oyenlo el fuerte Tábano y Mosquino,
Y parten como fiero torbellino.

El

LXIII.

El Moſchifuro ſus piſadas ſiente,
Vuelveſe al punto con preſteza rara;
Y como rayo abraſadór y ardiente
Un grano de moſtaza le diſpara:
No llega el fuego al Tábano valiente,
Pero paſſando el humo por ſu cara,
Por las narices ſe ſubió, y al punto
Le dexó de un bolcán hecho traſunto.

LXIV.

Entra como un deſeſperado entre ellos,
Y por eſpeſſas puntas ſe abalanza,
Cortando piernas, y ſegando cuellos,
Que es grande ſu valor y ſu pujanza:
Empiezan la batalla eſtos, y aquellos,
Haciendo unos en otros tal matanza,
Que parece que intentan que no quede
Gente en el mundo que ſu eſpecie herede.

LXV.

O como mueſtra el Tábano ſu esfuerzo
Contra la Araña aſtuta haciendo hazañas,
Que no parece ſino al viento Cierzo
Contra las flacas y ligeras cañas!
Pero al Sicaborón la pluma tuerzo,
Que vá corriendo echando las entrañas
Tras las Pulgas y Piojos que retira,
Que todos ván huyendo de ſu ira.

Sin

LXVI.

Sin caballo vá el Tártaro, que dexa
El ſuyo ſin el alma en el aréna,
Y por eſto del Tábano ſe aleja,
Para que lleve quien le hirió la pena;
Pero yá la venganza le apareja,
Pues à muerte tan míſera condena
A los Piojos y Pulgas, que el cuchillo
Pudieron ſer de ſu caballo grillo.

LXVII.

Y como ſuele el fuego que ſe enciende
Del arbol de la ſelva en una rama,
Y de una en otra ſu furór extiende,
Y con mayores fuerzas ſe derrama:
Con los ſoplos del Africo ſe enciende,
Y al Cielo encumbra ſu abraſante llama;
Y por las arboledas abre paſſo
Al umbroſo lugar dexando raſo.

LXVIII.

Aſsi tras gente bélica infinita
El Tártaro feróz matando paſſa,
Del caballo la pérdida le incita
A vomitar el fuego que le abraſa:
Llamas immenſas de furór vomita;
Que la campaña vá dexando raſa
De la caterva infame Montañeſa,
Que à ſu caſtillo ſe retira eſpeſſa.

Co-

LXIX.

Como esquadra de Cabras à quien sigue
El Lobo robadór, assi la gente
Moviendo vá los pies, que los persigue
Como Leon el Tártaro valiente:
Temiendo ván que el Lobo los castigue,
Que yá para cebarse muestra el diente:
Qué digo Lobo, al diablo semejante
De atrás, huye la chusma de adelante.

LXX.

Chinches, Piojos, y Pulgas à porfia
Ellos mismos se ván atropellando,
Oyendo el alto grito y vocería
De aquellos que iba el Tártaro matando:
Y al passo que sentian que venía,
Iba el temor sus passos alargando:
O miserable chusma, qué vecina
Llegando vá vuestra total ruína!

LXXI.

Antes de entrar el levantado muro
Del presidio de aquella gran cabeza
De la Vaca, que el fuerte Moschifuro
Escogió por asylo y fortaleza:
Estaba un fosso hondissimo y escuro,
Que en aquel sitio abrió naturaleza
Por boca de la tierra, con que ruega
Que el Cielo le dé el agua que le niega.

No

LXXII.

No huviera Pulga, que aunque mas ligera,
A dár un tranco al temerario foſſo
Con ſus ligeros ſaltos ſe atreviera,
Por ſer trance terrible y peligroſo:
Tan grande ſalto ſi le diera fuera,
Que deſde alli al infierno tenebroſo
Saltára ſin dudar la Pulga loca,
Por aquella anchuroſa y honda boca.

LXXIII.

Una ſoberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchuroſa puente,
Por donde ſin temor del hondo ſeno
Paſſe al caſtillo la arrevida gente:
Iba el camino de catervas lleno,
Y tras ellas el Tártaro impaciente,
Haciendoles à todos ſer forzoſo
Paſſar al puente, ò deſcender al foſſo.

LXXIV.

De pies ſe llena la anchuroſa trabe,
Y al eſpacio la gente ſobrepuja,
Sobre ella tanta máchina no cabe,
Y por paſſar de preſto ſe arrempuja:
El de Buta volando como un ave,
A quien la rabia el corazon eſtruja,
Paſſa, y viendo los otros que ſe acerca,
Su muerte miran que ſe llega cerca.

LXXV.

Al fin, el Barrilienſe fué tan preſto
Cercano de la puente, que en llegando,
Por no vér los contrarios ſu mal geſto,
Se fueron en el foſſo ſepultando:
Eſtaba el eſpectáculo funeſto,
El Moſquino cruel conſiderando
Abraſado en furór, porque quiſiera,
Que à ſus manos la máchina muriera.

LXXVI.

Mas de un millon en la profunda grieta
De la tierra quedaron ſepultados,
Mas no por eſſo el Tártaro ſe quieta,
Ni dexa de ſeguir los deſdichados:
El puente paſſa la caterva inquieta,
De miedo mas que de valor cargados,
Y al caſtillo cabeza de la Vaca
Camina à mas correr la gente flaca.

LXXVII.

Sigue el alcance el Barrilienſe, y tanto
Cercano à los contrarios parecia,
Que à muchos dellos les rindió el eſpanto,
Que ſus débiles ánimos cubría:
Dobla la gente fugitiva el llanto,
Reſuena el alarido y vocería,
Llenaſe el campo de ĩnauditas quejas,
Y dán del Moſchifuro en las orejas.

LXXVIII.

Revuelve entonces la cabeza, y mira
Tanta caterva por los campos muerta,
Y los golpazos que el de Buta tira
Cercano del castillo y de su puerta:
El Araña varon que lleno de ira
La vista tiene en lo que passa alerta,
Mira el Sicaborón que los alcanza,
Y en el castillo sin temor se lanza.

LXXIX.

Dexa cercado el campo sutilmente
De redes mas sutiles que fué aquella
En que Vulcano al Dios Armipotente
Prendió en los brazos de su Venus bella:
Y partiendo mas presto y diligente
Que baxa por los áires la centella,
Vuela, y tras él la máchina zancuda,
A dár al Chinche, Pulga y Piojo ayuda.

LXXX.

Escucha el grito, y sin temor repara
En quanto puede el daño, y presuroso
El y los suyos con astucia rara
Se aprovechan del arte caviloso:
Espessos lazos por las puertas para,
Y hace al castillo sin salida coso,
Adonde como Toro de Xarama
El Barrilienſe endemoniado brama.

LXXXI.

Era el enredo de la red eſpeſſo,
Y fuerte tanto, que era neceſſario
Quedar en él el Barrilienſe preſo,
O matar el exército contrario:
Y para aſſegurar el buen ſuceſſo,
La Araña con ſu ingenio extraordinario
Por ſus maromas (que eſta es ſu coſtumbre)
Baxaron ſin trabajo y peſadumbre.

LXXXII.

Entre tanto el Mirnuca al pobre y triſte
Sanguileon por entre eſpeſſas puntas
De armas contrarias denodado embiſte,
Haſta moſtrarſe las preſencias juntas:
El infierno en los pechos ſe reviſte,
Pareciendo ſus caras mas difuntas
Que vivas, que las cóleras fervientes
Puſieron blancas ſus morenas frentes.

LXXXIII.

Ponen à punto la una y otra lanza,
Y quando en la carrera yá empareja
Con el Moſca el Hormíga ſin tardanza,
La muerte el uno al otro le apareja:
En el yelmo al Hormíga el Moſca alcanza
De ſuerte, que paſſando por la oreja
El lancipelo le llevó un pedazo,
Sin que el yelmo ſirvieſſe de embarazo.

El

LXXXIV.

El general Hormíga quebrantado,
Viendo el yelmo ſin par, y que la herida
Fué de manera que del dieſtro lado
Llevó ſu media oreja dividida:
Revuelve furibundo y denodado
A quitarle el orgullo con la vida,
Y quitóſela al fin ſu lanza eſpina,
Sin valerle al Moſcón la jabalina.

LXXXV.

Por medio à medio del contrario peto
Paſſó la lanciraſpa ſin reparo,
Que no pudo tenerle en tanto aprieto
De la corteza negra el temple raro:
Cayó el Sanguileon, cayó enefecto,
Mirando todo el campo el hecho claro
Del Mirnuca, que él ſolo entre ſu gente
Pudiera dár la muerte al Rey valiente.

LXXXVI.

Luego el Hormíga la victoria canta,
Y el Tabaneſco ſu deſdicha llora,
Y la caterva tras miſeria tanta,
Viendo que la fortuna ſe empeora,
Con temor el exército levanta,
Convocando los ſuyos, que à la hora,
Viendo la vida de ſu Rey perdida,
Todos encargan à los pies la vida.

LXXXVII.

Parte del campo la caterva rota,
Y por la parte al parecer ſegura
Toma toda la chuſma la derrota,
Huyendo el golpe de la ſuerte dura:
Todo el Moſquino bando apriſa trota;
Maldiciendo la ſuerte ſin ventura,
Y miran tras el míſero fracaſo
De eſpeſſas redes ocupado el paſſo.

LXXXVIII.

Mas eſte no fué grande inconveniente;
Tras la gran mortandad de la refriega,
Porque luego llegó la Andalúz gente,
Con la Moſca de Arjona y la Manchega:
Rompen las telas fuertes preſtamente,
Y el Tábano tambien tras ellas llega,
Que cortó con ſu eſpada ſin trabajo
Bien treinta cuerdas de la red de un tajo.

LXXXIX.

Aſsi eſcapó la míſera caterva
Del Moſchifuro aſtuto y de ſus lazos,
Del arma del Mirnuca cruel y acerba,
Y de la muerte y de ſus fuertes brazos:
La fuga de la muerte les reſerva,
Que aunq̃ eſtã de la guerra hechos pedazos;
Animales à huir el miedo fuerte,
Que tiene grande esfuerzo el de la muerte.

Re-

XC.

Retumban los acordes inſtrumentos
Del victorioſo Hormiga, en que publica
A los celeſtes orbes y elementos
Contra las Moſcas la victoria rica:
A todos ſus ſoldados ya contentos
El opímo deſpojo les aplica,
Y ellos alegres ſu valor pregonan,
Y el victor todos haſta el Cielo entonan.

XCI.

Solo el Moſcón Sicaborón cercado
De enemiga canalla en el caſtillo,
Eſtá de matar gentes fatigado,
Sin coſtra eſcudo, y ſin caballo grillo;
El cuerpo con rigor eſtropeado,
Agonizando el míſero caudillo,
Por muchas partes rota el arma fiera,
Sin penacho ni forma la ciméra.

XCII.

Baxa volando el diablo Moſchifuro
Con ſu gente inventora de cautelas,
Dexando del caſtillo el ancho muro,
Todo cercado de ſutiles telas:
Y al Barrilienſe dice, mal ſeguro,
En vano en la defenſa te deſvelas,
Pues no valdrá tu ardid ni tu pujanza,
Tus armas uña, ni bigote lanza.

XCIII.

Convienete, infelíz, que al punto mueras,
O en mi poder à la prision te entregues,
Escoge lo que mas à gusto quieras,
De las que te propongo à que te allegues:
Sino es que como loco acaso esperas,
Que con tu sangre mal nacida riegues
La tierra adonde estás, à prision date,
Sino es que mas estimas que te mate.

XCIV.

No temo vuestros fieros, gente bruta,
Que no tengo temor ni me acobardo,
(Responde à todos el señor de Buta)
Que solo vuestros ímpetus aguardo:
Y contra la caterva vil y astuta
Revolviendose el Tártaro gallardo,
Dando à sus vidas miserables fines,
Al jabalí parece entre mastines.

XCV.

A un rincon el magnánimo se arrima,
Porque era parte al parecer mas buena,
Y saca de la váina la hoja fina,
Que à tres Pulgas dexó sobre la arena:
A quien le mira pone espanto y grima,
Y à muerte à quien se llega le condena,
Cuya sentencia está con sangre roxa
Escrita en el acero de su hoja.

El

XCVI.

El Moſchifuro por prenderle llega
Algo mas cerca que las otras gentes,
Y el Tártaro (zis zás) le arroja y pega
Un golpe y otro por cabeza y dientes:
Con tanta fuerza por el pecho entrega
La eſpada, que en dos partes diferentes
Se quedó de la Araña el cuerpo fiero,
Y dividido en medios el entero.

XCVII.

Levanta la zancuda compañia
El grito viendo muerta ſu cabeza,
A cuya inopinada voceria
La Hormíga gente à alborotarſe empieza:
Los fuertes paſſos el Mirnuca guia
Hácia la bien cercada fortaleza,
El foſſo paſſa por el puente, y halla
Sin entrada ni puerta la muralla.

XCVIII.

Con pies y manos por el muro arriba
Vá gateando un número infinito
Por vér qué furia del placér les priva,
Y en la zancuda gente cauſa el grito:
Sube arriba la turba vengativa
A caſtigar del míſero el delito,
Y vén de gente muerta una montaña,
Y partido por medio el Rey Araña.

XCIX.

Del tremendo espectáculo se admiran;
Y jugando la espada temeraria,
Entre gran multitud de Arañas miran
Al pagano de Buta en la Tartaria:
Apenas bien le ven, quando le tiran
Por partes mil la máchina contraria
Mil trabes gruessas de encendidas pajas;
Queriendo hacer al Tártaro migajas.

C.

Nubes de piedras, y de tierra cargas
Del muro llueven, que al Moscón sepultan;
Y entre las brasas de las trabes largas
El cuerpo vivo del de Buta ocultan:
Con tantas pruebas para el triste amargas,
Que de la tierra salga dificultan,
Mas el Moscón (prodigio nunca visto)
De entre la tierra y trabes salió listo.

CI.

Tira tras ellos, y ellos la fiereza
Del colérico Tártaro temiendo,
Vuelven con ánsia espaldas y cabeza
De los golpazos que les tira huyendo:
Mas él con nunca vista ligereza
La miserable chusma vá siguiendo,
Y brotando veneno por los ojos,
Brazos de Chinches corta, y pies de Piojos.

Cien

CII.

Cien heridas el Tártaro tenia
Todas mortales, y por cada una
Un arroyo de ſangre le corria,
Que hicieron à ſus pies una laguna:
Y aunque por tantas bocas le ſalia
El alma noble, no huvo Hormíga alguna,
Que à ponerſele junto ſe atrevieſſe,
Sin que ſu muerte mas cercana vieſſe.

CIII.

Su poco à poco la muralla llega,
Y al contrario moſtrandole la cara,
La eſpalda fuerte con el muro pega,
Y con él ſe recoge y ſe repara:
El Mirnuca colérico reniega
Viendo virtud en el jayán tan rara,
Que à tãto Pulga, Piojo, Chinche, Hormíga,
Siendo un ſolo Moſcón aſsi perſiga.

CIV.

Por la muralla el general acude
Sobre la parte adonde el Moſca fuerte
Golpes extraños con furór ſacude,
Y rabia y ſangre blaſphemando vierte:
Y para que mas preſto à darle ayude
La yá cercana inevitable muerte,
Una invencion diabólica executa
Contra el eſfuerzo del ſeñor de Buta.

Man-

CV.

Manda que luego al punto cien soldados
De varonil esfuerzo el passo alarguen,
Y de los fuertes tormos mas pesados
Uno el mayor sobre sus hombros carguen;
Para que siendo todos avisados
Desde el alto del muro le descarguen,
Adonde sin que valga el fuerte casco,
Venza el pesado golpe del peñasco.

CVI.

Cien Hormígas varones al instante
Parten ligeros mas que el mismo viento;
Y afierran una máchina, bastante
A despreciar las fuerzas de otros ciento:
Ponenle al bravo general delante
Un grano de haba, tal para su intento,
Que no tuviera à mucha maravilla,
Que hiciera à treinta Tártaros tortilla.

CVII.

Ponen por linea recta el fuerte grano
Los soldados valientes con destreza,
De suerte que del Tártaro pagano
Amenazaba la sin par cabeza:
Y haciendo señas con la diestra mano
El general diabólico, la pieza
Disparan por mandado del Mirnuca,
Y danle al pobre Tártaro en la nuca.

El

CVIII.

El globo apenas la caterva arroja,
Quando oprimido del ſoberbio peſo
Se vió nadando entre la ſangre roxa
De la cabeza del de Buta el ſeſo:
De vida al miſerable le deſpoja,
Y eſte fué el eſpectáculo y ſuceſſo
Del ódio horrible, y el rencór interno,
Que provocó las furias del infierno.

Fin del Libro.



CANTO XIII.

CVIII.

El globo apenas la cabeza arroja,
Cuando oprimido del tóxico pelo
Se vió nadando entre la sangre roja
De la cabeza del de Bria el hielo:
De vida al miserable le despoja,
Y ese fue el desdichado y fuerte duelo
Del odio horrible, y el rencor interno,
Que provocó las furias del infierno.

Fin del Libro.

EL LICENCIADO LUIS Alonso de Párraga, Racionero de la Santa Iglesia de Cuenca.

SONETO.

DE la madre común, razón de estado
Fué el encerrar thesoros y riquezas
En conchas, minerales, y asperezas,
Donde el hallarlas fuesse de cuidado.
Con tal la haveis (Joseph) aqui imitado,
Que por incultas y ásperas malezas
De vuestro raro ingenio las proezas,
Y un thesoro sin suma haveis cifrado.
No hai que temer del Zángano el zumbido,
Pues yá por vuestra pluma à encaramarse
Llega, donde jamás podrá el olvido.
Ni aquel que con los Dioses estrellarse
Quiso, y culpar sus obras atrevido,
Que en vano en esta le es el desvelarse.

DEL

DEL LICENCIADO Bernardo de Oviedo, al Autór.

SONETO.

MIL dias há, Joſeph, que por loaros
Buſco un renõbre heróico que poneros,
Con que quiſiera tanto engrandeceros,
Que lo que mereceis pudiera daros.
Intenta el penſamiento compararos,
Pero como incapáz para entenderos,
Queriendoos alabar ſerá ofenderos,
Y con baxos matices retrataros.
De vos miſmo pretendo aqui valerme,
Y à vueſtras obras compararos ſolo,
Pues no hai dó vueſtro ingenio mas ſe vea
Aunque nadie podrá reprehenderme,
Que por eſta os cõpare al miſmo Apolo,
Si atento vé vueſtra ſutíl Moſchéa.

DON

DON JOSEPH DE Medrano.

SONETO.

CON voz ſonóra, y plectro nunca oído
En manos de la fama el Mantuano
Puſo el incendio y el furór Troyano,
Con que quedó ſeguro del olvido:
El que en Smirna tuvo patrio nido,
Con numeroſo accento mas que humano
Cantò del Griego aſtuto el nombre ufano,
Del tiempo y de la envidia defendido:
Eſtos cantaron con eſtilo grave,
Igual en todo al célebre ſugeto,
Dignas proezas del ſangriento Marte:
Pero con canto heróico y voz ſuave,
Siendo de ſabandijas el objeto,
Queda vencido del ingenio el arte.

EL

EL LICENCIADO ANTONIO Martinez, Preceptór de las buenas Artes, al Autór.

SONETO.

DE colór diferente un raſgo tira
Por otro de Prothogenes Apeles,
Con que dexa corridos los pinceles
Del Pintór mas valiente que lo mira:
Su belleza à la edad antigua admira
Mas que los Babylonios chapiteles,
Y eſta informada de teſtigos fieles,
Por la coſtoſa pérdida ſuſpiran:
Mas yá puede enxugar los tiernos ojos,
Pues vos, Joſeph, en lengua diferente,
Imitando à Merlin nos dais Moſchea:
Que ſiendó de eſſos Délphicos antojos
Un raſgo indiviſible ſolamente,
Haceis que eterna por el mundo ſea.